

Jesús Amoretti Martínez



¿Por
qué?

¿Por
qué?

Jesús Amoretti Martínez

¿Por
qué?

¿Por qué?

© Jesús Amoretti Martínez

Primera edición. Lima, agosto de 2020

Diseño y diagramación
Leonardo Carlos Napán

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca
Nacional del Perú N° 2020-XXXXX

Impreso en:

Todos los derechos reservados.

Se permite la reproducción de esta obra siempre y cuando se cite la fuente.

| INDICE

Preámbulo	9
¿Por qué?	13
Eudosia	57
Lorenzo	87
Mi barrio y “el chico”	95
Palomillas	105
“Choncito”	111
Incipientes autoridades	117
Sentimientos y nostalgias	121
Irreverencia.....	127

PREÁMBULO

¿Por qué?... ¿Por qué a él y no a otro? Si fue inmensa su felicidad cuando salía del templo rebosante de alegría con la mujer convertida en su esposa para toda la vida. Si ambos sabían muy bien que estaban demasiado enamorados, y esta afirmación fue confirmada a través de los años de feliz unión matrimonial: quince, veinte, veinticinco años; cuando de repente algo pasó con su sentimiento al conocer a alguien que poco a poco y sin él querer se fue introduciendo en su ser. Y así como enamorado estuvo en su juventud con quien ahora es su esposa, lo mismo siente ¡después de veinte años! con la persona que hace escasas semanas conoció. Al percatarse de ella por primera vez, la miró como mirar a cualquier ser humano que en forma natural cruza por su delante. Y al recordar ese encuentro fortuito y efímero, echa de menos ese momento porque lo colman de alegría. Sin embargo, no debe evocarlos, más bien debe apartar de su mente ese primer día; debe tratar de olvidar todo lo que se relacione con ella ya que es lo correcto, pues es casado y con familia establecida: cuatro hijos a quienes adora y esposa a quien... ¿quiere aún? ¿En verdad, la quiere?, porque siente que este “nuevo” amor supera ampliamente al amor que debe tener por la madre de sus hijos.

Piensa, suspira y sufre por ella. Ansía tenerla para siempre, pero sin perder a su otro “amor” ni a sus hijos. Está enamorado y ama como amó hace tres, cuatro, cinco... lustros. Ama desesperadamente como cuando se casó hace veinticinco años. Mas, ¿por qué habrá nacido ese amor hacia otra? ¿O se deja llevar, cual hoja al viento, por esa afectividad? ¿Cómo anhela no pensar en su idolatrado tormento!; inclusive desaparecer de donde está, pero no puede porque el destino quiso que ella se cruzara en su camino –viaje, fiesta, conferencia, biblioteca, trabajo, ...-; y uno de estos caminos fue el centro de labores: ambos trabajaban en la misma institución. Hubiera preferido no haberla conocido ya que sufre demasiado por ese ¿imposible amor? De repente piensa que deberían permitir tener dos esposas a la vez en forma oficial para que, en caso de suceder este sentir, no fuera vedado unirse a otra... ¡No! ¡Es un delirio! Este razonar tal vez sea por lo enamorado que está. Aprecia que no debe cavilar de esa manera, que debe desechar esa clase de pensamiento, que puede estar en el límite de la locura. Quizás, pero todo por ella que lo hace meditar así. Esta vivencia hacia su “nuevo” amor la experimentó –como se dijo en líneas arriba- cuando se enamoró apasionadamente con quien sería después la madre de sus hijos; y al presente ama con el mismo ímpetu de antes, ama como si por primera vez se enamorara; y ese amor, ese sentimiento es limpio, puro, atractivo y vehemente; es decir, amor de verdad ¡Oh, cómo quisiera no haber caído en ese agradable e infortunado amor, o agradable dolor!; porque así es el amor: se sufre cuando se quiere de verdad.

Por supuesto que este sentimiento no es exclusivo del hombre; también se presenta en la mujer, aunque en menor número de casos. Y este sentir de ella, ¿por qué? Simplemente, porque es un ser humano. Ambos son seres humanos; y la mujer, como tal, tiene iguales sentimientos y deseos que el hombre: dolor, frío, hambre, sed, angustia, amor, ... Si el hombre casado vuelve –sin desecharlo- a enamorarse de una dama que no es su esposa, por qué la mujer –por supuesto, sin querer- no podrá tener idéntico sentir hacia un

hombre que no es su esposo en un determinado tiempo de su vida. Sencillamente, porque siente lo mismo. Si unos cónyuges lo hacen notorio y llegan muchas veces a divorciarse; otros, en cambio, encubren su sentimiento y se resignan a sufrir en silencio con el fin de no deshacer su hogar y llevan, en el peor de los casos, esta experiencia y secreto hasta la tumba.

El amor es algo sublime, algo inefable, es felicidad única, es superación, es entrega, ...; aunque también es sufrimiento, es angustia, es sacrificio, es moderado celos, es desesperación, ... Si no existen tales vivencias es porque aún no se ama o no ha llegado el genuino amor. O ser como la persona que dice amar mucho a su consorte, a su novio, a su enamorada; y, algo raro, le tiene repulsión al atenderlo cuando está mal de salud. Si alguien dice amar mucho y siente esta aversión no es amor, no es cierto que ama; ya que el amor es entrega, es sacrificio, ...

Si con verdadero amor se casaron, y observaran después de cierto tiempo que su amor ha disminuido, no es así; es solamente por el lapso de vivir juntos y verse todos los días; por eso es que pareciera que su amor ha disminuido o “bajara”, bajara en el sentido de no sentir lo mismo de “antes” de casarse. Esto, porque antes no vivían juntos y no podían disfrutarse ampliamente como después lo hicieron -y lo siguen haciendo- dentro del matrimonio; también, porque ya no existe ansiedad por citas como cuando enamorados fueron; ahora están allí, en su hogar, ya no existe tabú, ya los dos se ven y se miran cuando quieren, así como también se gozan grandemente. En el fondo de su ser se aman mucho y seguirán así hasta que la muerte los separe.

El amor involucra a toda la persona. No son sus ojos, o su andar, o su manera de ser, o sus cabellos, o... ¡No! Es toda ella o todo él lo que conforma esa atracción ¿Acaso por descubrir una pequeña e insignificante deformidad en alguna parte de su cuerpo, o porque el nombre de ella o de él es insólito, inclusive, llame a risa o admiración, va a dejar de amarla o de amarlo? ¡Por supuesto que no! Mas si sucediera y se encontraran en la etapa de enamorados

o de noviazgo mejor separarse a tiempo, en vista de que en uno de ellos no hay amor; quizás simpatía, cariño, costumbre de verse o por tener a alguien con quien dialogar; pero amor verdadero no.

Tal vez después de terminar la lectura de nuestra narración, el acucioso lector piense y exclame -con toda razón, por supuesto-: "¡Qué tal, solo por la cara bonita de quien Jorge conoció quedó flechado!". "Al protagonista le impresionaron sus ojos, su cuerpo". "Los sentimientos de ella fueron los que conquistaron al atractivo joven después de conocerla y tratarla". "El personaje principal no tiene valores ni principios morales". "Es débil psicológicamente, porque no tuvo el valor de enfrentar su realidad". "¿Y si se enamoró siendo casado, por qué no acudió a un psicoterapeuta para que lo oriente y lo ayude a olvidarla?"... . A decir verdad, todo esto es secundario; por eso se verá que hay secuencias -antes que el personaje principal conozca a la nueva empleada- donde parece que se deseara terminar rápido por el notorio apresuramiento en narrar; que de una vez se quisiera concluir de contar la historia, no obstante, este agilizar el tema es con el fin de llegar a lo cardinal que se desea destacar: el amor que se siente hacia una persona que no es su esposa, después de haber permanecido casado y muy enamorado durante muchos años. Este es el asunto primordial.

¿POR QUÉ?

A
MI AMADA ESPOSA
GLORIA EDITH:
CONSORTE modelo
Madre ejemplar
Cónyuge cristiana
Virtuosa mujer

1

Y después de haber vivido por más de cinco años dedicado solamente a sus estudios superiores, de no desear enamorarse como lo estuvo en su adolescencia, Jorge, por su capacidad y excelentes calificaciones como estudiante universitario, consigue ejercer su profesión en una prestigiosa compañía capitalina. Desde un comienzo deja ver su idoneidad como ingeniero en la institución que le brinda el cargo.

El ambiente de trabajo es agradable. El personal está integrado por lindas jovencitas, solteras en su mayoría, unos cuantos señores de edad madura y tres jóvenes, en los cuales

él se encuentra. A pesar de ser muy atractivas, no le simpatiza ninguna; por supuesto, conversa con ellas sobre temas diversos, y también de asuntos laborales, pero en tiempo admitido. Si en el fondo de su ser ansía seriamente una compañía femenina de su gusto, no se despierta el sentimiento que anhela poseer como lo tuvo en su adolescencia, cuando conoció y apreció el verdadero amor: ese amor que se siente hacia la mujer amada cuando en verdad se está enamorado. Sabe lo que es sufrir por ese afecto. Lo experimentó años antes con la única adolescente con quien se amarteló, aunque sin ella saberlo, porque nunca se lo dijo. Con los años, ese sentir fue desapareciendo, pero no el recuerdo. La bella muchacha contrajo matrimonio, y él no tuvo otro camino más que resignarse ante la triste realidad que la vida le ofrecía; por eso, como estudiante universitario, se dedicó solo a sus estudios. No quiere volver a prendarse, y no obstante que por su solvencia puede hacerlo, no desea porque se conoce cómo es: fiel, cariñoso, responsable y serio; aunque también algo más celoso de lo normal, quizás por esa entrega sincera de su amor incondicional hacia la mujer amada. Se inicia como profesional a los veintidós años de edad.

El tiempo sumó un año más. Jorge cuenta con algunas admiradoras dentro de la institución, porque ven en él al hombre que toda mujer desea para ser el esposo y padre de sus hijos: trabajador, comprensivo, inteligente, varonil, sin vicio alguno, serio y respetuoso; virtudes que adornan su persona.

Cuantas veces lo invitan a reuniones o natalicios trasnochadores, él se presenta en horas vespertinas para saludar a quien cumple años, darle un presente si es necesario y disculparse por no poder asistir a la hora fijada. Se sincera con la gente que lo invita, y esta tiene que conformarse con la resolución del joven profesional. No asiste, porque no acostumbra beber licor, fumar ni bailar. Si no practica esto, para qué ir. "Mejor es quedarse en casa". Se recrea en lo que le gusta: excursiones, viajes y paseos al campo; y son algo frecuentes estas recreaciones.

Fueron varias las veces que hermosas empleadas de la prestigiosa empresa desearon atraparlo para enamorado, pero se resistió por su manera de pensar y por no sentir inclinación alguna por ellas. No puede estar en amores con alguien si no tiene atracción como para llevarla al altar. Tampoco es su costumbre engañar o pasar el rato para vivir momentos efímeros de afecto embustero. Le es muy difícil fingir felicidad y hablar de cariño con una muchacha si no lo siente; hablar sí, pero sobre materias interesantes, y como amigos, o compañero de labores, nada más. Aunque, en el fondo de su ser, desea tener un amor como él desea. Si se comprometiera con una joven por quien apenas sintiera incipiente apego, no se hallaría feliz al estar a su lado; no podría decirle, con sinceridad, amarla si careciera de este sentir. Desea enamorarse de verdad para vivir aquella realidad de años pretéritos, de años de su pubertad. Ambiciona una señorita que le haga sentir felicidad; felicidad al tener sus manos entre las suyas; felicidad al tomarla del brazo; felicidad tan solo al mirarla, al acariciar sus cabellos, al besar sus mejillas, al abrazarla, al sentirla tan cerca, al escuchar su voz, al admirar su sonrisa y los gestos de su rostro, ... ¡Esa felicidad anhela! Para él así es el verdadero amor. Así lo sintió imaginariamente muchas veces en su adolescencia hacia la mujer que se casó con otro y que a él le enseñó en forma indirecta el verdadero amor; el amor que muy pocas veces se presenta en la pareja, quizá por ser algo insólito pero ¡grandioso, excelente, sublime e inefable! Ese es su deseo en cuanto al amor; mas la realidad le muestra lo contrario en vista de que aún no lo halla. Y ahora es muy diferente: por los años transcurridos, por su trabajo, por su profesión y por su situación económica muy buena.

No faltaron quienes le aconsejaron hacer caso a algunas de las empleadas que lo pretenden. Por su delicadeza se limitó a prestarles atención, pero no a seguir sus recomendaciones. “¿Por qué correr el riesgo de estar con una chica sin sentir nada o apenas un naciente amor; o comprometerme para ver si después llego a enamorarme? ¿Y si no sucede? Para ambos podría resultar pérdida

de tiempo, tal vez más para ella al pensar verse burlada. Por eso, lo mejor: continuar solo”.

2

Avanza otro año. Jorge se encuentra gozando de sus buenas y reconfortantes vacaciones. A escasos tres días para reintegrarse a su labor profesional, al pasear por una determinada calle se anima a entrar al súper mercado para comprar chocolates de una determinada marca. Al acercarse a la caja para pagar el importe, sus ojos tropiezan con unos muy hermosos colocados, para él, en un bello rostro que a primera vista lo impacta y estremece. Se queda admirado de tan atractiva muchacha que también lo mira por apenas medio segundo. Este sentir no es reciente; lo apreció hace años, aunque fue varias veces después de conocer a la adolescente que tanto quiso. Al presente es con la jovencita que acaba de ver, quien parece despertarle el sentimiento deseado para entregarse como sabe hacerlo, como él lo da: amor sincero, fiel y puro. Se aturde un instante al estar cerca de ella, mas al momento reacciona. Quiere preguntarle algo y solo atina a pedirle, si fuera tan amable, en darle el cambio en sencillo. Oye su voz por primera vez y le agrada. Sin pérdida de tiempo interroga con tino el horario de salida de quienes trabajan allí. Escucha la respuesta y agradece. Se retira y mira su reloj. Está con suerte: apenas faltan quince minutos para que cierren las puertas del súper mercado. Jorge no tiene apuro en llegar a su casa, está de vacaciones y puede aguardar; aguardar otros quince o veinte minutos que ocuparán los empleados para efectuar las cuentas y también su arreglo personal. Se anima a esperar. Ese rostro lo ha cautivado. Quiere tratarla, conocer a la joven que parece haberlo flechado. Con la práctica tenida en años pasados desea desengañarse. “Quizá ella esté comprometida o... ¿casada?” Su idea le disgusta,

no obstante, se resigna; pues de ser así se retiraría ¡ya!, para salir de ese remolino en el cual se encuentra en peligro de caer. Si todo le fuera negativo, saldría de inmediato; y sería algo fácil de olvidar lo acaecido esa noche.

Antes de alejarse del establecimiento, pregunta amablemente a uno de los guardias que allí trabaja por dónde suele salir el personal. La respuesta la obtiene al instante. Por ahora se necesita paciencia. Ve cerrarse el negocio. Los minutos transcurren y él no aparta la mirada de la puerta de salida. Por fin ve a algunos empleados. Conforme pasan los segundos, quienes egresan del súper mercado son más numerosos. El joven profesional tiene que acercarse más para estar alerta a la salida de la simpática empleada. Corren los minutos y los dependientes comienzan a disminuir. Cruza por su mente que tal vez la muchacha ha salido sin haberse él dado cuenta. Por momentos mira a los alrededores por si la ve, aunque su mirada está casi fija en la puerta por donde salen los trabajadores. De pronto siente que su corazón le golpea el pecho y sus ojos se abren más de lo normal. La causa: acaba de ver a... ¡la joven empleada! Y viene acompañada de una amiga. Jorge se alegra. Es exigua la distancia que los separa por haberse acercado bastante a la puerta de salida; pero no es notoria su presencia, pues por el lugar transitan otras personas. Las dos cruzan la calzada para luego hacerlo él. De repente observa que la amiga se despide para prepararse a subir al transporte que se avecina. La distancia entre ambos es muy próxima; sin embargo, como hay mucha gente en el paradero pasa inadvertido ante todos. Desea hablarle, pero se resiste hacerlo a pesar de estar sola. Aprecia que ha transcurrido alrededor de una hora desde que ella lo atendió, y él está aún por allí. La muchacha con otras personas caminan unos metros al ver que la movilidad se acerca. Jorge titubea. Rara le parece su actitud. Se asombra al notar su reacción, porque él es rápido en accionar. Esta vez ha quedado a la zaga. Se siente frustrado por el torpe actuar: ¡dejar la oportunidad de hablarle! “¡Me quedé mudo! ¡Qué torpeza la mía!”. Resuelve subir al transporte cuando se estacione

con el fin de buscarle conversación a su reciente conocida; ya verá la forma de hacerlo. El ómnibus se detiene y el público se aglomera a la puerta. Alcanzan a subir escasamente algunas personas, porque en el acto parte dejando a varias sin abordarlo, entre ellas a la atractiva asalariada. Esto lo reconforta. Para él ha sido suerte que el vehículo apenas se detuviera a metros de distancia de su paradero para que bajarán dos señoras. Vuelve a mirar a quien ha despertado su amor, y decidido se allega con el propósito de hablarle. Las palabras iniciales son de saludo, para enseguida recordarle la atención tan amable cuando le solicitó cambio en sencillo, y una vez más agradecerle tan fino gesto. La joven parece recordarlo; le contesta que eso sucedió hace cerca de una hora. Él con mentiras veniales trata de justificar su permanencia; le menciona que ahora tiene una diligencia importante en determinada avenida. Dice esto al conocer que en el recorrido del ómnibus, este pasa hasta más allá del lugar acabado de aludir; de esta manera, si ella vive cerca del último paradero, él podrá ir hasta allí en vista de que le ha anunciado la avenida donde se bajará. De vivir en otra ubicación será diferente. Es motivo para continuar hablándole. Le pregunta si la movilidad es difícil de tomar como en ese día. Oye la respuesta y se siente contento, y por qué no decir feliz por estar conversando con quien le ha despertado ese amor tanto tiempo esperado. Como dos minutos más dialogan; pero así como habla, observa que ella le contesta con monosílabos y hasta de compromiso. Eso lo incomoda, aunque en el fondo le agrada al pensar que si le contesta es por educación, pues es la primera oportunidad que la trata. De pronto, Jorge divisa el medio de transporte, y a su flamante conocida le pasa la voz. Detiene su marcha el ómnibus, y recién logran subir todos los pasajeros. Él quiere pagar el importe del pasaje de ambos, pero ella se resiste y agradece sería. Esa actitud lo complace. Se siente como un héroe desconocido. Si su acompañante supiera quién es, dónde trabaja, cuánto gana, que es soltero y sin compromiso alguno, que atractivas señoritas donde ejerce su profesión desean tenerlo como enamorado y, además, que no tiene vicios; de seguro que el actuar de la atrayente empleada sería diferente. Por supuesto,

él no tiene por qué decirle algo al respecto. Lo importante es saber el sitio donde bajará para después averiguar su dirección. Tampoco sería prudente inquirirle dónde vive; podría recibir como respuesta palabras no tan gratas y, sobre todo, caer antipático por imprudente interrogante; aún si esta fuera en forma indirecta, ella podría darse cuenta. Es necesario paciencia.

La conversación dentro de la movilidad es, prácticamente, del joven ingeniero. De pronto escucha a su gentil acompañante solicitarle permiso, para luego retirarse seria y bajar. Él se despide cortésmente y le agradece otra vez su amabilidad.

El ómnibus continúa su recorrido. De inmediato pregunta el nombre del lugar; lo hace con el fin de retornar lo antes posible. El medio de transporte avanza dos paraderos y el joven se baja, detiene un taxi y pide al chofer lo lleve a la dirección que le indica: su domicilio.

Esa noche evoca a su reciente y atractiva conocida. Tiene insomnio, no obstante le agrada, pues a causa de este le fluyen pensamientos felices al imaginar llegar a ser verdaderos amigos, después enamorados, enseguida novios y al fin esposos. Cavila ir al subsiguiente día donde la jovencita trabaja para verla a distancia solamente, pero resuelve hacerlo al día siguiente. No quiere ser pesado o antipático si vuelve a hacerse el encontradizo; ella podría imaginar que se trata de un don Juan y esto sería negativo, por eso decide apersonarse el día siguiente en la noche con el único motivo de observarla. Cruza nuevamente por su mente la posibilidad de estar comprometida, y su novio acudir al súper mercado para acompañarla a su casa.

Adviene el nuevo día. Las horas corren, aunque no tan veloces para Jorge. Desea que llegue la noche para estar en el establecimiento con la intención de ver a quien ha empezado a querer.

A una hora para marcharse al ansiado lugar, piensa en si debe presentarse antes que cierren el establecimiento –con la

finalidad de verla si está trabajando- o acudir más tarde; es decir, cuando los empleados salen. Se decide por lo último. Por fin, la hora de partir se ha cumplido. Prefiere ir con la vestimenta del día anterior: ropa sport; mañana vestirá terno, porque entrará a trabajar después de sus merecidas vacaciones. Los minutos transcurren y pronto está parado en el mismo emplazamiento de la noche anterior. Llega casi a la justa, por esto se sorprende al ver salir a los trabajadores y también a quien admira, que es llevada del brazo por la amiga del día anterior. La sigue con la vista y se felicita haber estado a muy buena hora; de haberlo hecho cinco minutos después, quizás hubiera habido dificultades. Ve cruzar la pista a las dos compañeras y detenerse en la acera para seguir dialogando. El medio de transporte que se acerca primero es de ella y no de su amiga. Se despiden y la ve subir a la movilidad. Algo extraño siente: una incipiente tristeza al ver que en el ómnibus se marcha la muchacha a quien ha comenzado a querer. Se sobrepone al sentimiento para pensar en el día siguiente. Este será especial para él porque tratará de hablarle; irá al negocio después de salir de su trabajo. Al evocar trabajo, recuerda que dentro de poco, luego del descanso nocturno, nuevamente estará desempeñando su profesión.

Retorna a su casa.

A diferencia del día anterior hace esfuerzo en no pensar en la chica que ha conocido; más bien a su mente la lleva a planes de labores y con estos proyectos queda dormido.

3

Jorge de nuevo en sus quehaceres. Desde los primeros minutos del día observa trabajar a dos nuevos empleados. Sí, se ha sumado más personal a su piso: un joven y una señorita, esta parece ser parlanchina.

Un pensamiento prevalece en él: esa noche, la visita al trabajo de la joven dependiente. Esto lo pone contento; por momentos se siente alegre. Si el recuerdo hacia ella y la visita, por parte de él, a su centro de labores lo complacieron, también cruzaron ideas pesimistas como la de no encontrarla, o verla con un acompañante; mas no se deja apesadumbrar por solamente posibilidades. Si ese día las empleadas de la oficina vieron cierta seriedad en sus respuestas, él no prestó atención; más bien quien se lo hizo notar fue la nueva empleada a instigación de sus compañeras. Jorge la escuchó algo admirado.

Al fin, la espera deseada: El galán frente al súper mercado. Ha descendido de un taxi que lo ha dejado a escasos metros del negocio. Antes de entrar se arregla la corbata. Lo primero que buscan sus ojos es determinado lugar donde se supone esté la atractiva trabajadora. De improviso, su respiración se hace profunda y placentera; al mismo tiempo siente cierto golpe en el corazón y una felicidad al divisarla. Ella no lo ha visto. Está atendiendo a los clientes que se han acercado a la caja para hacer efectivo sus pagos de la mercadería por llevar. Él ve la hora en su reloj, falta media hora para que cierren. Con tranquilidad se dirige a determinado sitio para efectuar algunas compras no tan imprescindibles en un hogar, aparte de seis chocolates de distintas marcas y sabores. Mientras toma los productos, la avista apaciguado. Concluye y se dirige a la caja preferida para efectuar el pago de lo acabado de coger. La suerte lo acompaña: solamente una señora se encuentra allí. Se coloca detrás y fija sus ojos en quien ha empezado a querer. Ella aún no se ha dado cuenta de quien la mira tan ansiosamente. Termina de atender a la dama y recién mira por décimos de un segundo, sin importancia alguna, el rostro del que sigue; pero enseguida vuelve su mirada en el comprador porque le es conocido. Es aquí donde, en tono y palabras corteses, la saluda dándole las buenas noches y haciendo escuetos comentarios sobre el buen estado del establecimiento. Aprovecha para preguntarle, sagazmente, la marca de chocolate

que más le deleita. La respuesta lo complace, pues es afirmativa y delicada. El joven profesional ve la oportunidad de decirle, a manera de jovialidad y como buscándole conversación, que ahora sí ha venido con sencillez; aunque, luego, paga con billete de denominación algo alta. Nuevamente le da las gracias por su amabilidad que le hizo la vez anterior en cuanto al cambio de dinero; también le menciona su visita para el día siguiente donde su familiar. Luego de recibir el importe y antes de ser envueltas las compras, coge un chocolate, el aludido por la encantadora señorita, y con palabras delicadas le pide por favor recibirlo sin ofenderse; que se lo obsequia por su amable atención así como por su fascinante persona. Ella, al verse comprometida, acepta y agradece el presente. Al instante se despide, al momento que le muestra una suave sonrisa. La complaciente empleada le retribuye en idéntica forma.

Sale de la gran tienda. Como no falta mucho para que la asalariada termine su trabajo del día, piensa aguardar los minutos restantes y, cuando ella salga, tratar de acompañarla si fuera posible hasta cerca de su casa; pero recuerda haberle dicho que al día siguiente irá donde su familiar. Desea esperarla. Dice no importarle lo mencionado, y más bien hablarle que al salir del negocio se animó a apersonarse ese mismo día donde su pariente... ¡Qué! Si no es el deducir común de Jorge; él siempre razona bien antes de actuar. “¿Tanto tiempo en aguardar la movilidad para dirigirme donde mi familiar, habiendo salido cuarenta y cinco minutos antes? Quizá, en este supuesto encuentro, la chica piense en otras intenciones de mi parte y estas aun podrían ser negativas para ella que recién me conoce y no sabe cómo soy; hasta podría pensar que soy un pillo o un casanova”. Como conclusión deja las cosas como están. “Paciencia, tengo que tener paciencia”.

Las horas suman unas tras otras y pronto pasan cerca de veinticuatro. El apuesto enamorado desciende de un taxi que lo deja a escasos metros de donde acostumbra salir el personal del súper mercado. Aguarda. La espera es prolongada. Los empleados

comienzan a egresar y pronto los ojos de Jorge se llenan de alegría al ver a las colegas. Parecen ser buenas compañeras, porque nuevamente están juntas. El vehículo que transportará a la jovencita esta vez llega más temprano, por lo que ella se despide de su amiga al verlo venir. Jorge se apresura para no perderlo; piensa que de pasársele tomaría un taxi para bajarse unas cuadras más adelante y lograr subir al ómnibus donde viaja la señorita de sus sueños; pero no es necesario, porque lo alcanza. Ya dentro, sus ojos la buscan. La movilidad va llena, aunque no tanto como para perderla de vista. La divisa de perfil algo adelante. Se abre paso solicitando permiso en voz baja y pronto está a su lado. Por supuesto, la muchacha ignora por completo el afán del joven. Él quiere hablarle, pero prefiere esperar. Planea hacer que el encuentro sea fortuito para no despertar sospechas negativas. Calcula el instante propicio; este se presenta cuando el medio de transporte se detiene. Mientras bajan algunos pasajeros, Jorge se hace a un lado; es aquí donde finge asombrarse al verla. La saluda amablemente observándola bien. Ella queda sorprendida, y dentro de su sorpresa demuestra cierto conato de alegría. Sus primeras palabras, después de saludarla, es mencionar las coincidencias que suceden en la vida, como la presente en viajar con tan agradable compañía. Entre otros términos similares, le habla que su familiar vive en determinada dirección. Alude esto porque averiguó el nombre de algunas calles aledañas al de la vivienda de la jovencita; así podrá bajarse en el mismo paradero de su acompañante. Para suerte, ella no recuerda el breve diálogo de escasos días anteriores cuando él le comunicó de ese pariente ficticio que vivía por esas ubicaciones. La conversación versa sobre asuntos comunes y entre esos aprovecha para preguntarle, con mucho tacto, por su día de descanso. Se sorprende al escuchar ser el día siguiente. En un segundo de tiempo pasan muchas ideas por su mente; una es de si en vez de haberse hecho el enconradizo este día lo hubiese efectuado el siguiente; por supuesto que se habría chasqueado totalmente. Se felicita por no haberle sucedido. Siempre mirando las calles para ser el primero en avisar bajarse, pronto le manifiesta

su cercano paradero. Ella, en forma natural, también le contesta que a dos cuadras más adelante se quedará. Ambos avanzan y descienden. Con amabilidad le pide acompañarla. Se resiste cortésmente, mas él insiste con delicadeza; pero en este insistir menciona que quizás no quiera porque puede ser vista por algún familiar que haya ido a esperarla o -empleando un tono fino- por su pretendiente. Al instante, ella niega tal aseveración. Él explota la oportunidad para reiterar acompañarla. La empleada accede. Se disculpa el joven profesional si fue indiscreto en su pregunta, para enseguida presentarse en forma oficial; le dice quien es, mencionando su nombre y apellidos, y ser hijo de familia. También le da a conocer la terminación de sus vacaciones el día anterior y la institución donde trabaja, sin referir el cargo ni su profesión, por supuesto; que tal vez pasado mañana sea la última visita a su familiar, y que le gustaría, en lo posible, volverla a ver; que desea frecuentar una amistad con ella y que se siente muy a gusto a su lado.

No quiere todavía sincerarse del todo. Qué pensaría la adorable joven si él le abriera su corazón para decirle su sentimiento. Por supuesto que no creería; más bien pensaría haberse tropezado con un engañador o un pillo; por eso, solamente menciona algunas palabras alabando el ego de la amable compañía. Aprovecha para interrogar su nombre y ella se lo dice. Al escuchar: Margarita, lo elogia, para en el acto expresarle que tanto su personalidad como su belleza superan a su nombre. Agradece ufana el cumplido. Jorge aduce solo limitarse a decir la verdad. Al llegar al lugar indicado donde avisó retirarse, le pide, por favor, verla pasado mañana por tener que regresar al mismo sitio donde ellos ahora se encuentran, en vista de que otra vez tendrá que conversar con el mencionado familiar. Le solicita permitirle esperarla a la salida de su trabajo para acompañarla. Insiste con mucha cortesía y ella le otorga el pedido. Se lo concede porque en el fondo de su ser se siente también atraída por el reciente conocido. Le viene a la mente darle su tarjeta de presentación, pero se resiste; allí especifica su

profesión y cargo. Antes de despedirse los recientes amigos, entre otras palabras elogiosas, le desea que pase una bonita noche y un reconfortante día de descanso.

Jorge se desplaza al instante; no quiere mirar hacia donde su nueva amiga se dirige. Después de caminar media cuadra, voltea para verla. La divisa justo cuando está girando la esquina y perderse de vista. Observa que es un ámbito modesto. Él sigue caminando; tuerce y luego detiene un auto de plaza que se aproxima. Lo toma y pronto está en su casa.

Esa noche prefiere cenar algo ligero. Después de reposar un rato y hacer breve lectura, se retira a su dormitorio para descansar. Su pensamiento se centra en la joven amiga. Muchas ideas le fluyen. Se siente feliz. Fugazmente compara a su simpática conocida con las compañeras de su oficina, y en forma imparcial aprecia que varias de ellas la superan en belleza; sin embargo, para él, ella es mejor, así le gusta; su amor ha encajado en el de Margarita. Piensa en las cosas raras de la vida, en los gustos y en lo relativo que es apreciar la belleza. ¡Sus compañeras de trabajo más bonitas que Margarita! No obstante, ella le encanta; además, ha despertado ese amor tan deseado desde hace tiempo; ese amor que tuvo en su adolescencia, ese amor que hace sentir verdadera felicidad cuando se está junto al ser amado; pero también lo opuesto: sumir en profunda pena cuando no se es correspondido o cuando la separación se hace necesaria por largo tiempo. Piensa en comprar flores en el súper mercado o en otro lugar para obsequiárselas; y esta vez, como es una cita fijada, llevarla en automóvil y no en ómnibus. Planea hablarle de muchas cosas, así como de insinuarle su interés amoroso. Por el momento, no es dable decirle sus sentimientos. “¡No!” –se dice-. “¡Qué podría pensar Margarita!”. Tiene que tener paciencia, paciencia de semanas, para algún día confesarle con mucha seriedad lo que desde un principio sintió hacia ella. Al presente, solo es necesario darle a entender su afecto. Proyecta obsequiarle, por esta primera ocasión, un pequeño ramo de flores. “Claro, no siempre serán

regalos; procuraré invitarla al sitio deseado por ella, también a cenar o almorzar, a una excursión, a lugares bonitos; ¡menos a discotecas! Me es necesario conversarle para conocer su manera de pensar y de ser”.

Si su intuición le avisó, desde cuando la conoció, que se trataba de una muchacha recatada, Jorge no se equivocó. Aparte de su corazonada, las viviendas y calles del lugar donde reside indican que se trata de un barrio modesto.

Después de volver a repasar estos planes y fluirle otros pensamientos alusivos a Margarita es vencido por el sueño.

4

Al día siguiente, Jorge de nuevo en su trabajo. Está muy contento. Desea que el día pase rápido para estar en el siguiente; en este tendrá el encuentro con Margarita. Como siempre, las atractivas asalariadas de su trabajo procuran abordarlo, y más la señorita parlanchina. Todas planean formas de entrar al elegante lugar donde trabaja el solicitado galán para procurar dialogar con él y, sobre todo, poco a poco tratar de “cogerlo”, pues saben que es un excelente partido; sin embargo, no adivinan que su corazón ya pertenece a otra, y esta, aunque no tan atractiva como ellas, ha despertado los amorosos sentimientos latentes del joven profesional.

Concluye ese día. Pasan las horas y pronto amanece. Es un día especial para Jorge por la cita planeada. En su trabajo, todo transcurre normal.

¡Llega la noche esperada! El flechado ingeniero viste elegante. Es otro terno que lleva puesto. Decide comprar flores frescas en un lugar muy conocido de la ciudad. Minutos más tarde

desciende de un automóvil de plaza que lo deja muy cerca al súper mercado. Esta vez se aproxima bastante a la puerta de salida del personal que trabaja donde brega Margarita. Pocos minutos después comienzan a salir los empleados. De repente, le viene una sensación de felicidad, y siente a su corazón latir muy de prisa. Este actuar de su interior no le agrada; sabe que es... por la joven de sus ojos que acaba de ver; y como siempre, acompañada de su amiga. Él se acerca por detrás, se coloca a su costado y le da las buenas noches mencionando su nombre. Ella voltea al escucharlo y contesta el saludo. Parece impresionarle su elegancia por su reacción peculiar al verlo. El bonito ramo de flores lo lleva en su siniestra, disimuladamente escondido a la altura de su espalda. La reciente amiga le presenta a su compañera de trabajo. Después de cruzarse palabras elogiosas de presentación y de sostener breve diálogo, la nueva conocida, al darse cuenta que no es necesaria su presencia, prefiere despedirse, y le expresa a Margarita encontrarse al día siguiente; de inmediato, le extiende la mano a Jorge en cortés saludo de despedida y le dice el gusto de haberlo conocido; él retribuye con similares palabras y le da las buenas noches. Ya los dos amigos están solos; sus efímeros acompañantes son los transeúntes que caminan por allí. En ese instante, el apuesto profesional hace ver el ramo de flores y se lo entrega junto con palabras de alabanza: "La belleza de su rostro anula la hermosura de estas flores". La joven hace ostensible un gesto de sorpresa, agradece el presente y también el cumplido del galante. Él le pregunta cómo pasó su día de descanso. Escucha la respuesta con entusiasmo. Al querer cruzar la calzada, aprovecha para detener un taxi. Le dice que le permita llevarla a su casa en ese medio de transporte. Acepta con titubeos la solicitud del amigo y sube al vehículo. Le indica al chofer el lugar y este toma rumbo a la dirección mencionada. La alegría del joven es óptima: ¡Está al lado de quien está enamorado! Oye su voz que para él es música para sus oídos. La contempla fijamente mientras conversan. Las preguntas se suceden unas tras otras; más versan sobre el trabajo de ella. Parecen serle secundarias las respuestas; lo principal es

oír la voz de Margarita y de contemplar su rostro. Se deleita en esto. La amiga le inquiere por las flores, y Jorge no deja pasar tan buena ocasión para flirtearla caballerosamente. Aprecia la galantería y agradece tan afectuosa expresión. De pronto escuchan al conductor solicitar, otra vez, le den la dirección exacta. El acompañante consulta con Margarita y ella pide al piloto, por favor, bajarse en determinado paradero -donde se despidieron la última vez-. Muy pronto están allí. El invitador paga el importe y ambos descienden del vehículo.

Parece haber sido veloz la travesía. Los jóvenes están juntos. La invitada agradece el viaje, y el invitante explota su respuesta para contestarle que él es el agradecido por la compañía de tan cautivadora amiga. También le dice que la última oportunidad que acompañó a una jovencita fue hace dos años, a solicitud de ella, por la urgencia de ayuda para determinado trámite. Le refiere brevemente algo más, para enseguida expresarle que esa persona es su hermana menor; y que después de ese lapso, es la primera oportunidad de hacerlo con tan gentil compañía. Estas palabras le parecen sinceras a Margarita; y, como mujer, demuestra cierto interés al indagarle, muy sutilmente, cuántos días hace que acompañó a su novia; a pesar de haber mencionado él que solamente lo hizo con su hermanita. No esperaba esta interrogación. La recibe como si a un niño de cinco o seis años le dieran libertad para comer chocolates.

Si Jorge planeó tener paciencia de algunas semanas para declararse, al instante la situación es diferente. Hay coyuntura para aludir en forma directa -utilizando la indagación formulada- su sentimiento; pero también aprovechar en averiguar si está comprometida.

Le responde no tener enamorada, menos novia; que Margarita por ser tan linda, su prometido la puede estar esperando en su casa...; ella lo interrumpe para decirle no tener ningún compromiso y estar sola. Las palabras acabadas de escuchar las recibe como un triunfo; es una alegría profunda al evocarlas al

instante: “Ningún compromiso y estar sola”. Se siente demasiado contento. Continúa su perorar para también decirle que hace dos años terminó su profesión en determinada universidad, y desde hace tiempo se encuentra trabajando en la institución -la mencionada hace días-. Con mucho tino, le indica que no quiso tener enamorada, porque no despertaba el sentimiento de amor que deseó tener siempre; que nunca le gustó ni le gusta mentir a nadie, como tampoco le agradaría ser engañado; que las enseñanzas recibidas desde pequeño de su querida madre quedaron grabadas en su mente para no embaucar a muchachas o hacerles daño, pues también tiene hermanas y no le gustaría que con ellas hicieran lo mismo; que si ambos se encuentran allí juntos es por agradecerle su compañía y sentirse dichoso a su lado; que desea frecuentar su amistad y permitirle seguir siendo su amigo. Le pide, por favor, acompañarla de nuevo y, de ser posible, tener el placer de conocer a sus padres.

Margarita, por supuesto, no esperaba esto; tampoco Jorge, que si en segundos decidió declararse, frenó este parecer y prefirió tener paciencia; pero ya no en el tiempo proyectado hacía días, sino más breve por el acontecimiento acabado de ocurrir. Piensa que de seguir frecuentándola, no pasarían dos semanas para confesarle su amor. Después de reiterar, discretamente, en volverla a ver, Margarita admite la solicitud. La despedida es emotiva, y quedan en verse al día siguiente a la misma hora.

La cita se hace realidad. No solo fue esa; hubo dos más. Jorge siempre puntual, cortés y sincero. Esto es lo menos para él, puesto que de su corazón enamorado le nacen también la sinceridad y la cortesía; de igual modo, la inspiración, pues Margarita es el motivo.

Pasan catorce días: Al finalizar el último de la segunda semana, el joven profesional la invita a cenar aprovechando el asueto de ella. Con agrado acepta el convite, porque le atrae la manera de ser del comedido y correcto amigo; también se siente entusiasmada y complacida por su galantería.

Al día siguiente en un determinado parque, después de conversar sobre temas simples y comunes del acontecer, el amartelado ingeniero abre su corazón al amor de su vida para volcar sus sentimientos retenidos desde hace tiempo; al instante tomarle delicadamente sus manos y besar con gran afecto su diestra. Ella no se resiste; en cambio, hay cierta incertidumbre con la auténtica y veraz afectividad. Jorge aprecia tal sentir, y a pesar de su sinceridad, comprende la inseguridad de su complaciente amiga, e insiste, con términos cariñosos, en su veraz sentimiento. Continúa hablándole palabras afectuosas, y conforme las dice, sus labios se aproximan al oído de Margarita quien en silencio escucha complacida, con mirada de mujer enamorada, las expresiones tiernas salidas del amoroso corazón del cortés amigo; este retira un tanto sus labios, para en el acto fijar sus ojos a los encantadores de quien adora y observar su linda faz tan cerca. Aproxima lentamente su cara a la de ella, que absorta parece darle la respuesta al continuar mirándolo con afecto, dejarse tomar la cintura sin resistencia alguna y mostrarle sus labios juveniles. Él se aproxima más... más; ambos se miran en silencio y este parece dar rienda suelta al sentir de ambos jóvenes deseosos de amor. Continúan mirándose amorosamente, mientras él parece saborear lo próximo que con ansias aspira probar; y lo consigue: estampar el primer beso en los labios deseosos de la amiga que en el acto cierra sus ojos y contesta cordialmente el ósculo del flechado profesional, que embriagado de amor abraza y besa anheloso a quien tanto ama con amor limpio y verdadero. Después de muchos segundos de placentera y sublime unión, aparta con suavidad sus labios y afloja sus brazos para de inmediato besar en forma intermitente las mejillas de Margarita quien ahora, como si una fuerza sobrenatural la obligara a hacerlo, también lo abraza en señal de complacencia y de aceptación. Luego, Jorge retira pausadamente su cara del bello rostro y le dice amarla mucho, que la quiso desde el primer día; que no olvidará esos instantes tan felices para él. Vuelve a aproximar sus labios a los de ella, que gustosa también se los ofrece, y ambos se enlazan con gran

ternura confundiéndose en otra prolongada y agradable caricia labial. Enseguida, Margarita menciona palabras cariñosas hacia Jorge que lo llenan de alegría. Pero la mayor felicidad que vive es al escuchar que ha comenzado a quererlo. La escena amorosa, así como el coloquio entre ambos, continúa por cerca de media hora más. Después de este tiempo, él le pide que converse con sus padres para poder tener acceso a su casa, pues desea dialogar con ellos por la seriedad de este compromiso. La honesta empleada promete hacerlo. Caminan de la mano, y a una cuadra de donde ella vive le señala su casa. Quedan en verse al día siguiente, a la salida de su trabajo. Se despiden con fugaz beso. El dichoso galán la acompaña con su mirada hasta verla ingresar.

Jorge regresa lleno de dicha a su casa. Al siguiente día continúa este mismo ánimo. En la institución, sus compañeros de labores aprecian algo raro en él, porque su estado de ánimo es especial. Esto notan sus compañeros, y no falta alguien que le pregunte por el motivo. Se resiste a decirlo. Al fin se sincera con uno de ellos y después con otro. Pronto todos lo saben. ¡Todos saben que tiene enamorada! Las empleadas un tanto incrédulas se lo preguntan. Le contesta que se ha comprometido con una señorita a quien ama mucho, y por eso se siente muy contento. Son buenos y sinceros sus amigos de trabajo y parecen darle los parabienes con franqueza. Las dependientes que lo pretenden parecen desistir de sus ideas y resignarse a tenerlo solo como amigo.

Margarita habla con sus padres sobre su relación amorosa; ellos aceptan y le dan permiso para llevar al reciente enamorado. Hace conocer tal decisión a Jorge y fijan el domingo entrante para ir a su casa. Al llegar la fecha y ser presentado, la familia queda impresionada ante el aspecto del visitante. Después de conversar unos minutos con sus padres, admiten gustosos de tenerlo en casa, así también como prometido de su hija. Para ellos es muy notoria su buena educación y don de gente.

Desde la primera vez que Jorge entra a la casa de Margarita hasta la fecha de comprometerse como novios pasará año y medio;

y desde novios hasta su feliz matrimonio, un año. Después de algo más de dos años y medio, los jóvenes contraerán matrimonio.

En el lapso de permanencia como enamorados ambos fueron dichosos. En este tiempo se comprendieron más; sobre todo, por la segunda de las dos únicas discusiones que tuvieron y que les sirvieron para entenderse mejor. Penosa y prolongada fue la separación por causa de esa disputa: ¡doce días! ¡Casi dos semanas de sufrimiento para cada uno! No es que la muchacha se molestara por proposiciones humillantes o quizás obscenas. ¡Eso no! El enojo infundado fue de ella al querer imponer su capricho para conseguir un errado propósito. Menos mal que después de esos doce días y ante la explicación del amartelado e inteligente joven, que con cariño le dilucidó su error, pudo darse cuenta de su falta cometida. Por eso cuando la tempestad pasó y se reconciliaron, las escenas iniciales fueron muy afectuosas; las palabras de amor, los besos y cariños entre ambos fueron abundantes. Los dos se confesaron el sufrimiento por que habían pasado: Margarita a contarle que hasta llegó a llorar algunas veces por no tenerlo a su lado; Jorge, para decirle su aflicción por no verla, el deseo desesperado por tenerla a su lado, su resistencia a no verla -a pesar de costarle demasiado- para no acostumbrarla a mal o salir con su capricho, y las tantas veces que oyó sonar el teléfono de su oficina y desear fuera ella que pedía verlo para hablarle, no obstante, sumirse en prolongada tristeza ante la realidad: no ser la mujer que tanto quería quien llamaba.

Varias veces en el tiempo de noviazgo, presentó a su adorada novia versos compuestos por él. A pesar de no ser su especialidad, eran breves composiciones poéticas exaltando la belleza y el amor hacia la mujer amada. Ella se sentía radiante al leerlos, y agradecía las alabanzas escritas. Eran inspiraciones nacidas de un corazón flechado que el enamorado galante escribía para el amor de su vida: Margarita. En el lapso de enamorados y novios no hubo otra mujer en la vida de Jorge. La joven dependiente era la exclusiva idolatrada. Se hallaba gozoso cuando caminaban

en la calle. Se complacía con tan simpática compañía femenina. No le importaba otra. “No tengo por qué mirar a mujeres, pues la única que me interesa, la única a quien amo es a Margarita; es solamente a ella a quien debo mirar y admirar”.

¡Jorge la quiere demasiado! Siempre deseó estar enamorado, y también correspondido; porque sabe que se vive inmensa felicidad. Y Margarita, así como su galán, también lo está. Si en un principio creyó sentir cierta frialdad de su prometida, después fue diferente, porque observó que ella estaba muy enamorada de él. En varias oportunidades, Jorge anheló, sin decírselo a su gran amor, el número de hijos que deseaba tener con ella: tres; los dos primeros varones y la última mujercita.

5

Los meses avanzan aprisa. Jorge pide la mano de Margarita. Desea vivir con ella, quiere disfrutar de su compañía para siempre. Ambos de acuerdo señalan la boda religiosa después de cumplir con los requisitos solicitados por la respectiva parroquia; a la vez ponen en orden sus documentos personales y los presentan en la municipalidad correspondiente al sector de su prometida; y un determinado día de Primavera se acercan los felices novios, en compañía de familiares, al Registro Civil. Margarita sale del Concejo convertida en flamante señora. Cuatro días más tarde juntan sus vidas mediante el santo sacramento del matrimonio, y reciben la bendición de Dios que los une para siempre. ¡Qué felicidad para los recién casados!

La fiesta se efectúa como los novios ansiaron: sencilla. Pudieron contratar una buena orquesta por varias horas; sin embargo, no desearon hacerlo por común acuerdo. Solo hay música en equipo de sonido; y pronto, ambos bailan el tradicional

Danubio Azul. Más bien, variada comida como para exigentes comensales se ven en diversas mesas decoradas. Los comentarios sobre los distintos platos es alabado por los invitados.

Los alborozados y recientes esposos salen a disfrutar su romántica luna de miel. No desean mencionar la ubicación, es un secreto para los amantes cónyuges. Retornan a los veinte días después de su connubio. Fijan su residencia algo cerca a la institución donde ejerce el flamante cónyuge. Un mes antes, la amante esposa renunció a su trabajo por el motivo conocido; esto lo acordó con Jorge cuando fueron novios. Solo se dedicará a las actividades hogareñas y atender al ser querido. Él siempre ansió ser atendido por Margarita; lo anheló muchas veces y se lo dio a conocer haciéndole saber que cuando estuvieran casados se sentiría muy contento llegar a su casa, ser recibido con amor y ser atendido por su esposa. Ya no es necesario que trabaje, estaría demás, porque la remuneración del joven profesional es suficiente. Ella se ocupará solo de los quehaceres a realizar en su nueva residencia.

Y la felicidad continúa en los amantes consortes. Pronto ese amor anuncia la cercanía del primer retoño. ¡Qué felicidad siente el esposo al enterarse de la gran noticia! Los meses pasan y al undécimo, después de haber contraído nupcias, el deseo del feliz profesional se hace realidad: su señora le da un robusto varón. Conforme pasan las semanas los padres de Margarita notan en el nuevo miembro de la familia más rasgos del padre que de la madre. Contento se siente cuando le dicen que su hijo se le parece.

Dos años después del nacimiento del primogénito, Dios le presta otro hijo a los dichosos consortes. Otra vez el anhelo de Jorge se hace evidente: le nace varón; y al igual que su primer vástago, también se asemeja a él. Nuevamente su alegría al escuchar de familiares, amigos y esposa que su reciente hijo es idéntico a su padre. Para él tales expresiones son como cumplidos, y risueño se siente por estos comentarios.

Y la dicha continúa en el jubiloso matrimonio. Si sus cumpleaños los celebran invitando a sus más allegados, los recuerdos significativos para ellos los hacen dándose sus escapadas a recintos seleccionados para comer y disfrutar de evocaciones placenteras. Estas fiestas significativas son fechas como el día que conoció a Margarita, cuando ella lo aceptó, el aniversario de su matrimonio religioso, el día fijado para enamorados. Salen a disfrutar y evocar momentos gozosos para ambos. Por lo general, cenan en restaurantes de prestigio; y no se preocupan de sus hijos, por la confianza de dejarlos con alguna hermana de Margarita.

Tres años después del nacimiento de su último hijo, un deseo de Jorge cuando estuvo célibe se hace realidad: ser padre de una niña; una niña que Dios presta a la regocijada pareja. No es necesario verla mucho para decir a quien se parece: es el mismo retrato de su madre, que complacida se siente al escuchar los comentarios al respecto.

Son tres niños en el hogar, tres amores del amante esposo, ¡más el principal: Margarita! De ella sigue tan enamorado como al principio; y como si fueran novios, siempre disfrutando de salidas a la calle, recordando y celebrando sus reminiscencias significativas.

6

Los años se deslizan veloces. El matrimonio sigue gozoso, y siempre dándose tiempo para evocar esos días tan felices sucedidos en años pretéritos.

El tiempo corre aprisa. La radiante pareja continúa con los mismos sentimientos de amor entre ellos. Sus hijos han crecido; la niña ya va al colegio. En los años transcurridos hubo momentos, como en cualquier matrimonio, que por circunstancias

muy especiales los cónyuges tuvieron ligeros litigios, más por los niños; no obstante, esas rencillas fueron efímeras, pues pulidas las asperezas la dicha prosiguió. Las escasas y livianas discusiones las supieron librar en el dormitorio; la alcoba nupcial fue el escenario de la unión y comprensión. Si al presente el tiempo suma dos lustros de enlace, estos, en general, fueron de sinceridad, entendimiento y mucho júbilo.

Jorge es fiel a su señora, porque la quiere. De no ser así, de no amarla, su comportamiento sería diferente. Oportunidad no le faltaría en su trabajo o en otros lugares para tener idilios fugaces, o tal vez prolongados; pero él no puede actuar así por la sencilla razón de amar a Margarita.

La felicidad entre la pareja prosigue. Las salidas a sitios especiales para evocar recuerdos siempre continúan en las fechas significativas.

El tiempo sigue implacable en su curso. Los niños crecieron y se hicieron jóvenes. Vieron el ejemplo de amor que sus padres se profesaron y con este modelo vivieron. El hijo mayor terminó sus estudios secundarios e inició su preparación para postular a una prestigiosa universidad. Ingresó con relevante puntaje. Dos años después lo hizo su hermano; y el mismo camino proseguiría la querida hija.

En casa de los leales esposos, un determinado día se reúnen parientes allegados al jefe de familia para celebrar sus cuarenta y cinco años de edad. A diferencia de otros cumpleaños, el presente es algo significativo. Siente algo nunca vivido. Es como un presagio, y este sentir se lo da a conocer después a Margarita. Ella, al verlo preocupado por tal experimentar, le dice ser solamente ideas y procure olvidarlas. La verdad es que así resulta, pues a la mañana siguiente y durante el día Jorge sigue como antes. A la interrogante de su cónyuge para saber cómo se siente, “como siempre y muy contento a tu lado”; al momento que aprovecha para tomarla de la cintura y atraerla para besarla como suele hacerlo. La querida dama retribuye las caricias del amante esposo.

A los diez días de cumplir sus cuarenta y cinco años de edad, la institución donde Jorge trabaja necesita una secretaria ejecutiva para uno de los gerentes, justo el que colinda con la oficina del ejemplar consorte quien desde hace algunos años se desempeña también con idéntico cargo, aunque en otra especialidad. Es una empleada más, y él la conoce cuando es presentada al personal.

Los días transcurren sin novedad alguna. La reciente oficinista es una más dentro de la prestigiosa institución. Jorge recién se fija en ella dos meses después cuando, a consecuencia de unos trámites ligados con su oficina, tiene que hablar con el directivo de la empleada por haber tenido ella trivial incidente con él. La joven explica el motivo de su actuación por desconocimiento, y pide disculpas. Pasado esto, todo prosigue igual; sin embargo, a Jorge recién le llama la atención la sencillez de la nueva señorita: a diferencia de las demás dependientes no acostumbra maquillarse. Conforme pasan los días observa, en las escasas veces que la ve, una belleza natural de su cara; y en el deslizarse las semanas, ese rostro visto primero en forma indiferente, como un virus parece introducirse en él. Lo nota bien, y en el fondo de su ser teme. Trata de no fijarse en la empleada. Consigue su propósito en parte, porque al estar contigua su oficina a la de ella a veces es ineludible evitarlo, sobre todo, cuando lo saluda; y ante tal actitud, opta por contestarle sin mirarla. Recapacita después y abandona esa forma de hacerlo. Por eso prefiere contestar el saludo mirándola; pero cada vez que lo hace, la peligrosa bacteria, o virus, o bacilo se acerca más a su corazón. Conoce demasiado ese virus; lo vivió en su adolescencia y tuvo que sufrir demasiado por no darlo a conocer. Lo revivió a los dos años de ser profesional, pero allí fue feliz, muy feliz -y lo sigue siendo- porque fue correspondido por Margarita, su esposa, a quien tanto ama; así como a sus tres hijos nacidos de un verdadero amor entre esposos. Al instante, otra vez ese bacilo, indeseable pero atractivo, parece apoderarse de su ser; y siente miedo porque sabe cómo es y cómo actúa con él. Por desgracia, conforme pasan los días esa bacteria se apodera

de su ser, ya que nota caerse en una vigorosa corriente de agua llamada amor, y sin bregar mucho se deja llevar por sus cristalinas, profundas y peligrosas aguas sin poder salir de ellas. Dándose cuenta dónde lo conducirán esas azarosas aguas, se sobrepone ante enorme peligro y saca fuerza sobrenatural para enfrentar a tan seductor enemigo; sin embargo, el resultado es negativo: sale vencido. Es demasiado tarde para salir de tan arriesgada corriente: la bacteria le ha penetrado en pleno corazón; esa bacteria es... ¡amor! ¡Sí, amor! ¡Jorge está enamorado! ¡Y enamorado como él sabe estarlo! “¿Por qué?” ... “¿Por qué?” No comprende por qué lo está. No ambiciona ese amor, porque le basta con su señora. Hace lo posible por evitarlo, pero no puede. ¡Si él quiere a Margarita! Si hace escasas semanas que entre su familia celebró un año más de su onomástico; y dos días después salió con ella a pasear e ir a comer a un restaurante, y allí recordaron, muy contentos, algunos pasajes interesantes de su vida, por qué esa afectividad amorosa que en el fondo de su ser no ansía por dos motivos: uno, porque solo debe querer a su esposa, y dos, porque desea profundamente no enamorarse de otra mujer, en vista de saber el sufrimiento sentimental que esto le traerá, aparte de la responsabilidad de ser hombre casado. Si Jorge siente amor por su esposa, ¿por qué siente lo mismo por la empleada?... ¿O ya no experimenta amor por la madre de sus hijos? ¿O este amor ha disminuido? Él podrá hablar y razonar a su manera, mas algo es cierto y no puede negarlo: ¡está enamorado! Podrá decir a todo el mundo no sentir nada; podrá gritar no estar amartelado de nadie, solamente de la madre de sus hijos; pero la verdad, Jorge la sabe muy bien.

Si hace veintiún años se enamoró de Margarita, ¿todavía seguirá con ese sentimiento legítimo hacia su señora? Si tuvo inspiración para dedicarle versos fue porque brotaron de un corazón verdaderamente enamorado; ahora, esa misma afectividad y esa misma inspiración la aprecia hacia la secretaria, quien sin saber nada lo ha aprisionado en sus redes amorosas; ella –sin pretenderlo, por supuesto- lo ha fascinado con sus atractivos y

seductores encantos de mujer. Sin embargo, él, a pesar de no desearlo, se siente complacido al pensar en ella. La evoca para contemplar su bello rostro natural, rostro que lo fue embelesando lentamente e inspirándolo para expresar idealmente su sentir:

Tengo miedo mirarte, tengo temor al hacerlo, porque tu hermoso rostro, tu piel canela, tus lindos ojos negros y todo tu encanto esplendoroso enervan mis amantes pupilas y mi corazón convulsiona ante tu belleza encantadora por el amor que siento hacia ti, reina mía. ¡Cómo quisiera controlar este temblar cuando te veo, pero no puedo! Tu nombre me emociona al solo oírlo y más cuando tu presencia se asoma; entonces soy cual quitasueño al viento: mi corazón se agita desesperadamente, porque te quiero de verdad. Tú y solo tú eres y serás la única que ame, la única que te engría, te idolatre, te mime y te ensalce amor mío. ¡Cómo deseo que sientas -solamente un instante- esta vivencia amorosa para que comprendas mi noble y sincero sentimiento, porque solo tú eres capaz de inspirármelo, solo tú, para que te compadezcas de este hombre que tanto sufre por ti, cielo mío!

Mientras tanto, la tranquila y respetuosa secretaria, quien siempre permanece atenta y presta para algún servicio que pudiese solicitar Jorge -a pesar de no ser su jefe inmediato-, ignora el sentimiento que el destacado gerente siente por ella.

Con este sufrir sigue por algunos meses; en este lapso, varias veces conversó con la atractiva oficinista; esto fue causa para que el penetrante virus irrumpiera más en su corazón. En uno de los breves diálogos, por circunstancias de la charla, le dice tener veintitrés años de edad. Al momento de escuchar, la compara con la de él y nota la abrumadora diferencia: ¡veintidós años! “¿Para amar, hay edad? ¡Por supuesto que no!” Si sabe que está enamorado, también atisba que ese amor es limpio, sin

malicia; aprecia como si fuera un primer amor o amor infantil. Como un rayo de luz cruza por su mente la posibilidad de alguna relación amorosa; de ser así se conformaría con hablarle, sentir su cercanía, permanecer mucho rato a su lado, contemplarla, tomarle las manos y nada más. Destierra la idea del amor adulto, la aparta de inmediato cuando esta aparece fugazmente por su pensamiento. ¿Por qué? ¿Será acaso porque no vive esa realidad?

En una de las conversaciones entre ambos, quedó atónito ante la sorpresiva aparición de la atractiva secretaria quien lo saludó respetuosa; pero, en ese instante, no respondió al verla tan encantadora y con vestido que estrenaba. Ya en casa, volcó en algunas líneas lo que vivió y retuvo en su amartelado corazón:

¡De repente apareciste como un ensueño! Volteé, te miré, y te vi radiante como una Primavera. En un instante, mi corazón saltó de alegría y frenó lo que sintió al momento de verte tan bella y atractiva. Me regalaste, sin saber, un poco de tu gracia y preciosura, así como cadenciosas palabras que fueron música para mis oídos, que felices quedaron al escuchar tan alegre melodía de una encantadora y atractiva amiga mía. Mi corazón quiso decirte al momento: “¡Nenita mía, si estás tan hermosa, pero tan hermosa que me has dejado mudo, absorto, con tu gracia y simpatía! ¡Y tu vestido! ¡Pero qué bonito te queda tu vestido Challise floreado! De todos, es el mejor; ¡y te ves más preciosa aún, como una verdadera beldad, nenita mía!”. Si supieras, ¡cómo deseé abrazarte para llenarte de cariños y muchos besos en tus suaves y lindas mejillas, menos por tus labios que no los tocaría; y por todo tu lindo rostro que me hechizaron un indeterminado día! Sin embargo, mis palabras que debiste oírlas quedaron selladas para siempre, mas no mi corazón que de verdad te escribe lo que sintió en este día.

7

El tiempo suma tres semanas más. Cierta tarde, la joven secretaria se hace anunciar en la oficina de Jorge para hablar con él. Al saber la noticia queda sorprendido; al instante ordena su ingreso. Ambos se saludan dándose la mano, y muy comedido le dice que no esperaba tan simpática visita, entre otras palabras. Ella escucha atenta la fina expresión mostrándole una sonrisa de gratitud. El directivo le pide, por favor, tomar asiento. La oficinista agradece sin aceptar, indicándole que es solamente para un encargo. No insiste, porque así está más próximo a ella; se siente muy complacido a su lado. ¡No imaginó esta recepción tan agradable! Mentalmente se pregunta el por qué de esa entrevista. Explota la oportunidad, y mediante su perorar dilata el tiempo para contemplarla de cerca y oír su voz. Le satisface la compañía; se siente contento. La mira detenidamente y admira su bello rostro sin maquillaje alguno; es una belleza natural. Al fin, la empleada decide mencionar el motivo de su presencia, a la vez que saca de un cuaderno un sobre blanco el cual se lo entrega de inmediato diciéndole el motivo.

Como si se viera al pequeño hijo idolatrado atropellado por un vehículo, o cuando se es impotente ante la realidad de la muerte al ver a la querida madre dando sus últimos suspiros, Jorge siente en ese momento írsele la vida. No atina a pensar, se anula, se centra en la verdad que vive. Si muy alegre estaba escasos segundos antes, ahora ese estado de ánimo se torna absolutamente opuesto ante la reciente noticia. ¡Desea gritar como un orate para desfogar su dolor! ¡Gritar hasta perder el conocimiento para evitar la realidad presente! ¡Le parece como si todo el edificio de la institución se le viniera encima; hasta desea desaparecer del mundo para siempre! ¡No piensa en nadie, ni en sus hijos ni en su esposa; únicamente en la evidencia presente! Es un golpe tremendo, golpe contundente a un corazón tan enamorado; no

obstante, el ser a quien Jorge ama ignora por completo el sincero sentir del flechado gerente.

Las palabras que ella menciona al abrir Jorge el sobre lo dejan ¡absorto, mudo, estático! No observa en el cambio de color de su rostro, tampoco en las órbitas de sus ojos, que se dilatan demasiado, ni en el temblor de su cuerpo, como si de pronto un ataque estuviera por venirle. No es un ataque, es un golpe sentimental acabado de recibir. Las palabras emitidas son acerca de su próximo... ¡matrimonio! Jorge la oye hablar, mas no entiende; no entiende y solo la mira atónito sin comprender, porque el golpe sentimental es bastante potente. Quizá en su casa, o solo, pueda hilvanar ideas, pensar detenidamente; en ese momento, no. Reacciona un poco después de varios segundos. Toma aliento y trata de leer, aunque continúa medio atontado por la impactante noticia. Unos instantes más y atina a decirle que agradece la deferencia hacia su persona, y le pide conocer muy pronto al afortunado novio. Otras palabras cruzan entre ellos y la joven se despide. Un segundo antes de hacerlo, recién distingue un ademán de sorpresa en el rostro de la secretaria; sin embargo, no acierta a interrogarle el por qué, más bien parece ver que no se dio cuenta si ella se alarmó o le llamó la atención de algunos gestos en su cara o si le preguntó algo por su actitud. Cree haber estado fuera de él por pocos segundos. Se aproxima a la puerta y la cierra; enseguida, con paso lento se acerca a un sofá y se recuesta pausadamente. Todavía se siente aturdido, y una pena muy notoria invade su ser. Desea dejar su mente en blanco y relajarse para luego pensar mejor; no obstante, apenas logra su propósito. Muchas ideas le acuden. Se consulta varias veces por qué ese amor por ella. Si siempre ha amado a Margarita y... ¿la sigue amando aún?, ¿por qué sufre de amor por la joven secretaria, lo mismo que sufrió por su esposa poco después de conocerla? Se inquiere si estará bien la afectividad hacia la empleada. Pero esté bien o esté mal, la verdad es su aflicción por ese amor ¿imposible? Piensa que amar no es pecado, y el ama con ¿verdadero amor?

Jorge ama, y ama como realmente se debe amar; no cruza por su mente -ni cruzó- el deseo carnal hacia la joven dependiente. Si sus pensamientos van hacia ella, esas ideas y esos recuerdos consisten en hablarle, tenerla cerca, contemplarla; saborear su risa, sus ojos, su boca; en fin, para él, la belleza de su encantador y atractivo rostro, al igual que su agradable manera de ser. No piensa en el deseo lujurioso, ni siquiera un ósculo en los labios; a lo más caricias y besos en sus mejillas a manera de saludo. Y no es que a fuerza de constancia y duro esfuerzo anule deseos malos que para un religioso serían calificados como pensamientos pecaminosos o deseos concupiscentes, ¡no!; él no tiene estas evocaciones, no puede imaginar tales escenas por el simple hecho de amar como se debe amar; por ser un amor limpio y sincero que siente por la adorable futura señora. Es amor lo que siente y no codicia. Él ama en silencio. ¿Acaso, porque no la ha besado o abrazado sea la causa de que no nazca en él esos deseos?

La noticia del matrimonio la vive como si la futura señora estuviera próxima a morir, que ya pertenece a otro mundo y que pronto se irá para no volver; y Jorge considera esta realidad tan ineludible, por eso su pena está presente en él y se resigna a soportarla, a resistir ese dolor invisible. Dolor invisible cuando se guarda para sí mismo sin decirlo, o no poder decírselo a quien se ama.

Los días transcurren. Las relaciones entre Jorge y su esposa son normales: amorosas. Con sus hijos es el padre modelo y cariñoso. No hay motivo de sospechas en su hogar. Todo prosigue como siempre; pero el corazón del amartelado directivo sufre por ese amor imposible. ¡Cuánto hubiera deseado no conocerla! Sin embargo, la realidad le muestra algo diferente: está enamorado, y tal vez continúe así.

Llega el día de la boda. Días antes, Jorge envía como regalo un lindo presente. Asiste a la ceremonia religiosa y también a la recepción. Aunque deseó asistir solamente a la primera, no quiso defraudar a la contrayente faltando a la segunda celebrada en un

determinado club. Lo hace en compañía de Margarita. Después de terminar la ceremonia religiosa, ya en el salón de recepción, la esposa del enamorado gerente al saludar a los recientes esposos le da la mano a ambos deseándoles dichas y progreso; mientras que él, al acercarse a la flamante cónyuge, anheló en un instante abrazarla fuertemente y decirle lo mucho que la ama; pero está muy lejos de cometer semejante imprudencia; prefiere que la feliz desposada ignore tal sentimiento amoroso del egregio personaje hacia ella. La contempla; enseguida, la saluda; la atrae con sus brazos hacia su cuerpo, aproxima sus labios al oído para decirle tres palabras: “Que seas feliz”. Mientras tanto su corazón la llama con afectividad única: “¡Mi amor, mi vida, mi tesoro!”. ¿Y el amor hacia su esposa?... Al instante, escucha las respectivas gracias; en el acto, se aparta, para luego estrechar la diestra del esposo; este también le agradece sus palabras de felicidad brindadas.

Ese abrazo acabado de dar a quien tanto ama es como la final despedida que le da. Es como si ella estuviera por expirar, y él desesperadamente la atrajera hacia su pecho para despedirse y darle el postrero adiós. Ya pertenece a otro hombre, y a él no le queda otro camino sino el de seguir sufriendo; o sobreponerse ante la realidad.

Jorge y Margarita se retiran de la ceremonia en hora oportuna para ellos. Pronto están en casa.

Ha sido un vigoroso golpe que el flechado hombre ha recibido en su pobre y débil corazón. Un corazón herido que grita el dolor inmenso que siente por la “soledad” que vive. Dolor persistente -a pesar del correr de las horas- que lo lleva a recordar cómo la conoció y lo que por ella siente:

Un día que se esfuma en la sombra del olvido. Un día como cualquier otro en mi recorrer por la vida; algo cansado de caminar, me detuve un minuto para reponer fuerzas a mi cuerpo desfallecido. Al continuar mi transitar, volteé un momento para fijarme en la distancia recorrida

y atisbé que estaba casi por la mitad del trayecto a donde iba. Mi mente agilizó el tiempo ido y me alegré al evocar triunfos conseguidos con empeño y sacrificio. Feliz me sentí por reminiscencias placenteras; me solacé en jubilosos recuerdos...; de pronto, sin advertirlo, al retornar la mirada para seguir contento y alegre, tropecé con alguien que se cruzaba en mi camino.

El tiempo corrió, y yo avancé feliz como al principio; siempre con la mirada hacia delante, procurando ayudar a los que podía para sentir más felicidad y regocijo en mi vida. ¡De pronto, noté algo extraño a mi zaga! Al fijarme en quién sería, observé asombrado que era con quien en tiempo atrás había tropezado; era con la que tuve un conato de querella. La miré, ¡y quedé asombrado, admirado por la sencillez que poseía! Sus ojos me mostraron bondad; su mirar era dulce, apacible y vivaz. Valoré esto y me pesó demasiado el altercado habido. En seguida, me fijé que teníamos casi idéntico camino. Continuamos en silencio por el mismo derrotero, aunque por rumbos disímiles. Así seguimos por tiempo, y este se encargó de que esa fascinante compañía que iba cerca de mí se tornara cada vez más notoria todavía

Quizás, por esa bondad sincera reflejada en su atractivo rostro, o en su piel canela al natural que supe apreciar y admirar, o por su apacible y sincero mirar, o por su simpatía sin igual, o por su candor en general, o por todo eso unido fue atrayéndome su personalidad angelical. Lentamente, como si en las garras de un remolino me encontrara, fui cayendo hacia ella conforme transcurrían los días; tal vez, por el atractivo que poseía. Después, mis fuerzas no pudieron resistir el imán esférico de sus cautivadoras aguas y caí en el atractivo paseo peligroso de ellas. Me fascinaba el viaje solitario y placentero que hacía; me deleitaba en la confortante travesía circular de sus espumosas y transparentes aguas,

porque me ofrecían fantasiosos y bellos escenarios los cuales hacía mucho había imaginado. Era un náufrago solitario, pero feliz en el seductor y hechicero remolino de esas refrescantes aguas donde sin desearlo había zozobrado. Para vergüenza mía, una tarde ella me extendió su mano en señal de amistad y de olvido por lo que en tiempo pretérito había sucedido. Se tornó benévola conmigo, y así pude admirar de cerca su bondad y candor que despedía al brindarme su sincera amistad, como si de mucho tiempo me hubiera conocido. Aplaudí su proceder, su alegría; embelesado me encontré dentro del inefable atractivo que ella poseía. Sin darme cuenta, otra vez extendió su mano y me cogió de las mías para tratar de sacarme de donde ella no sabía. La miré, y una vez más elogí absorto la belleza que tenía; me complacé con su rostro angelical que lo grabé para evocarla cuantas veces lo necesitara. Agradecido por la ayuda recibida, fuimos muy amigos en el trayecto que teníamos.

¡De pronto, algo pasó con ella que me asombró profundamente! ¡Un dolor terrible recibí al enterarme que mi gran amiga desfallecía! Por tal noticia quedé frío y pensativo por lo que sucedería. Proseguí cavilando y decidí estrecharla y decirle lo mucho que la quería; pero no atiné a nada por la aciaga noticia que recibía y por tener que continuar triste y con el corazón oprimido. El tiempo no atendió ni clamores ni favores, y fue cruel para conmigo al arrebatarme para siempre a quien yo tanto quería.

En su final despedida, la miré con amor amical y le quedé agradecido por todo lo que había hecho conmigo. Al acercarme por ¿última vez? hacia ella miré su hermoso rostro, sus labios, sus mejillas y sus ojos; estos me miraron agradecidos. La abracé y volví a mirarla con tierno amor a mi mejor amiga. (Cuando contrajo matrimonio.)

Al rememorar te con honda melancolía en esta aciaga y, para mí, lúgubre noche, evoco la vez y los días posteriores que el destino nos presentó mediante ese golpe recibido. Ahora que te has ido, recuerdo tu admirable compañía; y cuando deseo hablarte, observo que no hablo, que los sonidos que salen de mi boca nacen de mi corazón; de allí siento que fluyen mis pensamientos y mis deseos hacia ti. Mis palabras que salen de él –el cual te ama de verdad- te llama y te llamará siempre: mi vida, mi tesoro, mi muñeca, mi cielo, mi nena, mi amor.

Mi imaginación traspasa el tiempo y el espacio, y me recreo en esta dichosa ilusión: te veo unida para siempre a mí. Vislumbro que tienes que efectuar una diligencia personal, y yo quedo en aguardarte unos minutos. Si luego me avisaras que demorarás una hora, yo te aguardaría con amor esa hora y aun más –“el amor no se irrita... todo lo espera”- ¡y muy alegre me pondría al verte regresar para otra vez estar conmigo, los dos juntos!, para enseguida irnos a nuestro hogar donde la reina eres tú, y en donde impera el amor así como la felicidad; retornar a nuestro cofre donde la joya más preciosa para mí eres tú.

También te evoco en matrimonio como mi querida esposa, en nuestro gozoso hogar, viendo a través del medio de comunicación la película que deseabas ver. Te escucho decirme que esa película es muy bonita; también sus paisajes, su música, el vestuario y el color. Yo te respondo: Nenita, estoy de acuerdo contigo porque también me gusta; pero para mí, tú eres mucho, muchísimo más hermosa que todo eso. Noto, después de cierto tiempo, que el sueño te vence. Jubiloso continúo a tu costado al verte dormir cerca de mi pecho donde está el corazón que tanto te adora. Enseguida, te levantaría en mis brazos y te llevaría a nuestra alcoba para disfrutar

ambos del confortante descanso del sueño; tú, feliz durmiendo; yo, feliz a tu lado. A la mañana siguiente, abrazarnos y entregarnos en mutuo amor conyugal, porque nos amamos de verdad. Mas, ¡qué pena siento al observar desvanecerse estos agradables y placenteros pensamientos cuando vuelvo a la realidad y veo que tú no estás!, que un día te fuiste ¿para siempre? Mis ojos se humedecen ante tal triste evidencia al fijarme que no me perteneces, porque así lo quiso el destino; ahora, este solamente me brinda una bonita fantasía cuando mi mente te evoca en un punto lejano del firmamento o en mi insomnio agradable al recordarte. Pero, ¡seguiré amándote siempre, siempre, ...!

¿Soportará? ¿Se conformará con esta evidencia mostrada por el destino?

8

Jorge hace lo posible para que su familia no descubra la procesión que lleva dentro por causa de ese amor latente en su corazón. En su casa, muchas veces su respiración se hizo honda por el recuerdo de la joven esposa. Era una respiración peculiar de un corazón herido y sufrido por el amor no correspondido; o mejor, por su amor ignorado. Era un dolor inefable que sentía, y siente por la mujer a quien ama en silencio. ¡Cómo desea no haberla conocido! La reminiscencia abarca muchas horas del día y se presenta en forma intermitente. Varias veces se despertó a media noche, tal vez por tenerla impregnada en su inconsciente; en ese insomnio sus pensamientos fueron dirigidos hacia la reciente señora; la vigilia prevalecía y el sueño recién le venía a los iniciales minutos del alba, cuando era hora de alistarse para salir a trabajar. Podía quedarse en la cama para recuperar el sueño

y así descansar su mente -en cierta ocasión lo hizo, antes que la secretaria se casara-, pero la responsabilidad predominaba. Margarita apenas prestaba atención el desvelo de su esposo; ella siempre dormía bien y era difícil que se despertara a medianoche o antes del amanecer.

Al regreso de su luna de miel, el primer pedido que efectúa la joven empleada a la secretaria de Jorge es una entrevista con él. Conocida la solicitud, la secretaria la hace ingresar al amplio y elegante despacho del destacado directivo, para luego retirarse a su escritorio -colindante con la otra oficina- y proseguir con sus deberes por cumplir. Jorge, extendiendo su mano en señal de saludo, la recibe cariñosamente. Sospecha que la visita sea para agradecerle por el obsequio matrimonial. ¡Qué felicidad al escucharla y estar tan cerca a ella! Al igual que cuando le entregó la esquila matrimonial, no quiso tomar asiento. Para el directivo es mejor, pues así está junto a quien ama. ¡Qué dicha siente al ver la expresión de su rostro radiante de alegría y oír sus palabras sinceras de agradecimiento por el regalo matrimonial! No se equivocó. La conversación versa sobre este punto, y en esta oportunidad logra detenerla, mediante su plática, para estar más tiempo a su lado. Le deleita permanecer cerca a ella por la felicidad que vive. Sin saber cómo, Jorge le pide que regrese el día siguiente, miércoles, para seguir conversando de su boda. Ella se disculpa de no poder complacerlo, pero sí para el subsiguiente día, jueves, a las once y media de la mañana. Dos minutos más y se retira de la oficina.

En el hogar de Jorge todo sigue igual. Él... ¡demostrando cariño y amor a Margarita! Sus relaciones conyugales prosiguen idénticas. En semanas anteriores, cuando la pena lo invadió por no ver a la reciente desposada, algunas veces se concentró mirando los ojos de su esposa con el fin de recordarlos, y a ella de joven cuando la conoció; siempre le gustaron y le agradaba verlos. Cuando afloró en él el sentir amoroso por la secretaria – encontrándose en su casa- varias veces se aproximó a Margarita y la miró fijamente alabando sus ojos; eufórica por los cumplidos de

su marido, le guiñaba uno de ellos en son de coqueteo conyugal; él se acercaba por detrás, rodeaba con un brazo la cintura y con la mano del otro brazo el pecho, y en esa posición la besaba; ella complacida respondía el cariño del flechado consorte.

Impaciente es la espera de Jorge. Le parecen lentas el transcurrir de las horas para alcanzar el anhelado jueves; pero grande es su sorpresa al llegar el esperado día, porque la joven esposa no aparece. Ese día no la ve. Se siente deprimido. Siente que su corazón sufre. Algo raro: tampoco la observa el día siguiente, viernes. Se aflige por su inasistencia al trabajo; no obstante, hace lo posible por disimular y lo consigue.

En el almuerzo dominical, Margarita y sus hijos pasan inadvertido el estado de ánimo del sufrido cónyuge. Sabe encubrir muy bien el pesar que lo oprime. Oye risas, conversación y chistes de su señora e hijos durante el almuerzo. Oye, pero no escucha. Los exquisitos platos apenas los prueba. Acompaña a su familia sentado al lado de su consorte, y se disculpa en comer poco a causa de su escaso apetito. Después se retira a la biblioteca y aquí, luego de coger papel y lapicero, comienza a borrar escritos. Quiere escribir lo que siente, escribir el sufrimiento que vive por el amor de la joven secretaria. Tarda mucho, y al fin parece tranquilizarse por la composición efectuada. En el resto del día pone demasiado empeño para no ser descubierto de su aflicción. En la noche relee la composición y parece entrar en desacuerdo con algunas ideas, por eso borra y pule el escrito hasta agradarle. Una sutil alegría se dibuja en su rostro por el trabajo concluido, porque allí ve volcado su sentimentalismo de las constantes horas del día dominical:

Una vez más la mesa se ha vestido de etiqueta
y se ha engalanado con exquisitos platos de mediodía.

Me he sentado a probar si mi estómago se anima
a degustar, aunque sea, un bocado atrayente y
oloroso.

Mi corazón que está lleno de tristeza hasta mi boca,

hace que no repare en los potajes exquisitos y olorosos.
Con grito interno silencioso,
deseo que un bocado le proporcione para siempre
la quietud eterna esplendorosa
para calmar la pena que lo agobia;
porque me siento hastiado de angustias y esperas
silenciosas.

Hablan, ríen, dialogan en torno a la mesa,
pero no escucho, porque su recuerdo es más poderoso
que esas voces.

Mi corazón está muy triste desde hace horas,
y hoy, otra vez, almorzará recuerdos, angustias y
pesares por alguien que no puede acudir a las citas
fantasiosas.

Después de haber degustado amarguras y aflicciones,
me retiro hartado, lleno, muy lleno de evocaciones
y sinsabores; todo... por su ausencia presente de
muchísimas horas.

Al amanecer del día siguiente, solamente escribe su sentir.
Parece que involucrara sentimientos pasados:

Me levanté embriagado de pensar por el insomnio
tenido.

Mi corazón tomó mi mano para dictarle lo que sentía:
“Hace horas la tristeza llegó una vez más hasta mis
huesos; enronqueció llamándote y pronunciando tu
nombre, porque no apareciste a la cita que teníamos;
solo me confortó tu imagen que surgió intermitente
como una dulce melodía”.

¡Mas yo reclamaba con ansias locas tu presencia!

¡Qué desesperación!

¡Qué inmenso dolor taladró todo mi ser, porque no
apareciste!

Mis ojos, ávidos de tu presencia, y este corazón que te adora se abrazaron llenos de profunda melancolía y se retiraron como dos huérfanos de amor por ese día.

Un neófito en el amor, en un soplo se daría cuenta del fondo de cada tema: es el sufrimiento por amor del talentoso gerente expresado en versos.

Jorge confía en que el día lunes la joven señora vaya a trabajar; pero se sorprende y se apena porque no sucede así. No quiere preguntar al jefe de ella. Si es un secreto que nadie sabe, no puede despertar sospechas, puesto que podrían enterarse de su afectividad; además, interrogar a su colega para saber de su secretaria, ¿con qué fin? ¿Acaso trabaja a órdenes de él? Piensa que su inasistencia es por alguna indisposición, pues, es el único motivo factible. Para suerte, el directivo de la desposada se aproxima a su oficina para cierta coordinación. En plática amical, en forma muy discreta, Jorge le indaga por la ausencia de su secretaria. Con la experiencia de hombre maduro, se prepara para escuchar lo peor; así, en el caso de ser una noticia muy desagradable, estará presto a recibirla con naturalidad. Por eso, cuando su colega le responde, sabe disimular; aunque por dentro la noticia lo deje estático y helado: ella no vendrá hasta dentro de... un mes. “¡Un mes! ¡Treinta días sin verla! Demasiado tiempo”. Le inquiere cautelosamente desde cuándo fue ese descanso, con el propósito de enterarse si el día que la joven le dijo a las once y media era porque sabía que no vendría, es decir, haberlo hecho adrede; mas la respuesta lo deja algo calmado. Le contesta que ella tenía la obligación de asistir a la oficina toda la semana completa, para recién, a la semana siguiente, empezar sus vacaciones; pero por asuntos muy justificados se ausentó de un momento a otro, dejándolo, inclusive a él, con trabajos inconclusos.

Después de coordinar actividades de gerencia se despide el visitante. Jorge permanece en su amplia oficina. Una tristeza le invade su cuerpo; siente que algo le oprime el pecho: es por la aflicción de estar “solo”, de no estar la mujer a quien ama.

Su respiración se hace fatigosa; jadea por momentos. “Duele mucho. Prefiero un contundente golpe material, mas no este dolor sentimental que demasiado duele”. Evoca años pasados, años de su adolescencia, y el recuerdo lo transporta hacia su primer amor: la muchacha por quien tanto sufrió. Sin embargo, todo esto ya pasó; al presente es otra realidad, aunque el mismo padecer. Si ese amor por la reciente señora se hubiese presentado siendo ambos célibes, no obstante la marcada desigualdad en edades, ¡ya se lo hubiera dado a conocer!; ya le hubiera confesado su sentir sin importarle el contraste de edades: ¡más de veinte años de diferencia! Pero la realidad es otra: es casado, tiene una familia formada e hijos mayores de edad, a excepción de su hija. Con sus cuarenta y cinco años, Jorge se siente joven, pues no es una edad avanzada. Además, tiene vitalidad y capacidad para procrear, pero no en otra mujer que no sea su esposa ni con quien ama en silencio. Como creyente en Dios no puede aceptar tener hijos fuera de su matrimonio; por eso, cuando la joven contrajo matrimonio, él sintió como si ella moría; y en la recepción, cuando le dio el abrazo de felicitación, la abrazó como despidiéndose para siempre. Como cristiano tiene que estar unido solamente a su señora a quien ¿sigue amando?, y se lo demuestra en las atenciones, juegos, salidas a lugares y cariños que le prodiga; aparte de las relaciones maritales que siempre fueron y siguen siendo placenteras entre ellos. “¿Por qué este amor? ¿Acaso por ser la desposada mucho más joven que Margarita? ¿Por qué?”. No, no puede ser, ya que dentro de la institución siempre hubo muchachas más atractivas que Margarita y nunca sintió nada por ellas, salvo la simpatía y el compañerismo de pertenecer a la misma empresa de trabajo; pero con la flamante señora es diferente: está completamente enamorado, aunque no como para cometer tonterías: separarse de su cónyuge o entregarse a la bebida. A pesar de su experiencia en cosas del corazón -aparte de los conocimientos comunes asimilados en la escuela de la vida- aprendida conforme pasan los años, él, a su edad, siente la necesidad imperiosa de consultar su caso con especialistas para sacar conclusiones de esas respuestas. Desea pedir consejo

a un sacerdote católico, a un ministro o pastor evangélico, a un psicoterapeuta de pareja y a un matrimonio ejemplar... ¿Qué?... ¡Si su matrimonio siempre ha sido un ejemplo!, a excepción de los últimos meses por lo acontecido. Sabe muy bien que lo ideal es apartarse definitivamente de la joven desposada. Pero, ¿le será posible? ¿Podrá soportar tanta “soledad”? ¿O habrá posibilidades de que la secretaria fracase en su matrimonio, se separe y quede sola? Aun sucediendo lo último, él no puede apartarse de Margarita. En su ética y como practicante de su religión esto le es vedado, y está de acuerdo. Así se dé el caso de separación, no podría unirse a la joven que tanto ama, porque iría en contra de sus principios morales, en contra de su religión; cometería un gran pecado: ¡adulterio! Estaría en perenne pecado. No puede hacerlo. Está resignado a sufrir solo sin dar a conocer su caso, salvo a los especialistas con quienes desea asesorarse, sobre todo, con el psicoterapeuta de pareja, pero a la vez pedirles guardar el secreto; el secreto de un amor imposible de alcanzar, de un amor que lo hace sufrir cuando recuerda a la mujer amada; ¡y la evocación es intermitente!

Se interpela y se contesta al mismo tiempo, que si alguien viniera a pedirle orientación y opinión en un caso idéntico al que vive, su respuesta lacónica sería: apartarse de esa mujer a como dé lugar. Esta sería su réplica -consejo acertado-. Entonces, ¿por qué no se decide a efectuarlo con él mismo? ¿Acaso no podrá soportar? Para esto es necesario ser valiente, hombre de verdad, para resistir dolor tan grande. Y Jorge, ¿lo podrá? ¡De seguro, lo podrá lograr!, pues ya pasó semejante experiencia en su pubertad; esta vez tendrá nuevamente que vivirla, pero, ¿durante qué tiempo? En este lapso sufrirá en silencio mientras el destino hilvane qué sorpresas.

Jorge ya no la verá por treinta días. ¿Y qué podrá ocurrir en esos treinta días? ¿Un milagro acaso? Si en oraciones a su Dios, con toda emoción y vehemencia, varias veces le pidió que se la arrancara del corazón; que ese sentir sea pasado hacia Margarita a quien... ¿quiere aún? Ahora le pide perdón por ser tan débil y

dejarse arrastrar por tal sentimiento, y de haber admitido amar a otra tanto o igual como principió amando a su esposa; al momento que le pregunta desesperadamente: “¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Por qué?”.

oooooooooooooooo

EUDOSIA

*A la memoria de mis tíos
Artemio y Filomena.
Mi agradecimiento
y recuerdos perennes.*

Llegó de improviso; por supuesto, don José al enterarse se sorprendió de tal inesperada visita, y en el fondo de su ser notó contrariedad solamente por la hora inoportuna de presentarse: el tiempo que él acostumbraba almorzar. Si en verdad no le agradó que su ahijada viniera a esa hora no sintió fastidio, pues hacía mucho tiempo que no la veía; pero al instante recordó que su esposa la última vez que la visitó, esta le aseguró visitarlos porque necesitaba hablar con su padrino; sin embargo, no lo hizo, y de esto había pasado cerca de seis meses. Estaba seguro que su ahijada deseaba conversar con él, y seguro sobre problemas personales que traería, o querer solicitarle dinero prestado, o pedirle ser aval para algún préstamo de dinero por hacer. Y este razonar, porque su esposa ya le había contado –la última vez que la visitó– de la situación económica de su ahijada; por eso, don José sospechaba

ese propósito de ella. De ser así, estaba resuelto a negárselo en vista de que no tenía estabilidad laboral, aparte de las dificultades conyugales que hacía tiempo las tenía y que él las conocía por haberlas escuchado de doña Julia, su comadre. Trató de calmarse y decidió proseguir almorzando con serenidad en el comedor de diario, situado en la cocina, donde solía hacerlo siempre. Si Eudisia deseaba hablarle, tendría que tener paciencia en esperarlo en vista de que él habituaba demorarse una hora, como promedio, para almorzar, y apenas habían transcurrido quince minutos. La prisa de antaño en tomar sus alimentos ya había pasado; incluso, algunas veces hasta dejó de hacerlo cuando por circunstancias súbitas se le presentaron imprevistos; ahora ya no tenía premura en almorzar rápidamente. Menos mal que doña Sofía, su esposa, había salido a atender el llamado del timbre sin imaginar que sería su ahijada. Eudisia, después de saludar a su madrina, y decirle a sus pequeños acompañantes que saludaran, preguntó por su padrino. Mientras la señora Sofía los hacía ingresar a la sala, le respondió su interrogante: su padrino estaba almorzando; no deseó decirle que ella también lo estaba haciendo. La ahijada ensayó una leve sonrisa al instante que decía ser una hora algo tarde para almorzar –cerca de las catorce horas–, que ella ya lo había hecho hacía rato junto con sus hijos, allí presentes. Desde su ubicación, don José pudo escuchar todas las palabras, y acorde con la atención de su esposa hacia los visitantes, sin apuro alguno prosiguió saboreando los alimentos.

Si en un principio se propuso concluir con sosiego su almuerzo, después de unos minutos no pudo hacerlo; prevaleció su manera de ser y de pensar: desagradarle hacer esperar, menos que lo esperen. Se puso de pie, apartó la silla donde se encontraba sentado y se aproximó a la sala para saludar a los recién llegados, así como para atenderlos aunque sea por unos minutos. Estos, al fin, no fueron como él pensó, sino muchos más. Antes de saludar, y al ver a los visitantes fugazmente, se impresionó al ver a su ahijada algo pálida, no obstante, disimuló su asombro; era

necesario proceder así. Rápidamente sus ojos se fijaron otra vez en los niños y sintió la misma impresión. Saludó a todos. Su ahijada ya no era la jovencita que tantas veces había visto: saludable, alegre, conversadora y llena de vida; era casi lo antónimo, solo prevalecía en gran parte su locuacidad. En escasos décimos de un segundo pasó por su mente el entusiasmo característico de ella hacía cerca de un lustro: la muchacha jubilosa que siempre fue, su faz llena de vida y la sonrisa a flor de labios. Al presente, su rostro había cambiado: enjuto y con desagradable color; claramente se dejaba ver la falta de una adecuada alimentación. Con los párvulos, el cuadro era similar: notorias manchas blanquecinas en sus caritas evidenciaban una deficiente nutrición.

Después de conversar por cerca de treinta minutos –tiempo que don José no imaginó departir-, pidió permiso para terminar de almorzar. A la vez se despidió de su ahijada, y de los niños, con ademanes de mano. Se levantó y entró al comedor de diario. Concluyó con lo que le faltaba: el postre, sin embargo, no lo sintió delicioso como otras veces; la causa: el diálogo con Eudosia. La conversación ya lo había alterado, aunque delante de su ahijada había disimulado su latente ira. No tuvo ganas de repetir el postre, como casi siempre acostumbraba, y se apartó de la mesa. Poco a poco una molestia en sus sienes y en su nuca se fue haciendo notoria, pero prefirió no hacerle caso; menos mal que después, y sin darse cuenta, entretanto desarrollaba sus actividades, fue desapareciendo el malestar, y ya sin este le vino el recuerdo de todo lo conversado con Eudosia en los treinta minutos, más o menos, que la atendió. Pasó a la biblioteca y tomó asiento en su sillón mecedora para descansar; y columpiándose calmamente a manera de descanso, y mientras miraba a través de la ventana, su pensamiento se dirigió lentamente hacia evocaciones pretéritas, evocaciones donde intervenía su esposa, porque ella solía contarle los hechos ocurridos en su casa, así como en la familia, cuando él retornaba de su trabajo; y también le vinieron a la memoria evocaciones que lo llenaron de alegría por los momentos felices

que les traían; incluso, recuerdos de sus primeros años de matrimonio que al recordarlos lo colmaron de júbilo; y como si fuera un deleite tener esas reminiscencias, su mente se centró en recuerdos de su ahijada, remembranzas de los instantes, horas, días, semanas,... que conoció a Eudosia y a su madre, recuerdos, recuerdos,... “Sofía, tocan la puerta”. Rememoró los pormenores de la primera vez que vio a la madre de Eudosia y a ella, niña aún, de apenas dos años de edad. “Buenas noches, señora; vengo por el aviso”. Doña Sofía quedó impresionada de quienes estaban en su delante. Al instante deseó decirle, a quien le acababa de hablar, que el puesto para empleada de servicio ya lo habían tomado, a pesar de la urgencia de una empleada para servicio, pero sola, sin hijos; y la solicitante traía una niña en brazos, que de seguro era su hija; sin embargo, primó la veracidad, su costumbre en decir la verdad y su creencia cristiana. En ese segundo de tiempo optó por consultar a su esposo, y antes de hacerlo, “¿es su hijita?”; la joven madre asintió con un lento sí afirmativo, como temiendo un rechazo categórico; “¿has trabajado antes; tienes experiencia?”. “¡Sí!”. “A mi esposo no le gusta empleada con hijos”. Su respuesta fue un murmullo temeroso que doña Sofía pudo escuchar, “no tengo dónde dejarla”; y sintió lástima por quienes estaban frente a ella. Pudo ser terminante con darle una respuesta negativa, no obstante, prevaleció su manera de ser; afloró una vez más su característica: la ayuda al prójimo, y cruzó por su mente en socorrerla. Para esto era vital convencer a su esposo; decirle que urgían de una empleada –era cierto-, que los días corrían y aún no podían conseguirla, porque las candidatas no satisfacían las pretensiones de él. Además, no podían estar molestando a la familia para que vinieran unas horas a ocuparse del servicio de la casa y de cuidar al bebé. Fueron breves segundos los pensamientos de ayuda que cruzaron por la mente de doña Sofía, cuando de repente fueron interrumpidos, “he trabajado en tres casas y tengo experiencia en lo que se tiene que hacer; también sé cocinar”. Le agradó escuchar lo último, aunque por el momento creyó conveniente no entrar en diálogo. ¿Y si su marido no quería? “Espera, voy a consultar con mi

esposo". Cerró la puerta y se dirigió a la sala. Allí estaba sentado, viendo unos documentos importantes para él; "José, disculpa; es una señora por el aviso". No se molestó por la interrupción; apartó los documentos para enseguida atenderla. Ella le refirió lo sucedido, le dio a conocer su parecer y la impresión que le causó la solicitante.

- Según lo que me dices, no nos conviene. Y en el supuesto que la tomemos, en los primeros días, estoy seguro, demostrará eficiencia, pero después le dará importancia a su hija.

- Por eso es que te consulto. No le he dado una respuesta afirmativa, a pesar de que sabe cocinar y hacer los quehaceres de la casa, según ella. Eso sí, he sentido mucha pena por ambas. Parece una mujer sufrida, y tal vez abandonada; en fin, ¡pobre mujer!

- ¡Tú siempre con tus sentimientos!

Es que si es esencial ayudar, ¿por qué no lo podemos hacer? Además, tenemos apremio de una empleada, y ya te dije, ha trabajado en otros lugares y sabe cocinar.

- Lo que deseas es tomarla.

- Por la premura que tenemos, sí. Recuerda que me faltan escasos días para que se cumplan mis vacaciones.

- Hum... Hazla pasar, entonces.

Doña Sofía salió alegre de la sala. De inmediato se dirigió a la puerta principal para seguir atendiendo a quien, tal vez, impaciente aguardaba. Abrió la puerta, y allí estaba aguardando la joven señora con su hijita en brazos, que en ese preciso momento la bajaba para tenerla de pie y asirla de su manito. "¿Qué? Es ella y no me parece. ¡Qué raro!, pero si apenas han pasado unos minutos". A doña Sofía le pareció no haber considerado bien los rasgos de la solicitante cuando habló con ella hacía escasos minutos, por lo que se desanimó en contratarla, pero ahora había cambiado de parecer. Este sentir se acentuó en doña Sofía, pero al hacerla ingresar a su casa y pasar por delante de ella sintió

un mal olor que la candidata al puesto y su pequeña despedían; olor característico de personas que han transpirado varias veces, no haberse cambiado de ropa y no haberse duchado; pero era indispensable para ella auxiliar, en lo posible, a esos dos seres desvalidos víctimas del destino, que tantas veces se muestra adverso en seres insolventes. Esto, de seguro, no le gustaría a don José. Desanimada, no las hizo ingresar a la sala; le dijo que aguardara en el patio. Se dirigió hacia donde se encontraba su esposo, se acercó a él y le pidió que junto con ella atendieran a la solicitante, mas no en la sala sino en el patio de la casa, motivo para que don José, en un instante, deseara preguntarle la causa; pero decidió no hacerlo y solamente obedecer la solicitud. Se dirigieron al patio y se aproximaron a quien los aguardaba; y ya cerca de ella sintió la hediondez. Disimuladamente se llevó la mano derecha a su nariz y miró fijamente a su mujer como queriendo decirle qué pasó; “buenas noches, señor”; “buenas noches”. Sin embargo, sorpresa grande para doña Sofía cuando su cónyuge hizo ingresar a la sala a quien lo aguardaba, y pedirle, por favor, tomara asiento “Gracias, señor”. Al momento cogió a su pequeña y la sentó en su falda.

Doña Sofía conocía a su esposo, y si por unos segundos pensó que iba a rechazar a la joven, no fue raro para ella la acción de él, pues al igual que doña Sofía también era creyente y allí se lo demostraba. Frente a frente el dueño de casa con la recién llegada, y la consorte al lado de su cónyuge, entraron a las preguntas; no obstante, más fue una conversación que interrogantes acerca de si sabía hacer esto o aquello, ya que la joven señora, ahora sí, habló con cierta soltura de sus conocimientos culinarios y la responsabilidad en las labores hogareñas. A la pregunta acerca del motivo de no tener trabajo, la respuesta lo dejó tranquilo: el tiempo prudencial que le dieron en la última casa donde se desempeñó y no poder conseguir otro por causa de su hijita, pues no deseaban con niños; y después, desempeñarse eventualmente en lavados y limpieza dentro de casas; y su estadía en la habitación de una familiar que estaba próxima a viajar a su tierra. Sin que los esposos

le preguntaran, les refirió parte de su vida hasta el momento de tocar la puerta de ellos. Estos, después de mirarse, parecieron estar de acuerdo en la veracidad de su historia, pues parecía haber sinceridad en lo narrado. Si don José, en esta entrevista, deseó comprobar algo de lo referido, así lo hizo, pero fue vencido por respuestas veraces y no contradictorias de la joven madre, que con voz pausada –característica de ella al hablar- le aclaró dudas. En lo referente a si era casada o solo convivía, su realidad era una lástima. ¡Pobre madre soltera!, víctima de un insensible que se burló de ella; hombre displicente que sin tener en cuenta su responsabilidad huyó de la obligación de padre ante la proximidad del pequeño ser por venir al mundo; correrse como un cobarde y dejar toda la responsabilidad a quien tomó como víctima de sus engaños y de sus placeres; futura madre que sola –o sola contra el mundo- tendría que hacerle frente a la vida; a trabajar, a pasar privaciones y hasta vejaciones con tal de salir adelante, con tal de tener un pan para ella y para su retoño; entretanto, el malvado futuro padre nuevamente al acecho de otras jovencitas para efectuar lo mismo que a sus anteriores víctimas. ¿Y las autoridades? Por lo general, indiferentes; indiferentes, porque para ellos es otro caso más que se sumará al del montón de casos similares; “¿y por qué se dejaron engañar?”. Si las autoridades respectivas tomaran seriamente esta realidad tan conocida, disminuirían notablemente estos hechos; sin embargo, parecen apáticas para poner en orden las cosas. Pareciera una protección que se les da a esos inhumanos, porque casi es nulo el accionar de las autoridades para imponerse a esos individuos y hacerlos responsables por la criatura que han traído al mundo. Si se los capturaran, y se obligara a cada uno a asumir su responsabilidad por su cobarde proceder, quizás hasta podrían desaparecer estos casos. Pero lástima que se castigue con látigo de plumas a estos inmovibles irresponsables. Infinidad de mujeres abandonadas con varios hijos, no obstante, el conviviente que una vez fue, ya vive con otra y ¡con hijos habidos de ambos!; hasta se dan el lujo -¿colosal irresponsabilidad?- de tener otra mujer, y con ella ¡otro hijo o hijos! ¡Cuánto sufrimiento en estas

madres, víctimas de planeadas mentiras y de promesas que no se cumplirán, y cuántos trastornos en estos párvulos, víctimas también de incumplidos, que si a decir verdad tienen mucha culpa, los culpables mayores son las respectivas autoridades que por no cambiar o modificar leyes benignas son las causantes para que estos insensibles actúen así.

Había, pues, que amparar a estos seres desamparados; para los esposos era una obligación. Don José, después de escucharla, sin consulta alguna con su esposa, “¿cómo te llamas?”. “Julia, señor, para servirlo; y a usted, señora, también”. “Julia, puedes quedarte a trabajar desde ahora, si gustas. De aceptar, mi señora te dará las indicaciones, así como la habitación que ocuparás con tu hijita. ¿O deseas hacerlo mañana?”. Mientras don José hablaba, notó que el semblante de la joven madre se llenaba de ánimo y de alegría, mientras que la de su esposa era de admiración por la decisión tomada por su cónyuge, quien con una mirada hacia los ojos de doña Sofía parecía decirle que aceptaba a madre y niña: y la mirada de su esposa –mirada de aprobación y júbilo– parecía contestarle estar en completo acuerdo. “¡Sí, sí, me quedo, ahorita!”. “Entonces, Sofía, hazme el favor de encargarte de ellas. Buenas noches”. “Buenas noches, señor. ¡Gracias!”. “Por favor, sígueme, Julia”.

¿Cuánto tiempo estaría esta pobre mujer sin recibir buenas noticias, sin un regocijo veraz? Ahora las tenía. Tendría casa y comida, y también para su pequeña. Y de ser cierto todo lo referido a los dueños de casa acerca de su labor culinaria, sería espléndido. Parece que el tiempo malo para ella, por el momento, había concluido; o por lo menos, se había detenido. Dependía de ella el hacerse estimar por sus nuevos patrones. “parece que los señores son buenos. Días que busco trabajo, y no quieren con hijos”. Pensaba, mientras seguía a la señora quien la conducía a su nueva habitación donde dormiría con su pequeña.

Lo que a continuación le expresaría doña Sofía lo haría con inteligente sigilo:

- Más bien, lo que tal vez te moleste escuchar es... que primero te asees, te bañes, y luego bañes a tu hijita. Hay agua caliente. ¿Sabes usar las llaves?

- Sí señora. La verdad es que no es ninguna molestia, es lo que deseaba; y si no me lo hubiera pedido, de todas maneras iba a hacerlo, e igual con mi hijita. Si no lo hice antes es porque apenas tenía plata.

- Me gusta la decisión que ibas a tomar, ¡qué buen deseo! ¿Tienes mudas?

- De mi hijita sí tengo varias, pero yo solamente tengo la que llevo puesto.

- Espera aquí, te traeré una; estoy segura que es de tu talla.

Doña Sofía no demoró en regresar. Había ido a su dormitorio a sacar uno de sus vestidos antiguos para obsequiárselo; vestido de lustros pasados en muy buen estado de conservación, pero cuya talla ya no era para ella por los kilos demás.

- Ves, es este.

- ¡Es nuevo! Señora, no se moleste; yo puedo conseguirme...

- Nada de conseguirme; además, no es ninguna molestia.

Caminaron unos metros más y llegaron a la habitación que ocuparía la nueva empleada con su hijita. Doña Sofía introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Entraron.

- Es esta. Y caminando hacia la ducha abrió la puerta y le señaló el interior. Y aquí está el baño. ¿Sabes usar la llave para el agua caliente?

- Sí, señora. La habitación es muy bonita.

- Mejor si te gusta. Bueno, aquí tienes la ropa limpia, y cuando termines de bañarte, enseguida bañas a tu hijita. Allí tienes una toalla, más esta que te he traído. ¡Ah!, cuando termines de bañarla, me avisas luego.

- Así lo haré, señora. ¡Muchas gracias!

Doña Sofía cerró la puerta y se retiró. Con su esposo habían

dado la mano a una necesitada –o mejor, a dos-. Si en el fondo de su ser, la dueña de casa se sentía ligeramente disconforme, era por los documentos que no portaba la reciente empleada; pero prevalecía más su intuición en que era honrada, sincera y servicial a quien acababa de albergar.

Pasaron veloces los minutos y pronto terminó su higiene; enseguida pasó a bañar a su pequeña con el fin de obedecer la orden de su nueva patrona. ¡Ya eran otras! ¡Ya no despedían mal olor! ¡Qué cambio! Y para cumplir la solicitud de doña Sofía, de inmediato se aproximó para informarle que había terminado de ducharse y había bañado a su hijita.

- ¡Terminaste! ¡Oh, qué bien te queda el vestido!
- Su vestido, señora.
- Ahora es tuyo.

Luego la condujo a la lavandería para que lavara todas las pertenencias de ella y de su niña, y le indicó donde estaban ubicados los jabones y el detergente.

En la noche de ese día, después de haber terminado con el lavado de todas las prendas de vestir, doña Sofía le dijo que pasara a cenar en el comedor de diario. Le señaló lo que tenía que recalentar y le indicó dónde estaban los cubiertos. Permaneció escasos minutos allí observando en silencio su desempeño; y se retiró convencida de que su nueva empleada sabía y tenía práctica en los quehaceres culinarios. Pasó al comedor principal y desde allí, por momentos, la miraba. Le llamó la atención la manera de tratar a su hijita; y así como acababa de tener un buen concepto en su labor de cocina, no sucedió lo mismo con el procedimiento de tratar a su pequeña: era un trato opresivo que recibía la pobre criatura. Esto lo pudo comprobar por el tiempo prolongado que la observó desde el comedor principal donde se encontraba, y calculando que su nueva empleada había terminado de cenar, doña Sofía volvió al comedor de diario. Vio que faltaba poco para finalizar de darle de comer a su niña. En lo poco que pudo

notar, cuando la nueva empleada le daba de comer a su hijita, fue la muy poca experiencia como madre. Por el momento y para no aburrirla, solo le dio algunos consejos para la alimentación de niños, y la buena voluntad y paciencia en la atención a ellos que los padres deben tener. Lo principal para doña Sofía, y que le causó pena, fue el ensimismamiento de la pequeña. Si esta introversión la notó ligeramente desde un principio, ahora lo confirmaba. Se conmovió en su interior, “que nomás habrá pasado la pobre con su criatura. ¡Con qué hombre se metería! De seguro, con un perverso. ¡Hombres malvados que deberían estar en la cárcel! ¡Desgraciados! ¡Y la justicia, nada!”. Desfogó con su pensar. Y era verdad lo que sentía y pensaba. Finalizada la cena de las recién llegadas, enseguida pasó a lavar la vajilla utilizada. No fue indispensable que doña Sofía se lo indicara; más bien le pidió que lavara la boquita de su niña, y ella que se aseara sus dientes. Había en el baño dentífrico, lo que no tenía la joven madre era cepillo dental.

- Me parece que no tienes cepillo dental.

- No, señora.

- Mañana te compro uno a cuenta de tu sueldo. Es indispensable lavarse los dientes.

- Gracias, señora. Lo sé muy bien.

- Parece que tu niña tiene sueño; si gustas, puedes retirarte a descansar.

- Sí, señora; gracias por todo. Buenas noches.

- Buenas noches.

No se equivocó doña Sofía en cuanto al desempeño en el trabajo de su reciente empleada. Por el momento daba muestras de que sabía hacer las labores esenciales en una casa; sin embargo, con su pequeña era diferente, su trato era tirano; tal vez esto era el motivo del ensimismamiento de la niña, pues era urgente darle a conocer la manera correcta de proceder con su hijita.

Y de esto se ocupó doña Sofía en los escasos tres días que le faltaban de sus vacaciones. Después de este corto tiempo, la señora Julia se quedaría sola al cuidado de los dos niños, ya que los dos esposos continuarían trabajando. En esos tres días doña Sofía permaneció en casa, lo cual le sirvió para conocer más a la señora Julia y convencerse de su buen desempeño en la cocina, de cocinar muy bien y de ser rápida en las labores hogareñas. En conversación con la señora Sofía, le dijo que su segunda patrona le había tenido paciencia y voluntad en enseñarle a cocinar, así como a procurar hacer las labores con rapidez. Asimismo, le contó que su primer trabajo fue de limpieza de casas, pero también de ayudante de la cocinera; y en su tercer trabajo se desempeñó solamente como cocinera, y fue allí donde, en una de sus salidas dominicales, conoció al que sería el padre de su hijita. Creyó, por inexperiencia, en las palabras de un canalla, y al poco tiempo de frecuentar con él, la engañó con falsas promesas de matrimonio. Después de algunas semanas se dio cuenta de que estaba embarazada. Al saber esto, en la siguiente cita dominical le participó el hecho; él, apático, oyó el “desagradable” anuncio y apenas le habló al respecto. Caminaron juntos, y ella, por su impericia, no le alegó nada, pues imaginó que todo era normal. Enseguida, el mal hombre le dijo que tenía diligencias por hacer. Inmutable se alejó de esa cita para nunca más aparecer. Semanas después, Julia lo buscó en la dirección que una vez le dio, pero cuando averiguó por la ubicación indicada le dijeron que no conocían a ese señor y que nunca había vivido en ese lugar. El malvado no apareció más. Sola tuvo que hacer frente a su problema; las puertas se le cerraron, hasta en su trabajo, porque no deseaban empleada con hijo; solamente le permitieron que dé a luz y permanecer en esa casa veinte días más; eso sí, cumplieron con pagarle todos sus beneficios de ley. Un familiar cercano, su prima, la ayudó en lo que pudo, pero por breve tiempo, porque tuvo que viajar a su tierra. Antes de hacerlo, le aconsejó ir a la comisaría para averiguar el paradero del hombre que la abandonó; mas esto era perder tiempo. Anduvo mucho

con su pequeña en sus brazos; entretanto, sus ahorros disminuían día a día por los gastos en su manutención y en el pago de baratos hospedajes. Seguía tocando puertas buscando trabajo, sin embargo, las respuestas eran negativas, no deseaban empleadas con hijos. Y así pasaron días, hasta llegar a la casa de la señora Sofía - quien atenta y afligida escuchaba-. Con su característica pausada voz, en pocos minutos, la empleada le refirió parte de su vida y los momentos difíciles por que pasó.

Otra vez la rutina diaria del trabajo; de nuevo a las labores cotidianas de doña Sofía, aunque ahora con la confianza y tranquilidad de dejar en casa a una persona responsable y de muy buen desempeño. Las únicas indicaciones diarias: el menú a preparar y recomendaciones para atender a los niños. Los demás quehaceres, por iniciativa propia y por práctica, la señora Julia los hacía. Sobre la atención a los niños, doña Sofía no solo se preocuparía de su hijo, sino también de la niña. Ellos se llevaban un año de diferencia en edad: el niño, un año; la niña, dos años. Al regreso del trabajo de cada esposo –horas distintas-, lo primero que hacían, después de saludar y lavarse las manos, era tomar en brazos a su hijito –a su amorcito, le decía doña Sofía- para acariciarlo. Estos cariños al hijo de los esposos fueron indiferentes a los ojos de la niña en las dos primeras semanas, ni siquiera miraba la escena de afecto, de besitos que la madre daba a su pequeño. Con ella también lo hacía, mas no con el amor que demostraba a su primogénito. La niña siempre indiferente; inclusive, algunas veces de los primeros días, después de acariciarle las mejillas y decirle palabras tiernas, le mostraba -para darle- pequeños chocolates, pero la niña inclinaba su cabecita y permanecía en silencio, no recibía la golosina; otras veces se retiraba huraña a esconderse. Después de las dos semanas iniciales su accionar fue cambiando; tal vez por los consejos que doña Sofía daba a la señora Julia. Estos eran que la tratara con cariño, que no la gritara, ni la asustara, menos pegarle; y que cumpliera cuando le prometiera algo; por supuesto, no entraba aquí el castigo por cosas banales.

Sí, el cambio de la niña fue notorio después de las dos primeras semanas. Al llegar de trabajar doña Sofía, y después de los mimos a su pequeño, se dirigía con su bebé en brazos donde estaba la niña y, como todos los días, también le hacía cariños. La pequeña ya no inclinaba su cabecita, más bien miraba a la señora, y se sonreía cuando le traía alguna golosina. Y este cambio se acentuó conforme pasaron los días a tal punto que la niñita comenzó a transitar y hasta correr por el patio de la casa; a hablar al bebé y a querer jugar con él. Y cuando regresaba la señora Sofía de trabajar, se acercaba a la puerta para recibirla. “¿Y cómo está esa niñita, cómo está; cómo se ha portado mi amor?”. La tomaba de la mano y acariciaba sus mejillas, mientras se acercaba con ella hacia su otro amor para también darle caricias a la vez que lo tomaba en sus brazos para cargarlo. “¡Huy, cómo pesa este niñito!”. Saludaba a la señora Julia y le preguntaba cómo se habían portado. Escuchaba atenta la respuesta: “Todo bien”. Uno que otro día: “Han estado los dos juntos, se llevan muy bien; estuvieron jugando en la alfombra. Mi hijita le quiso poner su gorro y él no quería”. Don José no se quedaba atrás. Desde un comienzo también le manifestó ternura a la niña, aunque no con el entusiasmo de su esposa. Y así, mediante el amor sincero que se le dio a la pequeña, salió de su ensimismamiento.

Y corrió el tiempo, un año más transcurrió. Ahora la niña estaba completamente cambiada, diferente a cuando llegó. Era otra, parecía ser parte de la familia; por supuesto, esto no significaba consentirle malcriadeces; los esposos eran los dueños de casa y sabían dirigirla bien en todo sentido. Como niña inocente, se sentía con derecho a tener y recibir lo que al niño de casa le daban. Se alegraba cuando veía llegar del trabajo, en horas diferentes, a los esposos; se aproximaba a quien llegaba y pedía que también la cargaran, al igual que los cónyuges lo hacían con su hijito. Le gustaba estar junto al niño; era como su sombra, o mejor, como su hermanita. Hasta se sintió con derecho a pedir lo que le daban al pequeño, y era inevitable darle. No

comprendía, como criatura, que debía prevalecer el niño. Jugaban juntos, corrían juntos, comían juntos y ¡hasta se bañaban juntos en la ducha! Una vez, en verano, lo hicieron en una tina grande de plástico; allí se bañaron, por supuesto, sin ropa, y como recuerdo una fotografía para evocar esos momentos. Esos momentos fueron cuando tuvieron dos y tres años, respectivamente.

Eudosia era parlanchina. ¡Cómo le hablaba a doña Sofía!: “Señora, señora, tocaron la puerta y yo salí a ver por el jardín, y eran niños despeinados y sucios, y pidieron pan, y yo le dije a mi mamá. Señora, señora, mi mamá le dio su manzana, y ahora, ja, ja, ja se quedó sin manzana”. Sí, había cambiado totalmente, y para bien. Con buena dirección de los esposos, la niña podía llegar a sobresalir para provecho y bienestar de ella y de su madre. En fin, el tiempo lo diría.

Transcurrió un año más. La señora Julia seguía contenta de trabajar en la casa de los esposos, a quienes ella estimaba y respetaba mucho por las buenas personas que eran. Valoraba la amabilidad de los cónyuges hacia ella y su pequeña, y se sentía feliz trabajando en esa casa. Pensó en bautizar a su hijita y ponerle el mismo nombre de su patrona, pero después desistió, solo en el nombre, por ideas personales; y bien hizo. Este pensar en bautizar a su niña se lo hizo conocer a doña Sofía un determinado día y en circunstancia oportuna, después de conversar sobre asuntos de la casa y de religión, “señora, quisiera que usted y su esposo sean los padrinos de mi hijita”. Si al comienzo su patrona no fue categórica en darle una respuesta, tal vez por sorpresa de la solicitud, conforme pasaron los minutos, doña Sofía reflexionó y, quizás por ser cristiana practicante, aceptó; inclusive, daba por aceptado que su esposo admitiera ser el padrino. Y así fue. Se hizo realidad el bautismo, y en este, por elección de su madre, se le puso a la niña por nombre Eudosia, aunque doña Sofía no estuvo de acuerdo con esa gracia. En fin, gustos son gustos. Desde ese momento pasaron a ser compadres. La señora Julia... ¡comadre de sus patrones!

Transcurrió el tiempo, y principió su educación para Eudisia en un Jardín de Educación Inicial; al año siguiente lo haría el hijito de los esposos en el mismo recinto educativo. Y pasó un año, los niños, como si fueran dos hermanitos, iban de la mano a su Jardín.

Los meses transcurrieron presurosos y pronto pasaron dos años más. En todo este tiempo, Eudisia demostró un gran rendimiento en su formación educativa; y así, bien preparada, pasó a su educación primaria. Aquí sí tuvo que separarse de su “hermanito”, y se separaría para siempre, ya que la preparación de ambos la harían en colegios diferentes. Aparte de su educación en Primaria, la niña aprovecharía muy bien las enseñanzas y consejos suministrados durante los tres primeros años que permaneció en casa de sus padrinos.

Ya eran varios años los que doña Julia llevaba trabajando. Creyó permanecer aún muchos años más, inclusive, quedarse para siempre; no obstante, fue un deseo que no llegaría a la realidad, porque don José ya no deseó que su esposa siguiera trabajando, no era inevitable; más bien, ansiaba ser atendido por ella, y también hacerse cargo del niño. Estos planes se los dio a conocer, y después de dialogar dos domingos en casa, aprovechando el descanso dominical de doña Julia, tomaron la decisión de que su esposa trabajaría un año más –a petición y ruego de ella- y después se dedicaría a los quehaceres hogareños así como al cuidado de su niño. Esta determinación era esencial darla a conocer a doña Julia, conversarle sobre el particular para que se vaya haciendo a la idea de trabajar en otra casa, o que vaya planeando qué hacer. Y así fue; se le hizo saber la resolución tomada: que ella trabajaría hasta fines del año en curso; por supuesto, gozando de todos sus beneficios sociales. Doña Sofía notó claramente aflicción en el rostro de su comadre. Era natural este sentir, porque siempre recibió buena estimación, e igual Eudisia. ¿Dónde, en qué casa conseguiría respeto y consideración similar? ¡Cómo no iba a sentirlo! Claro, faltaba mucho tiempo aún, pero ya estaba avisada; el día llegaría

indefectiblemente. Meses después conversó con doña Sofía para decirle que cuando se retirara de la casa, ya no trabajaría en otra; que más bien, con su dinero ahorrado, se dedicaría al negocio, y había pensado hacerlo en la venta de abarrotes; esto, por haber conversado con una amiga que trabajaba en ese comercio, y esta podía asesorarla; y de no ser abarrotes, podía ser en la venta de pollos. Recibió de su patrona las recomendaciones sobre negocios, y le advirtió mucho tener cuidado, porque en la realidad hay amigas buenas, y otras que fingen ser amigas buenas; sin embargo, desean lo contrario, por lo envidiosas que son. El consejo de su patrona lo tomaría muy en serio doña Julia, causa para irse desanimando y optar por lo que sabía hacer muy bien. Y tuvo suerte, pues a pocas cuadras de la casa de los cónyuges vivía una señora a quien doña Sofía conocía y de vez en cuando conversaban. Era una buena persona, y generosa con los empleados a su servicio. El problema de esta señora se estaba acercando, acercando en el sentido de que su cocinera le había prevenido que trabajaría hasta el término del año. ¡Qué oportunidad para doña Julia! Su comadre se puso en acción con el fin de ayudarla; ella se acercó a la casa de su conocida para hablarle acerca de la señora Julia. Amablemente fue recibida, y le causó asombro que por primera vez tocara su puerta. Doña Sofía le comunicó el motivo de su visita, causa para que se alegrara la dueña de casa. Le habló de su empleada, de su buen desempeño en la cocina durante los años de trabajo, de su honradez así como de su responsabilidad; y que ella garantizaba por su actual empleada. Y aunque era un asunto secundario, le dio a saber que su esposo –de doña Sofía– le había pedido que trabajara hasta finalizar el presente año, y que ella había aceptado su petición, motivo por el cual ya no iba a necesitar empleada, pues ella desempeñaría las labores de la casa. Después de hablar muy bien de su comadre, pasó a decirle lo que doña Sofía creía gran dificultad: la hija de su empleada. No obstante, gran sorpresa de asombro, y de alegría a la vez, cuando escuchó que eso no le interesaba, que viniera nomás. Agradeció la visitante y quedó en presentársela en unos minutos, solo el tiempo de ir a su casa y

traerla con su niña para que las conozca. Pidió permiso, salió de la casa, y aprisa llegó a su feliz hogar. Retornó con su comadre y la niña; tocó la puerta, casi al momento abrieron. “¡Ah, señora, tan rápido!”. “¡Pasen, por favor!”. Después de algunas preguntas, convinieron ambas en todo; incluso, en el pago mensual. ¡Qué alegría interior para doña Julia! Ya tenía trabajo, y faltaban apenas tres semanas. El tiempo diría que su nueva patrona era también muy buena gente, y además generosa, igual como su estimada comadre a quien pronto dejaría.

Transcurrieron las semanas y llegó el día triste para ambas madres, tal vez más para doña Julia. Lágrimas de sinceridad corrieron por sus mejillas; dejaba la casa que tantos años la albergó con su hijita. Por supuesto, ella podría venir a visitar a sus compadres las veces que deseara hacerlo. En forma fugaz pasó por su mente el recuerdo de aquel día –o mejor, noche- que tocó la puerta de la casa de doña Sofía en busca de trabajo, y también los días anteriores cuando anduvo tanto solicitando empleo, pero los dueños no aceptaban empleadas de servicio con hijos. Solamente la puerta de la que sería más tarde su comadre se le abrió, por gracia de Dios, y allí encontró no solo el puesto, sino mucho más, el amor sincero y leal para ellas, madre e hija. Evocó esos pasajes y pasó a la realidad. Ahora era el día señalado para salir de ese hogar tan querido por ella, del hogar que no lo olvidaría jamás.

Cariños y abrazos entre las comadres y ahijada. Don José se despidió dándole un abrazo a doña Julia para enseguida entregarle un sobre blanco con dinero dentro. “Es el dinero que te pertenece por el mes trabajado y por los años de servicio en esta casa y, también un alquito más. No es necesario darte consejos; condúcete como siempre lo has hecho: muy bien. Y no te olvides, esta es tu casa; trae a mi ahijada cuando nos visites”. Y cuando mencionó ahijada, la tomó de la cintura, la alzó y la despidió con un beso en la mejilla; “el próximo año entras a cuarto grado, y estoy seguro que seguirás siendo una buena alumna; pórtate bien siempre, hijita”. “Sí padrino”. La niña lo abrazó y quiso llorar, pero

la intervención de su madrina, al pedirle a su esposo que se la dé para ella cargarla, evitó el desenlace, “huy, esta niña pesa. ¿Qué ha comido, mi amor? Ten este regalito”. “Gracias madrina”. Enseguida la bajó y pidió que obedeciera a su mamá, que estudie mucho y que siempre se porte bien. “Vayan con Dios”. “Gracias compadres, gracias por todo”. Se retiró de la casa, del hogar que la cobijó por años junto con su niña. ¿Qué le pasaría en la nueva casa? Su nueva patrona ¿la trataría bien? No la conocía en su manera de ser, y solamente el tiempo contestaría estas u otras interrogantes.

Y la respuesta no se hizo esperar. La señora María, su flamante patrona, era bien tratable y considerada. Supo valorar el desempeño de su empleada y lo tomó muy en cuenta. Cuando Eudosia siguió su educación primaria, prácticamente, los gastos de útiles escolares corrieron a cuenta de doña María; en tanto, los de matrícula y otros pedidos monetarios del colegio, a cuenta de doña Julia, pero era poca cantidad, pues la niña continuaba en el mismo colegio estatal; y continuaría allí durante toda su educación primaria. En los restantes años que duró esta educación, Eudosia aprovechó las enseñanzas suministradas por sus profesores, por lo que sobresalió continuamente como una de las primeras alumnas de su salón de clases. Siempre fue estudiosa y nunca se rezagó en presentar sus tareas escolares. Tal vez esta responsabilidad por los consejos que recibió de sus padrinos cuando vivió en casa de ellos, y los que admitía cuando, en compañía de su madre, los visitaba.

La niña crecía en tamaño y conocimiento. Terminó su educación primaria y siguió en el mismo plantel estatal la educación secundaria. La adolescencia apareció en ella cuando cursaba el segundo año; y conforme pasaron los meses se notó un cambio en su modo de ser, así como una transformación corporal. Esto no era novedad, pues el desarrollo de su cuerpo hizo transformarla en una señorita atractiva por la figura que ahora poseía. Quizás por el medio ambiente de los dos primeros años de secundaria –diferente

al de años pretéritos-, fue variando lentamente su modo de ser; y tal vez por influencias amicales escolares, sin darse cuenta, poco a poco la fue cambiando. Disminuyó el número de visitas a sus padrinos, y conforme pasaron los meses se alejó más de ellos. Pero no solo esto, sino que fue retrasándose en sus estudios. Ya no era la niña empeñosa como lo fue en primaria. Por otra parte, y tal vez por razones de trabajo, su madre también se distanció de sus compadres. Si al comienzo de trabajar donde la señora María frecuentaba cada domingo la casa de sus compadres, aunque sea por media hora, con el correr de los meses ese visitar se fue disipando. Al presente, madre e hija lo hacían a lo lejos; y cuando la señora Julia visitaba a su comadre después de meses, las disculpas por su ausencia eran por los trabajos que había tenido por hacer, o porque doña María le había pedido el favor de quedarse en casa para ayudarla en atender a sus paisanos que la sorprendían con sus visitas imprevistas, pues venían desde su provincia. Por supuesto, la señora María era generosa en el pago por este servicio imprevisto. Y le contaba a doña Sofía que por ese favor, su patrona le pagaba muy bien y en ese mismo día.

Algo fue pasando en la conducta de Eudósia. Por influencias de amigas escolares comenzó a modificar su comportamiento a mal. La visita donde sus padrinos disminuyeron aún más, y conforme transcurrieron las semanas, doña Julia observó el deficiente desempeño de su hija. Dejó de levantarse a su hora acostumbrada para hacerlo más tarde; y le contestaba toscamente a su madre cuando le llamaba la atención amablemente por su tardanza en levantarse. Abandonó el horario acostumbrado de ordenar la habitación que ambas compartían para hacerlo al regresar de su colegio o a la hora que deseaba. A veces se molestaba por ordenarla, y otras veces no la hacía; pedía a su mamá que se encargara, por tener muchas tareas, según ella; mas todo era mentira. Para no entrar en discusión, su madre ordenaba la habitación. Este motivo fue causa para que doña Julia visitara a sus compadres. La vez que lo hizo les contó con detalles el cambio

de conducta de su hija. Los esposos quedaron sorprendidos, y le prometieron hablar con su ahijada lo más pronto, y de no ser posible hablar con ella, le encargaron que Eudosia se acercara a la casa después de las seis de la tarde, cualquier día. Por circunstancias fortuitas, no fue posible hablar con ella como planearon hacerlo. Imprevistos que nunca faltan postergaron la entrevista. Algunas semanas más tarde, cuando Eudosia recién tuvo la buena voluntad de visitar a sus padrinos, estos, con delicadeza y tino entraron en el tema de su comportamiento, a continuación de conversar sobre temas diversos. La respuesta de su ahijada los dejó algo tranquilos, “padrinos, me he dado cuenta que mi mamá es bien exagerada; ¡una cosita chiquita la agranda! Yo me porto bien. ¡Hay, mi mamá es!”. Era una mentira que por primera vez le decía a sus padrinos. Creían todavía en su sinceridad, creían que era la de siempre, pero ella había cambiado. Se llegaron a enterar meses después, cuando Eudosia se animó a visitarlos, y en la conversación entró en contradicciones sin darse cuenta. Había que tener paciencia y tacto para dirigirla, para aconsejarla a bien; sin embargo, ella ya tenía sus planes trazados: el hacer caso a sus amigas. Amigas de conducta dudosa con quienes le gustaba frecuentar, amigas rebeldes del mismo salón de clases; y le agradaba mucho estar con ellas por las novedades que sus indisciplinadas compañeras les hacían conocer, por los amigos que ellas le presentaban y por las invitaciones a discotecas y cines que le ofrecían esos jóvenes.

Si en el hogar de los cónyuges se le enseñó a Eudosia a comportarse bien, asimismo a no confiar en cualquier persona, parece que lo desconocido la atrajo. Después de los dos primeros años de educación secundaria, prefirió tener por compañía a escolares y otras amistades de dudosa conducta, a pesar de las advertencias de sus padrinos –cuando ella a lo lejos los visitaba- a proseguir con las enseñanzas suministradas por ellos, y a estudiar con ahínco para que mañana más tarde llegara a ser una profesional, y así ayudar a su madre. Ante tales advertencias, siempre su respuesta fue afirmativa; que ella también era de

ese pensar, y no debían preocuparse. La verdad es que primó su verdadero cavilar: ser indiferente a las indicaciones de sus padrinos y plasmar en realidad sus caprichos. Por esa causa su conducta se fue acentuando a deficiente; abandonó las buenas y sinceras recomendaciones e hizo lo conveniente para ella. Esta acción fue motivo para dejarse aplazar en tres asignaturas, de las cuales solo aprobó dos, y llevar el curso aplazado en el siguiente año de estudio; mas en este solamente estudió ocho meses para enseguida abandonar sus estudios secundarios por completo cuando le faltaban escasas semanas para concluir el cuarto año. A pesar de este desatino, después de meses su padrino dialogó con ella, a petición de su madre, cuando cierta tarde llegó de visita. Don José quedó satisfecho con la entrevista, porque vio en su ahijada la firme decisión de cambiar y tomar el camino correcto que tiempo atrás había dejado. Lejos estaba de pensar que la animosa determinación era solo para impresionarlo; prácticamente lo engañó, por la hipocresía en aceptar las buenas indicaciones que con veraz sentimiento le daba su padrino. Meses después se dio cuenta del embuste; se sintió vejado y humillado por haber sido víctima del fingimiento de Eudisia, pues actuó como verdadera actriz al hacerlo creer que haría caso a sus consejos. Sin embargo, quien perdió fue ella, porque para don José su ahijada había muerto, ya no le interesaba. Incluso, le advirtió a su esposa que si alguna vez llegara Eudisia de visita a la casa y preguntara por él, que le contestara no encontrarse, o cualquier respuesta similar; salvo que por circunstancias fortuitas él le abriera la puerta. La verdad que esta resolución contundente del momento, con el tiempo se fue debilitando, quizá por el cariño que siempre le tuvo a su ahijada.

Si en un principio su padrino no quiso saber ya nada, quien se interesó por Eudisia fue doña Sofía, en el sentido de preguntar por ella las pocas veces que se encontraba con su comadre en la calle: cuando su patrona la mandaba de compras al mercado particular de la zona. Doña Sofía le pedía que se

acercara el próximo domingo para conversar, mas su comadre no le aseguraba su presencia. Quizás lo hacía por vergüenza del comportamiento de su hija, para no decirle que había empeorado; que las recomendaciones de sus padrinos solamente las escuchaba, pero no las obedecía; que estaba más indiferente, y contestona cuando no se encontraba en casa doña María, y aficionada a las amigas así como a la música moderna. Si la patrona de doña Julia era buena gente y generosa, Eudosia sacó provecho de tal benevolencia para no dejarse mandar por ella. Con zalamería la trataba y fingía tenerle cariño. La buena señora creía en sus afectos y le correspondía igual. Varias veces la patrona le hizo regalos, sobre todo, de ropa fina. Eso es lo que a Eudosia le gustaba vestir: ropa de marca; calidad de zapatos, de vestidos, de medias, ..., y sin reparo alguno recibía regalitos de admiradores. Pero, como es sabido, este interés y estos halagos hacia las jovencitas tienen su precio, y muchas veces precio muy caro, pues lo que pierden es su dignidad, y otras veces, el dejar de ser señoritas para pasar a las filas de las madres solteras. Casualmente, por desobediente, por no seguir los consejos de quienes en verdad la querían, cayó en manos de un hombre mujeriego; además de mujeriego, irresponsable. La engatuso bien; le dijo que jamás había sentido tanto amor por alguien tan bella, que esto era motivo de pensar mucho en ella y no lo dejara dormir; que su amor sería eterno, que ella sería la única a quien amaría toda la vida, ... Y Eudosia creyó, creyó, y siguió creyendo hasta el instante oportuno para el malintencionado hombre que consiguió su objetivo en el momento de impotencia de la adolescente. ¿Pero si ella se había juntado con muchachas de dudosa conducta que son astutas y saben darse maña? Mas, qué pasaría con Eudosia que fue víctima de este hombre mujeriego que en el transcurso de convivir con ella cuatro años, lo único que la desafortunada jovencita sacó fueron tres hijos. Después de su primer retoño, se enteró que su conviviente tenía dos hijos más en mujeres diferentes, y esto él mismo se lo dijo cuando ella le reclamó por el escasísimo dinero que le daba para su manutención. Tres hijos que, desde el primero, prácticamente

ella tuvo que mantenerlo, y mantenerse ella también, porque el irresponsable hombre unas veces le daba una miseria de dinero, y otras, nada. Así fue con el segundo hijo e igual con el tercero. Y apenas pasaba los veintitrés años de edad, ¡tres hijos! ¡Cuántos más vendrían!

Cierta vez doña Sofía visitó a su ahijada, gracias a su comadre que le dio el domicilio, y quedó asombrada por la pobreza en que vivía. Encontró la casa en un desorden completo, y los niños abandonados y sucios. Eudosa quedó sorprendida por la inesperada visita de su madrina, y después de saludarla le comunicó que su marido había salido el día anterior a efectuar un trabajo, y con el dinero que ganaría esa semana sería para pagar el arriendo de su casa de un mes atrasado, pues hasta la fecha debían tres. Enseguida le preguntó por su padrino, “está bien; siempre te recuerda, pregunta por ti”. Luego le dijo que ansiaba visitarlos, porque hacía tiempo que no los veía; que deseaba disculparse de su padrino, “y también de usted, madrina, por el mal paso que di, y de mi mal actuar en general, a pesar de las recomendaciones de ustedes”. En sus últimas palabras, la voz se le quebró; era un sollozo verdadero, sentía de verdad el mal paso dado, y no haber obedecido los reiterados consejos de sus padrinos, y también de su madre, pero ya estaba hecho; tenía que continuar con sus tres hijos y el marido, que lo tenía como adorno. Le expresó que anhelaba hablar con su padrino para pedirle orientación sobre la situación en que estaba con su pareja; de la apatía de este en la manutención de sus hijos, pues quien lo hacía era ella por los trabajos que efectuaba. También quería pedirle un favor, el cual era solicitarle dinero prestado. Estupefacta quedó la señora Sofía con esta última solicitud. De seguro don José no aceptaría; sí, por supuesto que no. Si fuera su comadre, doña Julia, sí le prestaría, ella era responsable en todo; inclusive, años antes fue su garante para un préstamo que su comadre solicitó, y los pagos mensuales los hizo puntualmente cada mes; pero ella, su ahijada, qué garantía ofrecía para que su padrino le prestara. Tal vez con hábiles engaños,

pretenderlo con alguien que podría creer en esa joven pareja con tres hijos. Doña Sofía, después de entregarle una prenda de vestir para ella y algunas golosinas para los niños, dispuso retirarse del lugar. Estaba apesadumbrada por la vida de miseria en que vivía su ahijada, y todo por su testarudez en no seguir los buenos consejos, y hacer lo que ella creyó estaba bien. Ahora Eudisia se daba cuenta que había actuado mal, que debió hacer caso a las recomendaciones de quienes desearon lo mejor para ella; estaba segura que había perdido por no haber seguido las advertencias de personas conocidas y sinceras. Aunque viéndolo bien, perdido del todo, no; dependía de ella en salir adelante. Antes de retirarse doña Sofía, su ahijada le dijo que pronto iría a visitarlos, que le era necesario hablar con su padrino, “anda cuando gustes. Hace tiempo que no vas, ¿o sería por no darnos a conocer tu compromiso con el padre de tus hijos?”. Eudisia escuchó las palabras, y advirtió el gesto serio al hablarle; “madrina, si nomás le contara”. De seguro, Eudisia se refería a las vicisitudes por las que pasó, y doña Sofía estaba convencida de ello, ¿qué otro motivo podría ser, sino la vida de sufrimiento al lado del marido que tenía? “¡Pobre mujer! ¡Pobre sus hijos! Pero, las autoridades respectivas, ¡nada! ¿No se pueden dar leyes drásticas para estos casos de hombres mujeriegos? Parecen que ellos no se dan cuenta que actúan como animales; proceden por instinto y todo queda allí. Engañan a mujeres, tienen hijos en ellas, en otras, ¡y aun en otras, y no pasa nada! ¿Qué sanción hay para ellos?”. Sí, era cierto el razonar de doña Sofía. Y si por suerte se logra enjuiciarlos, la demora resulta una eternidad. Suman infinidad de actos similares, sin embargo, las autoridades, ¡nada! Inclusive, en los medios de comunicación se hace conocer esta realidad; hasta se ve a la pobre mujer abandonada con sus hijos al costado de ella. Pero por qué no se captura al culpable mujeriego y se enfoca su rostro para que lo conozcan cuando lo vean en la televisión, y después se le aplique las leyes respectivas con todo rigor; no obstante, parece que los magistrados tienen temor en imponer un castigo a esos hombres irresponsables que creen que tener hijos en distintas mujeres es una hazaña o se es

más hombre; más bien con esta creencia se ve la ignorancia, lo cruel que se es al traer hijos al mundo y no responder por ese indefenso ser ni por la madre que lo alumbró. Eudosa había dicho: “si le contara”. ¿Contara? Sí, contar parte de su vida juvenil, de los años de su rebelde juventud. Aunque no disponía de tiempo, pues los niños necesitaban el apoyo de su madre en esos momentos, Eudosa se animó a contarle lo que creyó más importante. *“Madrina, su visita imprevista que me ha hecho me llena de ánimo, y aunque usted no lo crea, he sentido como si nuevas fuerzas entraran en mí, y si no tuviera que atender a mis hijos le contaría con detalles mi vida desde que salí de su casa, la casa que me proporcionó abrigo, y también a mi mamá; la casa donde fui feliz al lado de usted y mi padrino, porque encontré cariño verdadero, dirección y apoyo siempre. Cómo quisiera volver a esos años para no volver a cometer el gran error de mi vida, ni desviarme a otro camino, que creí era mejor; pero ya es tarde. ¡Cuánto me pesa haberlo hecho! Le repito, ya es tarde, o lo siento así, a pesar de mi juventud, porque con quien vivo es un hombre desconsiderado, no le importa ni a sus hijos ni a mí; no le interesa si hemos comido o no. Pero antes de seguir, quiero referirle, mejor, desde que salí de su casa. No la detendré mucho, madrina; lo principal le contaré. La señora María ya nos tenía una habitación preparada para mi mamá y para mí; la verdad, no me quejo de nada; para qué, la señora María es muy buena gente, tratable y comprensiva; en esa parte, es como usted madrina; y no es que diga esto para alabarla, lo digo con toda sinceridad. Inclusive, varias veces mi mamá me dijo que habíamos tenido suerte al estar con usted y con doña María. Bueno, dos años después terminé mi primaria. Me matricularon en el mismo colegio...Laurita, mira a tu hermanito. ¡Este niño! ... Le decía, madrina, ¡ah!, en el mismo colegio para seguir la secundaria, y aquí, a partir del segundo año es que comienzo a cambiar; cambiar por causa de dos alumnas nuevas que las pusieron en mi salón. Para mí era novedad lo que hablaban y traían; sin embargo, en cuanto a mi aprovechamiento, aprobé el año escolar, aunque noté claramente que fue con dificultad, mis notas no fueron altas*

como el año anterior; incluso, en tres cursos tuve la nota mínima aprobatoria, ¡cuándo había tenido esa nota, nunca! Pero lo triste fue el año siguiente, mal, mal, ¡mal! Ni recordarlo quiero, madrina; y en el siguiente año fue peor, y cometí la estupidez de abandonar los estudios. No sé que me pasó; no quería escuchar a nadie; deseaba divertirme, salir con muchachos a bailar; bueno, ahora se lo digo, porque yo a usted y a don José los quiero, tengo que decirle la verdad, porque deseo desfogar, ¡gritar!, ¡golpear! por lo bruta que fui. Disculpe, madrina, que hable así y alce la voz, disculpe. Algunas veces no dormí en mi casa ... Laurita, mira a Josecito qué está haciendo ... pero, eso sí, tampoco con algún muchacho; fue con amigas que actuaron como yo; ellas estaban peor, porque no tenían apoyo, me refiero, quién o quiénes las aconsejaban; sin embargo, yo sí tenía, pero no les hacía caso; a lo más solo las escuchaba. Cuando dejé el colegio, hubo días que salí a la calle y deambulaba por diversos sitios; conocí a chiquillas que vendían caramelos en los ómnibus; les pregunté dónde los compraban. Bueno, la cosa es que salí vendiendo igual que ellas. No tenía vergüenza. La señora María no sabía; ella salía a trabajar temprano. Yo le decía a mi mamá que me iba a trabajar, y que no pensara mal. Además, ella a veces me veía con paquetes de galletas y chocolates. A veces me quedaba hasta tarde, y sin que se diera cuenta doña María, entraba a la casa; tenía duplicado de la llave y así podía entrar. Una vez se me hizo tarde, no pregunté la hora, y cuando lo hice eran cerca de las once de la noche. Le dije, a quien le pregunté, si esa era la hora o su reloj estaba mal. Se sonrió, y me dijo que no; siguió hablándome no sé qué cosas, y yo ni caso le hice. Al día siguiente lo volví a ver en el mismo lugar, no lo recordaba; pero cuando se me acercó más, y sin que yo le preguntara, me dio la hora; allí lo reconocí. Me habló, me echó flores, y mientras caminaba, él me acompañaba. No me disgustó su actitud. Lo noté bien vestido y muy caballero; conversamos unas cosas más y allí quedó hasta el día siguiente en que se volvió a aparecer. La verdad, madrina, que esta vez me simpatizó, lo vi guapo, joven, y los piropos que me daba de vez en cuando me

gustaban, y siguieron gustándome en los días que lo seguí viendo; pero lo que no vi fue que ya tenía un hijo, aunque no era casado. Esto lo supe después cuando me lo dijo, y no solo esto sino también una hijita, y si esto no me contó, lo supe por la madre de esa niña cuando lo encaró un día en la calle, porque no le daba dinero para la pequeña; escuché yo misma todo eso; y me arrepentí, me arrepentí y lloré; lloré mucho porque ya era demasiado tarde, porque yo era, entonces, la tercera víctima, pues, ya había convivido con él, era la tercera mujer que había engañado; no deseé saber si había otra más a quien había engañado este ser despreciable, así lo llamé cuando estuve sola en el cuartucho que me puso, así le dije, y lo maldije en ese momento por la canallada que me había hecho. ¡Me engañó, me engañó! Y tuve que seguir con él, no sé por qué; no sé si por vergüenza o por el qué dirán, pero seguí con él, a pesar de que apenas de plata me daba... Laurita, cuidado que te caigas... después vino el segundo hijo, y como apenas me daba dinero me puse a trabajar vendiendo golosinas; otras veces en lavados de ropa; y volví a salir embarazada, y vino el tercer hijo; y continué igual: trabajando. A veces encargaba a dos de mis hijos a mi vecina para que los cuidara, y salía a trabajar con el menor; tenía que hacerlo, porque el hombre no me daba, o apenas me daba. Cuando le reclamaba me respondía que tenía que dar a sus otros hijos; esto me lo decía gritando; y no solo eso, sino que en más de tres veces me puso la mano y en una el pie. Mi vecina me dijo que lo denunciara; pero qué sacaba con denunciarlo si no tenía plata; además, a una la tontean, la hacen ir y venir, para al final, ¡nada! Sé que se debe denunciar al hombre que pega a su mujer; pero pregunto: ¿por qué no actúan rápido los policías, o los encargados o quienes fueran, para capturar al que pega a su mujer? Le dicen, vengan mañana, le hacen muchas preguntas, y para qué, para nada; y una pierde el tiempo. Si quisieran ayudar de veras, lo ideal es que apenas atiendan en la comisaría a la mujer golpeada, y constaten los golpes que el desgraciado le ha dado a su mujer, dos o tres policías, sin uniforme, se aproximen a la casa para capturar al cobarde, pero que estén allí haciéndole la guardia; y si

se cumple la hora de su servicio, que vengan otros a reemplazar a esos policías. Una vez capturado, advertirle que si vuelve a pegar a su mujer, será peor para él, porque lo meterán en la cárcel; esto, después de guapearlo y de llamarle la atención por no mantener a sus hijos. También deberían hacerle una investigación acerca del dinero que gana; porque hay hombres que ganan bien ... ¡Laurita, cuidado que se cae el bebe! ... Él nunca me ha querido decir cuánto gana; lo único que me dice, cuando yo le reclamo para la comida de sus hijos, es que gana poco; y estoy segura que no es así. ¿Y para sus tragos cuando viene mareado? Para eso sí tiene plata; para sus cervezas sí, pero para sus hijos, nada. Si la policía quisiera ayudar a las mujeres como yo, que somos víctimas de estos hombres cobardes, tendrían que actuar de otra manera o como acabo de decirle; no sé si estará bien lo que digo, o estará mal; tal vez no se pueda hacer; pero pienso que las autoridades respectivas tienen que poner mano fuerte en estos hombres. Estos chicos... ¡no salgan, no salgan! Disculpe, madrina. Esto es lo que usted no sabía, madrina, tampoco mi mamá; no le he querido contar a ella del mal hombre que tengo para no hacerla sufrir. Lo que le he dicho a ella es que a veces él no tiene trabajo, nada más; ojalá que se lo crea. Esto es lo quería contarle, madrina". "Hija, es solo parte de tu historia, aún eres joven, y qué nomás vendrá más adelante". Se acercó a los niños, abrió su cartera y le puso a cada uno un billete de diez soles. "Gracias, madrinita". "Mamá, plata, mamá plata". "Sí, hijita". La señora Sofía acarició la carita de cada niño, y con su ahijada se despidió. Eudosia la abrazó fuerte.

Doña Sofía retornó a su hogar, y en la noche, al acostarse, le contó a su esposo la visita que le hizo a su ahijada, "¡qué lástima de esta muchacha!, ¡qué vida la suya; pero ella misma tiene la culpa, cuántas veces se le aconsejó! ¡En fin, qué vamos a hacer! ¡Qué lástima! Bueno, mujer, ya es tarde, vamos a dormir".

Y don José, lentamente columpiándose en su sillón mecedora, recordó hasta el momento que su esposa, le contó la visita que le hizo a Eudosia y del sincero arrepentimiento de esta

por el mal camino que tomó al juntarse con malas compañías. Pensó que si su ahijada regresaba otro día a visitarlo, él solamente la orientaría y aconsejaría, nada más.

Ella cumplió su palabra de visitar a su padrino, mas no como pensaron los esposos que sería dentro de algunos días, o a lo más a los doce o catorce días, después que doña Sofía la visitó, ¡no!; demoró cerca de seis meses en hacerlo. Tanto tiempo pasó que hasta se olvidaron de la promesa que hizo a doña Sofía de visitarlos; y un determinado día, ya cerca de las dos de la tarde, se presentó al hogar donde antaño encontró felicidad y buenos ejemplos; y tocó el timbre de la puerta. Como a esa hora los esposos estaban almorzando, no quisieron levantarse ninguno de los dos por creer que se trataba de algún vendedor; si tocaban por segunda vez sí atenderían, y así sucedió; y quien se acercó a la puerta fue doña Sofía, y quedó sorprendida al ver a su ahijada con sus tres menores hijos... y uno en camino; y también por la hora inoportuna e imprevista de Eudisia en presentarse a la casa de sus padrinos. Con el transcurso del tiempo, el cariño de don José hacia su ahijada renació.

oooooooooooooooo

LORENZO

*Para mis hijos Iván y Omar,
con amor paterno.*

Y su madre volvió a repetirle: “¡Anda, sal a jugar un rato y luego sigues haciendo tus tareas!”.

Lorenzo escuchó el pedido, y con su voz blanca de niño respondió débilmente: “Ya, mamá”; y continuó desarrollando sus temas.

Que él recuerde, nunca recibió indicaciones de sus padres para cumplir con sus deberes escolares, tal vez, porque se dieron cuenta de su responsabilidad inherente que tenía; eso sí, evocaba las ilustraciones de honradez, sencillez y ayuda al prójimo que ellos le proporcionaron. A la corta edad que tenía, ocho años, le nacía ser obediente y disciplinado; y ¡vaya que lo era! Las enseñanzas en el catecismo de “María Auxiliadora” en Barrios Altos donde asistía, influía también en su formación cristiana. En este centro religioso infantil, dirigido por Sor Clementina alrededor de 1950, se destacaba como muy buen alumno, era el primero en su clase; y su joven catequista, la señorita Ernestina

Caro, lo estimaba; varias veces le pidió que la ayudara a repasar a los niños rezagados.

En su colegio se distinguía igual: el escolar relevante en el salón de segundo año de primaria era Lorenzo. A partir del segundo semestre subió su promedio a perfecto: veinte, que acostumbró obtener hasta fin de año, motivo por que consiguió el primer premio.

En la clausura del año escolar, un niño de año superior, ya sea por molestar a Lorenzo o por envidia, en el instante que el profesor animador mencionaba el nombre y apellidos de Lorenzo y los premios que iba a recibir por su sobresaliente aprovechamiento, conducta y aseo, ese niño habló dos palabras en voz no tan alta, pero que se dejaron escuchar en el pequeño auditorio: “Que feo”. Se notó sonrojar a Lorenzo, pues entrevió que esa indirecta la dirigían a él. No tenía la culpa de que su faz no fuera atractiva, y se le vio, avergonzado, inclinar la cabeza. La directora al percatarse de lo sucedido, apartó la silla donde se encontraba sentada, se acercó al micrófono, lo cogió y habló con alta intensidad de voz: “¡Jovencitos, lo físico no rige con la inteligencia!”. De inmediato llamó a Lorenzo; le entregó el diploma en sus manos, le colocó la medalla de “oro” en el pecho, por su excelente aprovechamiento, y concluyó dándole la mano así como felicitándolo. Lucía bonita la medalla con la cintilla bicolor de la bandera peruana, ¡reluciente y atractiva! Enseguida vinieron calurosos aplausos para el sobresaliente escolar. Como animándolo más, sus compañeros de salón lo aplaudieron nuevamente cuando fue acercándose a ellos para ocupar su respectivo lugar, donde se ubicaban los niños de segundo año. Sus amigos lo felicitaban pasándole una de sus manos por su hombro al momento que le decían: “¡Buena, Lorenzo!”. Como respuesta los miraba sonriente, y complacido les agradecía.

Se mereció el primer puesto. ¡Era un buen estudiante! Primó en él la responsabilidad en sus estudios durante todo el año escolar.

Si hiciéramos un rápido y sucinto recuento de ese año y los dos siguientes de la vida de Lorenzo, podríamos decir que se levantaba muy temprano todos los días para repasar los temas que tenía que dar. Escuchó alguna vez a sus padres que se aprendía más estudiando en las primeras horas del alba; por esto, sin que familiar alguno le obligara, se levantaba a las seis de la mañana exclusivamente a repasar los temas a dar en ese día. Otras veces, sin que la profesora dejara lecciones por aprender, él por aplicado lo hacía; pues resultaba otra forma con que sacaba ventaja –sin querer, solo por estudioso– a sus compañeros de salón, sobre todo, a sus dos amigos que lo seguían con buenas notas.

Su lugar preferido para estudiar en las primeras horas de la mañana era cerca de la lavandería de su casa. “Por allí –decía– entra la luz natural, la luz de la aurora, la luz que no hace daño a la vista”. Como sus clases empezaban a las nueve de la mañana, tenía suficiente tiempo para estudiar, tomar desayuno y salir a las ocho y treinta hacia su colegio en compañía de su hermano Luis, por lo general. Apenas distaba dos cuadras de su casa, por lo que siempre llegaba temprano y hasta tenía tiempo para recrearse.

A Lorenzo le gustaba jugar mucho, y a pesar de esto primaban sus deberes. Cuando el día viernes, y también el sábado, la profesora dejaba las tareas para la semana próxima, apenas llegaba a su casa se mudaba de ropa e inmediatamente iniciaba el desarrollo de todos sus deberes. Así permanecía aprovechando las horas hasta que su madre lo llamaba para almorzar. Se presentaba en el comedor. Almorzaba con calma masticando bien los alimentos. Después de terminar reposaba veinte minutos más o menos, para enseguida levantarse y afeitarse. Le daba mucha importancia a su dentadura. “¡Hay que tenerla limpia porque por allí pasan los alimentos!” –decía–. Enseguida volvía a sus tareas. Si concluía con los dibujos, con las lecciones aprendidas, con pasar a limpio sus borradores y con los cuestionarios desarrollados recién salía a jugar; de lo contrario, seguía el día siguiente, domingo. Cuando sumaban muchos quehaceres –casos

que ocurría a lo lejos-, recién terminaba estos al mediodía del domingo; en este día se levantaba temprano y salía a oír misa de seis y treinta de la mañana en el monasterio de Santa Clara. Acatada su creencia cristiana, desayunaba en compañía de su familia; y una vez que acababa con los alimentos matutinos, reanudaba –previo aseo bucal- sus deberes escolares hasta terminarlos. Casi siempre, sus deberes los finalizaba el sábado a la caída del crepúsculo; por lo que el día siguiente, aparte de la limpieza a su casa que él hacía sin que su madre se lo exigiera, lo dedicaba solamente a jugar. ¡Y qué bien jugaba! Como ya había cumplido con todas las tareas escolares, ahora sí con todo derecho podía reír, retozar, brincar alegremente, correr y dar inicio a los juegos y distracciones del tiempo: al fútbol, al trompo, a las carreras, a la pega, a los ñocos o bolitas, a lingo (saltar sobre el niño que está con el cuerpo inclinado y con la punta de los dedos de las manos rozando el suelo), a las cometas, a bolero, a las chapas, a los cartones (tapas de cartón que se ponían a las botellas con leche), a las estatuas, a los soldados, a las “coboyadas”, a “Matagente”,... En la noche, los entretenimientos variaban: “Los escondidos”, “Que pase el rey”, “Ladrones y celadores”, ...; y adivinanzas.

A sus amigos de vecindad, que eran remolones en hacer sus tareas escolares, los escuchaba lamentarse el día domingo en la mañana, mientras jugaban, por no haber hecho sus deberes; y a pesar de ello, aún decían que los desarrollarían después del almuerzo; y pasado este, que los harían en la noche. Total, ¡nada! En fin, pasaban de año con bajas notas y precarios conocimientos para el año de estudios que cursaban.

Lorenzo tenía amigos íntimos y estos le depositaban su confianza, porque lo conocían bien; él era su alter ego. Muchas veces le fiaron secretos, pues sabían que no los divulgaría. A sus ocho años de edad era de palabra, y si decía no difundir un secreto, lo cumplía. ¡Cuántos misterios infantiles confiados a él guardó en su memoria!, allí quedaron sellados para siempre. Si años más tarde algunos salieron, fue en forma indirecta y sin

revelar nombres; los utilizó en forma didáctica y para aconsejar a personas que necesitaron orientación, sobre todo, a jóvenes estudiantes.

El niño cumplía no solo con sus tareas, sino también con las de su casa; en esta, su mamá distribuía los quehaceres entre sus demás hermanos. Uno de sus deberes era comprar pan, y ¡qué rápido iba!; se sentía feliz cuando lo hacía en escasos minutos. A la hora del lonche, su madre le pedía que comprara cuarenta centavos de pan; él sabía que tenía que traer cuatro panes franceses grandes y diez panes franceses chicos. Los grandes costaban cinco centavos de sol cada uno; los chicos, dos centavos; total: catorce panes. Lo que acompañaba a los panes ya se encontraba en casa: mantequilla, aceitunas, queso, ... Por ¡cincuenta! panes franceses chicos, se pagaba... ¡un sol! ¡Y qué panes!: ¡agradables, olorosos, ricos!; ¡hummm! Al mandado de su madre, Lorenzo abría la puerta de su casa y corría hasta llegar al portón de su vivienda ubicada en jirón Huánuco, cuadra cuatro –Espalda de Santa Clara-, y antes de cruzar la calzada miraba hacia la izquierda para ver si se acercaban medios de transportes; si no venían, partía veloz hasta la esquina; luego doblaba a su siniestra y continuaba hasta cerca de la puerta principal del monasterio de Santa Clara; aquí detenía su marcha para hacerlo caminando, por la reverencia que experimentaba al pasar por ese o cualquier otro templo. Mientras transitaba se santiguaba. Recordaba las enseñanzas recibidas en su catecismo “María Auxiliadora” en Barrios Altos donde asistía y también las indicaciones de venia al pasar delante de un templo; consejos de la señorita Ernestina y de la madre directora Sor Clementina. Una vez hecho esto, nuevamente emprendía rauda carrera por la misma acera –solo con la interrupción de la calle Suspiro (jirón Jauja, cuadra cuatro)- hasta la panadería de Bajada de Santa Clara ubicada en la cuadra nueve de jirón Áncash; pero antes de llegar, daba media vuelta de cabeza para mirar a su colegio.

“¡Buenas tardes don Panfiche! ¡Por favor, cuatro panes grandes y diez chicos! ¡Rápido, don Panfiche, por favor!”. Y a la

vez que hablaba colocaba los cuarenta centavos de sol sobre el mostrador; o si su mamá lo había mandado con medio sol, le pedía al panadero los diez centavos, o real, de vuelto.

Lorenzo deseaba poner el menor tiempo posible de su casa a la panadería, que distaba dos cuadras. El dueño del establecimiento se sonreía, y aprisa le despachaba. De vuelta a casa, su mamá le decía: “¡Tan rápido hijito; parece que has ido volando!”. Él se alegraba por estas alabanzas alusivas a su pequeña hazaña. La decepción ocurría cuando al llegar a la panadería la veía con cinco o seis personas esperando turno; ante esta realidad, solo le quedaba aguardar; aunque en el fondo de su ser se desilusionaba por no poder regresar rápido como le gustaba hacerlo. Después de ser atendido salía algo intranquilo y se dirigía de vuelta a su casa, sin apuro.

Por lo general, cada domingo en la mañana Lorenzo solía barrer y ordenar su casa; y hacía este trabajito sin que su mamá se lo pidiera, le nacía efectuarlo y lo desempeñaba muy bien. Tan pronto finalizaba, su madre le decía que estaba inmejorable lo que había hecho; por eso, él no permitía que sus hermanos desordenaran ni botaran papeles u otras cosas en el suelo.

En las noches de los sábados, si tenía tiempo, y en especial los domingos en el anochecer le agradaba permanecer algunos minutos en el grupo de su hermana mayor. Las niñas alegaban que se retirara por ser grupo de niñas; sin embargo, él rogaba que le permitieran estar solamente un breve tiempo. Solicitaba unos minutos, porque le gustaba escuchar a su hermana María Amelia relatar lo leído por ella en “El Peneca”. Las niñas, algo enojadas, lo admitían, porque en el conjunto estaba su hermana y ella “pesaba” allí. Se deleitaba escucharla referir “El romance de Mariana”, novela continuada que traía la popular delgada revista; también venía “Corazón valiente” –que eran las hazañas de un perro-, más otras historias y cuentos. Una vez que terminaba de relatar ante el grupo de amigas, Lorenzo se retiraba; ya no le interesaba la exposición de otras niñas, pues estas no lo hacían bien cuando

contaban. A continuación, se acercaba a jugar con sus amigos; en este juego prevalecían: “Que pase el rey” y “Los escondidos”; pero también a referir cuentos y adivinanzas. Algo más tarde, en casa, le preguntaba a su hermana qué juegos habían realizado; ella le respondía con amor fraterno las distracciones tenidas; aquí Lorenzo aprovechaba para que ella le contara algunas historias. Su hermana lo complacía con cariño.

Algunas veces oyó, algo quejumbrosa a su mamá, decir de María Amelia “embebecerse” en la lectura. Y era verdad. Él varias veces observó que cuando su hermana leía quedaba embelesada. Podrían reventar una sarta de coheteillos alrededor de ella, de los que se usan en Navidad, o pellizcarlo, y ni siquiera darse cuenta del sonido o del dolor, y continuar leyendo.

Para Lorenzo, María Amelia era una trome relatando cuentos. Quizás por eso, pero también por ser una excelente estudiante (alumna sobresaliente de sexto año de primaria, y también de años anteriores de estudio, en el colegio “Santísimo Salvador” ubicado en jirón Áncash en Barrios Altos), había acumulado varios diplomas y medallas a mérito de su aprovechamiento y buena conducta.

Lorenzo era dichoso por aquel tiempo. A esa edad, cualquier niño de la época era feliz, por lo general. Había trabajo para todo papá, y aunque fueran hijos de familias modestas, aún así, los párvulos podían comer bien; o, por lo menos, regular: tomar desayuno, almorzar y cenar; además, ¡su propina dominical! En la actualidad, ¡qué diferencia!

Lorenzo pasó así parte de su niñez hasta los diez años. A los once y doce varió algo. Al entrar a la pubertad y después a la adolescencia continuó con su manera de ser, aunque los años le irían mostrando otras realidades, pero él se mantendría siempre con el sentir de su creencia cristiana.

MI BARRIO Y “EL CHICO”

Y los niños nos reuníamos como siempre para recrearnos con los diversos juegos existentes de la época. Ya extenuados, pero risueños y alegres, nos sentábamos en el suelo a manera de descanso para proyectar planes dominicales. Uno de los atractivos preferidos el primer día de la semana en la tarde era el cine. Este atractivo solía ser muy pretendido no solo por los niños del barrio, sino por el público en general; y era natural por no contar aún con la televisión. Casi siempre frecuentábamos algunos cines de nuestro Barrios Altos, en especial los cercanos a nuestras viviendas. Entre los existentes por aquellos recordados años figuraban: “Conde de Lemos”, “Lima”, “Buenos Aires”, “Francisco Pizarro”, “Mazzi”, “Delicias” y “Continental”.

Calles del recuerdo del barrio querido, del barrio que me vio nacer, del barrio inolvidable. Aunque estés diferente ahora, insulso y vetusto, tu recuerdo vive en mí y no me avergüenzo de haber nacido allí. En este lugar me viste crecer, me viste andar; allí reí y lloré; allí aprendí a leer y a hablar; allí aprendí a pelear y resistir; allí estuve alegre y triste también; allí aprendí a diferenciar lo bueno y lo malo. ¡Calles del recuerdo!: ¡Espalda de Santa Clara!, Las Carrozas, Martinete, Maynas, Mercedarias y Suspiro ¡Cómo olvidarme si fueron mi refugio; si por sus veredas y calzadas anduve infinidad de veces! Cuando te visito y transito por tus calles,

¡cuántos recuerdos afloran en mí! ¡Cómo olvidarte Martinete si en tu campo también jugué con pelota de trapo! ¡Cuántas veces me llevaste sobre tus hombros para divisar el río Rímac, y me bajabas para cruzar los rieles donde pasaban los trenes con destino al Centro de mi Perú querido, y dirigirme luego al Río Hablador para jugar en sus cristalinas aguas! Allí, a escondidas de mis padres, inicié mi aprendizaje de natación en algunas de sus llamativas y tranquilas lagunitas que eran la delicia de niños, como yo, que sin medir el peligro de esa parte no tan pulcra de sus aguas por la pereza de su manar, nos arrojábamos a nadar. Allí aprendimos a dar los iniciales pininos en el arte de la natación. ¡Y cómo nos entreteníamos pescando en otras lagunitas a los pececillos que había allí! Para capturarlos, muy entusiasmados preparábamos nuestras latitas o botellas con boca ancha para arrojarlas al agua y esperar algunos minutos para sacar a los ágiles y campeones pececillos, y llevarlos a nuestros hogares o enseñar como trofeo de aventura a los amiguitos del barrio. Al recordar su sonido, el sol del verano que le acompañaba para entibiar la frescura de sus fluidas y ágiles aguas, evoco con alegría momentos de mi infancia feliz. Martinete, recuerdo cuando dentro de tu humilde y amplio campo construyeron una piscina al aire libre, mas no sé por qué razones duró pocos meses. Cierta vez, mi padre me mandó con mis hermanos una mañana de julio a visitarte; lo hicimos muy alegres, y de la piscina casi vacía sacamos un pececillo. Al retornar a casa, ¡oh, sorpresa!: un niño recién nacido estaba en una de las camas del dormitorio. Nuestro progenitor nos había mandado donde ti porque Dios le había prestado otro hijo, y a nosotros nos daba un hermanito más.

¡Cómo olvidarte calle “Suspiro”! (jirón Jauja, cuadra cuatro), si eras frecuentada por románticos enamorados tanto en las noches veraniegas como en las invernales; quizás de allí tu nombre. ¡Cómo omitirte si me prestabas tu larguísima vereda para deslizarme con mi cuidado y veloz Winchester por encima de ti! Vereda larguísima para un niño, normal o común para un

adulto y muy prolongada para un anciano; ¡la rueda de la vida! Y tu calzada poco frecuentada por vehículos, causa para que fueras elegida por los incipientes ciclistas, y entre ellos yo que traté de aprender a manejar, pero no pude por falta de dinero para el alquiler. ¿Y la bajadita situada al frente de la puerta principal del convento de Santa Clara? Bajadita que me pareciste tan espaciosa por donde con mis amigos nos deslizábamos con nuestros patines. ¡Suspiro, calle de mi recuerdo, no me olvidaré de ti, porque en silencio me diste recreación y alegría; hoy te agradezco!

Te recuerdo Mercedarias con tu adoquinada calzada de piedras rectangulares donde infinidad de veces transité. Añoro lo imposible en querer ver casas, tiendas y callejones hoy desaparecidos. No puedo ofrecer nada para poder verlas otra vez; y aunque muy añosas, pero con gran recuerdo para mí. Las destruyeron para dar paso a modernas viviendas. Quisiera vivir un día de fantasía para volverlas a ver, porque por esas transité y jugué. ¡Cuántas construcciones desaparecidas evocó hoy!, entre ellas "El Callejón del Fondo"; viviendas de gente modesta, la mayoría de color. Pocas veces jugué allí. Rememoro tu espectral, aunque para mí atractiva figura. Moriste un día para dar vida al moderno "Mercado de Mercedarias"; desaparecieron así algunas viviendas vetustas por donde transité y jugué en mi vida infantil. En este nuevo establecimiento albergaste a los dinámicos y honestos personajes que trabajaron en la paradita de "Las Carrozas", (cuadra dos de jirón Huánuco).

Parroquia de Mercedarias, que aún te yergues, seguirás allí para dar la luz de Cristo. Fuiste mi preferida los domingos para oír misa de ocho o diez de la mañana, y estar presente dentro de ti en Semana Santa. A tu lado, la Plazuela Ramón Espinoza. ¡Qué inmensa eras! ¡Qué grande y espaciosa fuiste en mi niñez! Y me parecías algo lejana de mi casa hacia ti; y sin embargo, apenas ¡dos cuadras! Tómbolas, juegos recreativos y dentro de estos el ti vivo o los famosos "caballitos" en donde algunas veces me hicieron subir mis queridos padres para pasearme. Plaza donde también patiné,

corrí, jugué y... lloré asustado una tarde cuando mi hermano Luis, desde cierta distancia, al tirar una piedra al suelo, esta rebotó dándome en la frente. ¡Qué inmenso chichón se me formó!

En la misma plazuela, el cine "Continental". ¡Cuántas veces te frecuenté, y aunque fuiste el segundo de mis preferidos, un día, cansado ya de vivir o de que no te hicieran caso para lucir más hermoso, desapareciste un setiembre lejano sin avisarme, y me dejaste con ganas de ver los tres últimos episodios de "Supermán contra el Hombre Atómico"; te fuiste porque no dieron importancia a tus gastadas venas, causa para que te incineraras; y aunque resurgiste lustros después, ya no fuiste el mismo: te cambiaron; mientras que yo anhelé que tu figura siguiera igual.

Calle "Las Carrozas" (jirón Huánuco, cuadras dos y tres), nunca fuiste mala para mí a pesar de que te lo decían. Infinidad de veces pasé por tu calle, al igual que lo hice por Maynas, cuando me dirigía a Martinete a jugar pelota con mis amigos; y otras veces, a bañarme con ellos en una de sus lagunitas del río Rímac. Me gustaba tu mercadito, hoy desaparecido, donde tantas veces acompañé a mi madre para la compra diaria de los alimentos, y algunas tardes yo solo, a solicitud de mi ser querido, a comprar algunas verduras, tomates,... y solicitar como yapa una ramita de perejil y otra de culantro. ¡Y qué gran yapa me daba la paisanita! ¡Qué largo y espacioso eras para mí en ese entonces!; y ahora, al ver el área que ocupaste, como mercado, me sonrío con nostalgia porque no eras así. Pero grande o pequeño que hayas sido no me interesa, sino tu recuerdo y la calle por donde años permaneciste. Al mencionar estas últimas palabras me viene a la memoria que en los iniciales lustros del siglo XX y, quizás, finales del siglo XIX tu larga calle diera cabida en un amplio espacio, como garaje, a las carrozas que se utilizaban para trasladar los féretros al principal cementerio de Lima, el Presbítero Matías Maestro. De allí el nombre de tus iniciales cuadras: "Las Carrozas"; calle que también fue famosa a mediados del siglo pasado ya que en unos de sus solares vivió quien llegaría ser conocido como

"Tatán", personaje negativo para la sociedad y la Policía, aunque admirado por muchos.

¡Maynas!, sobre todo, mis atractivas cuabras dos y tres. Aunque vetustas por tus decenios a cuestas, continúas indigente hasta hoy; sin embargo, ¡qué fascinante y opulenta para mí! por mis reminiscencias que guardo de ti. Si algunos te consideran repulsiva y lúgubre, en cambio, para mí siempre serás primorosa y adorable, porque dentro de tu estancia están mis inolvidables recuerdos de infancia y juventud. En mis evocaciones, tu imagen fluye fascinante; y te prefiero antes que a otras bellas y elegantes, pues estas apenas cuentan para mí. Te prefiero por las remembranzas que tu calzada, tus paredes, tus veredas, tu gente, ... me dieron cuando transité tantas veces por allí.

¡Espalda de Santa clara, mi recordada calle! Siempre atendiendo a tus ligeros o lentos caminantes. Un determinado día de invierno, sorprendida y risueña, me viste por primera vez y tapaste tus oídos para impedir que mis gritos no turbaran tu acostumbrado vaivén, porque mis ojos se abrían para ver la luz de tu hermoso cielo. ¡Si supieras cómo te recuerdo! Si dentro de tu calle se cobijaron casas, quintas y solares siendo uno de estos –joven todavía- el que abrigó mi infancia y mi juventud, sería infame y desagradecido olvidarme de él; y si por tu calzada y veredas siguen transitándote, hace tiempo y para siempre él desapareció; y cuando le siga yo el camino, su imagen será una más de las que estén en mi pensamiento. Si el destino hizo desaparecer el lugar donde me viste nacer, ¡cuánto lo sentí! ¡Quisiera vivir un día de quimera para verte majestuoso como en mi niñez y evocar años felices cuando alegre me llevabas de la mano y conversábamos de temas tan importantes para mí. Pero la realidad me dice que es imposible retornar allí!

Y mis amigos, ¡tantos años sin verlos! ¡Ah, Lucho!, tú siempre con tus jocosas ocurrencias; te recuerdo mucho. Y tú, Jorge, un día me molesté contigo por lo que me hiciste, y ya no quise saber nada más de ti. Reconozco que intentaste volver

a ser mi amigo, pero no lo quise. El tiempo te dio la razón ya que fueron cosas de niños. Las décadas pasaron y, sin que lo supieras, quise abrazarte y desearte felicidades un nueve de noviembre en la noche; te busqué en el lugar santo, pero ya no estabas. ¡Qué elegante te verías con tu traje de etiqueta! ¡Cuántos lustros han pasado y no te he visto aún! Me gustaría encontrarnos para conversar de tiempos pretéritos; departir, mas ahora, como personas adultas. Ten presente que te recuerdo con cariño como un amigo más del barrio. En este momento evoco el lejano día cuando me dijiste que a la incipiente adolescente Carmencita le decían “Muñeca”; nunca le hablé, al igual que a su gran amiguita con la que solía pasear.

¿Y el líder, Óscar? ¿Qué será de ti? Me di cuenta que eras muy inteligente; pero, ¡qué lástima!, no supiste aprovechar lo que Dios te dio. ¿Recuerdas aquella vez que subimos con Orlando por la escalera auxiliar del solar y salimos por “El Callejón del Fondo”, y en una parte descampada de este jugamos bruscamente con terrones y honda? ¡Orlando casi te vacía la vista con su honda!; menos mal que la piedrita que usó te cayó a dos centímetros debajo de tu ojo izquierdo. ¡La sangre fluía sin detenerse!, y tú, asustado, presionabas con tu pañuelo la reciente herida. Interrumpimos ese juego peligroso y nos retiramos temerosos a nuestras casas; en la noche me dijiste que tu papá te había llevado a la Asistencia de la Avenida Grau.

¿Y Los demás muchachos? ¡Tan lejos, a miles de kilómetros de aquí! ¡Ah, Lucho!, tú estás siempre presente en mí por tu trabajo en cerrajería que hiciste en mi casa: puertas y celosías. ¡Cómo admiro el arte y calidad de tu trabajo!; sin embargo, la gente no supo valorar lo que hacías, por eso te fuiste de tu querido Perú.

¿Y los recuerdos de los ansiados cines del barrio?: “Continental”, “Lima”, “Buenos Aires”, “Conde de Lemos”, “Delicias”, “Mazzi”, y “Francisco Pizarro”; algo alejados: “Alameda” y “Cinelandia”.

"Mazzi", donde vi episodios de "El "Hombre murciélago" y la película "Fiesta brava"; hoy, sala desaparecida para dar paso, desde hace años, al cine "Unión", aunque en el mismo ámbito. Pero de todos los nombrados, rememoro más al deseado y rechazado a la vez: "Buenos Aires" o, -como años después lo llamaron, -"El Chico"- . Si en tu mocedad fuiste vigoroso como cualquier otro, tuve la suerte de conocerte todavía así; sin embargo, cuando asomaron tus otoñales años el desprecio hacia ti fue ostensible; y más tarde, en tu declive, te despreciaron al verte macilento. No obstante, yo te recuerdo y agradezco cuando sentado sobre una de tus butacas me mostrabas tu atractiva pupila para ver las variadas películas de Walt Disney y las de Tarzán; y en el réclame, variados cortos a colores de este famoso productor y director. Dentro de tu sala pude ver: "Pinocho", "Bambi", "La Cenicienta",... Me gustaba el réclame cuando daban cortos de Pluto, Mickey, el pato Donald,... A veces llegaban a dar hasta ¡cuatro! en colores del destacado productor. Por eso te evoco con cariño; quizás pudo ser otro cine el elegido, pero fue a ti a quien preferí. "Buenos Aires", situado en la cuadra siete de jirón Huánuco, calle Buenos Aires, en Barrios Altos. ¡Y qué famoso fuiste en mi solar años después cuando se iniciaba hacia ti un incipiente desprecio!: "En 'El Chico' dan... ". "Vamos al 'Chico'". "Pasé por 'El Chico'"... El precio por ver cada función en ese tiempo –alrededor del año cincuenta-: veintidós centavos balcón y sesenta centavos platea. Las veces que asistía –por supuesto acompañado-, mi sitio preferido era a la altura del tercer pedestal de la nave derecha. (Contando del fondo –pantalla- hacia afuera.)

Rememoro de mi niñez cuando suplicaba a mi madre me diera permiso y dinero para ver películas de Walt Disney o aventuras de "Tarzán". Casi siempre me complacía, porque comprendía mi deseo, pues a ella también le encantaba el cine. Conseguido el permiso de mi madre para ir a la función vespertina en día particular, recuerdo las indicaciones que ella le daba a mi hermano Luis: "Guarda bien el dinero, agarra de la manito

a tu hermano y no lo sueltes, fíjate bien al cruzar la pista, entra a la iglesia del Carmen a rezar un momento, y cuando salgas echa quince centavos de limosna en la alcancía de las ánimas del Purgatorio que está en la pared de afuera; siéntense juntos; cuando regresen, agarra bien de la mano a tu hermanito, ¡cuidado con los carros, con los tranvías! ¡Cuida a tu hermanito!”. Escasos años después, esas indicaciones me las daría para que yo cuidara a mis hermanos menores.

¡Mi madre! ¡Madre querida, si supieras cuanto te quiero! Ahora, ... duermes.

Y mi mamá le daba a Luis, por ser el mayor, un sol cincuenta en total. Por nosotros dos, la entrada sumaba un sol con veinte centavos, más quince centavos de limosna sumaba un sol con treinta y cinco centavos; y el pequeño saldo de quince centavos (¡era plata en ese tiempo!) era –pobremente– para comprarnos algo, si queríamos. No era mucho lo que nos daba, pero lo principal era el permiso y el valor de la entrada. ¡Qué feliz me sentía en el lugar preferido del cine, y más que todo cuando comenzaba la función. Si el réclame era de dibujos animados, ¡me hallaba en las nubes! Venía luego el intervalo que duraba unos minutos. ¡Enseguida veía cerrarse las ventanas; luego, poco a poco, apagarse las luces, y una vez apagadas el inicio a la ansiada película! Una vez: “Pinocho”; otra, “Bambi”..., “La Cenicienta”..., “Tarzán” con Yohnny Weissmuller; otra, con Laurel y Hardy, y así...

Cosa paradójica: antes, las famosas colas cuando las películas eran atractivas; ahora, con tranquilidad se observan en la pantalla chica o televisión.

“Buenos Aires”, si fuiste rechazado por muchos, yo no lo podría hacer, porque me diste regocijo y solaz en mi niñez en tu humilde estancia; y si gloria tuviste en un tiempo, esta se empañó con el devenir al verse tu decadencia. Al escribir estas últimas palabras rememoro al historiador alemán Oswaldo Spengler en su obra: “La decadencia de Occidente”.

Te recuerdo "Buenos Aires", y al pasar por tu calle y acercarme a ti me detengo para evocarte, aunque ya no estés como cinema, mas sí aún permanece tu vetusta fachada. Te agradezco, porque en mis tiernos años de niñez las películas que vi en tu pantalla fueron causa para mi distracción, deleite y, al presente, gratitud que te doy escribiendo este breve sentir. Ya no estás, pero existe la calle Buenos Aires -en la cuadra siete de jirón Huánuco-, que un año lejano te vio nacer. Tu imagen permanece en mi recuerdo; y me despido de ti diciéndote: grandioso y vigoroso fuiste en tu juventud, humilde y cansado yaciste en tu senectud; en obvia desidia te dejaron descansar.

oooooooooooooooo

PALOMILLAS

“¡Yara!” “¡Yara!”. “¡El toambo!” “¡El toambo!”.

Y todos los “palomillas” que en la calle jugaban con pelota de trapo, hecha por ellos mismos, desaparecían del escenario para esconderse en distintos lugares del barrio querido.

¡Palomillas de aquellos tiempos! Si eran, en su mayoría, jovencitos obedientes; muchachos estudiantes como cualquier hijo de familia.

Juego de fútbol que ahora es común en muchos distritos de la gran Lima; por ejemplo, se observa esta recreación en ciertos jirones -San Carlos, General Velarde, Domingo Elías, ... - del distrito de Surquillo, en especial los días domingos, sin que policia alguno los moleste. ¡Y a veces hasta se dan el lujo de cerrar las calles donde juegan fútbol o vóleibol! ¡En fin, cómo cambian los tiempos!

Preferible ver recrearse de esta forma a la juventud actual que verlos practicar actividades que atentan contra la moral; y peor si son nocivas para la salud. Si se ven obligados a improvisar estas canchitas en las calzadas es porque el Gobierno central, y municipal, todavía no pone empeño en la construcción de losas deportivas para estas clases de juegos; apenas existen algunas las cuales se ven colmadas, sobre todo, los días más solicitados: sábados y domingos.

A esos jovencitos de lustros pretéritos, la gente solía decirles “palomillas”. ¡Pero si ellos eran respetuosos y considerados con las personas mayores; más aún con las de edad!: “¡Paren la bola para que pase la señora!”. Y detenían el juego, porque se acercaba una dama; otras veces, un señor que transitaba por la acera del improvisado escenario deportivo. Al ver que ya estaba fuera del campo la persona adulta o anciana por quien habían detenido el juego, reanudaban este.

¿Y lisuras o malas palabras? Las decían entre ellos, mas no así cuando pasaba cerca una persona mayor. En la actualidad, ¡qué diferencia! En estos tiempos se oyen pala-brotas dichas por jóvenes y ¡hasta por párvulos! Delante de personas de edad. ¡No hay respeto ni consideración alguna!

Más de una vez, algunos de estos amantes del fútbol fueron capturados por los policías al no poder evadirse a tiempo, razón para que sus padres, algo molestos con sus hijos, se acercaran donde el “jefe” a pedirle su comprensión para que dé la libertad de los iniciales adolescentes. Y lo conseguían al pedirle y suplicarle disculpas bajo palabra que no volvería a suceder. Los mozalbetes, a pesar de la exhortación que recibían de sus progenitores, prometían de compromiso no volver a jugar en la calle; sin embargo, el amor al fútbol prevalecía, así como la hombría del futuro hombre: “¿Qué... no quieres jugar? ¡Caramba, si pareces maricón! ¡Porque el tomo te llevó el otro día, ya no quieres jugar; si a mí también me llevó!”.

Casi siempre la voz del líder se imponía; era él quien instigaba, por lo que esos jovencitos se veían obligados a jugar. En el fondo de su ser, les gustaban hacerlo; pero tenían presente la advertencia de sus padres. Era una suerte que se corrían al volver a practicarlo en la calle.

Varias veces se observó a infantiles –del solar número 449 de jirón Huánuco- detenidos por los policías de aquel puesto telefónico ubicado entre las esquinas de Áncash y “Suspiro”

(Jirón Jauja, cuadra cuatro) de Barrios Altos; y peor: llevados a la comisaría del sector –en este caso, la Tercera, por ser el mencionado barrio perteneciente a su jurisdicción- cuando los sorprendían en pleno juego a esos amantes del balompié.

Cualquier policía, por lo general, era comprensivo con estos muchachos y con las madres suplicantes por la libertad de sus hijos; pero “Veneno”, ¡no! Este era un policía que no admitía disculpas cuando cogía a un mocito jugando fútbol en la calle. Si algunas veces fueron llevados a la Tercera comisaría, el protagonista fue el mencionado custodio del orden.

Muchas aventuras podrían contar esos jóvenes de aquellos años; seguro que las clasificarían en: serias unas y risueñas otras.

Se recuerda la vez que jugando pelota dentro del solar mencionado, y observar uno de los adolescentes que se acercaban policías, pasó la voz a sus compañeros; ante tal realidad todos corrieron a esconderse: unos lo hicieron en el techo; otros, en diversas partes o en sus casas, y también en el baño común de la vecindad. Quienes aquí se ocultaron tuvieron la paciencia de soportar el hedor del “higiénico” baño hasta el tiempo que los guardias perseguidores se retiraran.

Cierta tarde, un jovencito que conocía el lugar aludido, por haber venido otras veces a jugar pelota, y esta vez a realizar lo mismo; al estar en plena recreación y ser avisado que venían policías partió a refugiarse, sus compañeros también; él donde pensó hacerlo fue en el baño común; corrió veloz hasta llegar allí y desesperado abrió de golpe la puerta, mas al mismo tiempo intentó cerrarla porque vio que estaba muy tranquilo fumando y bien... sentado “El Loco” del solar; como era un orate tranquilo, asustado lo miró el visitante para enseguida cerrar de golpe la puerta, apartarse y correr a subirse por la escalera auxiliar ubicada casi al final de la enorme vivienda y que comunicaba –a manera de escape- con la quinta de al lado y con el famoso “Callejón del Fondo”.

Los jovencitos solían hablar de diversos temas: películas, anécdotas, acontecimientos, ... en el portón del solar, y de preferencia en la noche. Como lo sucedido al amigo visitante fue por todos conocidos, esto motivó para dialogar al respecto. Para ellos fue de mucha hilaridad aquella noche.

Otra remembranza: jugando fútbol en la calle, algunos adolescentes que vivían en jirón Huánuco 449 al ver que los guardias se acercaban, uno de los jugadores cogió la pelota de trapo y se la entregó a un niño para que la guardara, y veloz partió del escenario. Este pequeño, que se encontraba parado y apoyado de espalda en la pared, lo único que hizo fue colocar el balón de trapo a la altura de sus lumbares y aprisionarlo contra la pared. Los policías al llegar a la improvisada cancha no encontraron a nadie, solamente al párvulo parado. Se detuvieron un rato sin entrar al solar, se limitaron a mirar dentro de este; no observaron que el chiquillo tenía sujeta la pelota a la altura de su espalda. ¡Menos mal que no pasó nada!

Esa noche fue el comentario de lo acaecido en la tarde y alusiones de valentía hacia el pueril intrépido; aunque algunos preguntaron qué hubiese pasado si los policías descubrían lo que el niño presionaba entre su espalda y la pared.

Otra evocación: Cuando aparecieron los custodios del orden para deshacer el juego de fútbol en la calle que efectuaban esos incipientes adolescentes. Una vez más volvieron a evadirse por lugares conocidos, cuatro de ellos corrieron hacia la casa de un amigo de la vecindad que vivía casi al fondo; para su mala suerte la encontraron cerrada con candado, por lo que al querer escabullirse hacia adelante vieron que se acercaban dos policías; estos al ver la desesperación en el rostro de los fugitivos se acercaron despacio, seguro de capturarlos; se reflejaba en sus rostros la sonrisa de victoria, como si se dijeran para sí: "No tienen escapatoria"; y se aproximaban con paso lento hacia ellos. Quizá el nerviosismo de estos amantes del fútbol no les hizo recordar, por unos segundos, en la escalera auxiliar que estaba próxima a

sus espaldas; pero alguien al mencionarla, como autómatas y con velocidad fantástica asombrosa, en un santiamén la escalaron ante el asombro de los policías al ver tal agilidad; esta escalera conducía a la quinta de al lado y al famoso “Callejón del Fondo”, callejón habitado por gente modesta, de color en buen número. Los custodios del orden, como no conocían lo que continuaba después del término de la escalera donde habían subido los fugitivos, ascendieron rápido, pero al alcanzar la parte alta lo hicieron despacio, por la inestabilidad que ofrecía. Llegaron arriba creyendo hallarlos, sin embargo, ¡nada!; los “héroes” aparecieron por el “Callejón del Fondo” cuya entrada principal era la calle Mercedarias o cuadra once de jirón Áncash. Como los policías habían demorado en bajar, quizás para investigar las posibles escapatorias que podían hacerse cuando se subían por esa escalera, los evadidos ya habían regresado a su solar ubicado en la cuadra cuatro del jirón Huánuco, y desde el portón de la vivienda miraban algo escondidos hacia la escalera por donde minutos antes habían subido. Observaban a la distancia retornar solos a sus empeñosos perseguidores. Se veía la risa benigna de estos muchachos por la aventura sin querer vivida, así como la de sus compañeros de juego en general. Ya cuando los tombs estaban por la mitad del solar dirigiéndose hacia la salida, los palomillas emprendían otra vez la fuga hacia lugares cercanos de allí hasta que pasara por completo el peligro.

Muchachos del ayer, muchachos que formaron el club infantil “Boys Santa Clara” cuyo primer encuentro fue perdido por 1 – 0 frente al “Olímpico Lima” en la cancha cerca a la Plaza de Acho, cancha de fútbol desaparecida años después para dar paso a una parte de la Vía de evitamiento.

¡Jovencitos del ayer!, o, ¡palomillas del ayer!; y hoy muchos de ellos profesionales y hombres de bien o prósperos señores en el extranjero. Palomillas benignos que, por culpas de autoridades ediles de no tener visión para construir losas deportivas destinadas para la recreación de la juventud, fueron

perseguidos por “jefes” de aquellos tiempos. Ellos recordarán felices o con nostalgia acontecimientos diversos o parecidos; sucesos indelebles en su vida infantil que los pasaron en el barrio que los vio crecer.

oooooooooooooooo

“CHONCITO”

“¡Suerte! ¡Suerte!... ¡Cien mil soles juega la de Lima y Callao!... ¡Suerte! ¡Suerte!... ¡A un sol el huachito!... ¡Suerte! ¡Suerte!”.

Calle Espalda de Santa Clara, cuarta cuadra del jirón Huánuco en Barrios Altos, donde también solía vender sus huachitos o loterías aquel repulsivo hombrecito que tantas veces interrumpió nuestro juego de niños cuando íbamos en lo mejor de él: Las carreras, el fútbol, a matagente; o contándonos cuentos, y en otras recreaciones que acos-tumbrábamos realizar los días de vacaciones escolares o los sábados y domingos durante la época de estudio.

Como cualquier persona normal que de repente se pone en tensión o en movimiento al sentir un fuerte temblor, de manera similar actuábamos los niños, que jugábamos felices en el patio del solar, cuando escuchábamos a lo lejos la peculiar voz de quien temíamos tanto; con la diferencia de que como párvulos –y bajo la risueña mirada de los adolescentes y adultos de la vecindad- desaparecíamos del escenario a escondernos cada uno en nuestras casas; esfumarnos por temor a la presencia de aquel horripilante que llegaba a vender su única mercancía.

Mi madre y mis hermanos mayores, las veces que me veían entrar desesperado, se sonreían al verme pasar al dormitorio y acurrucarme junto a mi lecho por si acaso entrara aquel hombre a mi casa. (¡Cómo si tuviera permiso para ingresar!) Pero cuando venía sin que lo advirtiéramos aparecía de improviso en la portada, avanzaba unos metros hasta el comienzo de las escaleras y desde aquí recién dejaba oír su característica voz. Y nosotros, que felices jugábamos... ¡Dios mío, a correr! Despavoridos como si viéramos a un monstruo, y ante la sonrisa de los jóvenes mayores, desaparecíamos como por encanto del lugar gritando a todo pulmón: “¡El Pichón calato!”. “¡El Pichón calato!”. Mencionábamos este apelativo porque así él mismo hacía llamarse. No sé por qué aparecía de vez en cuando llevando en su mano derecha unas tijeras. Esta actitud nos influía más terror.

Concedoras algunas madres del gran temor que sentíamos hacia ese hombrecito les pedían que nos portáramos bien y tomáramos la sopa; de lo contrario, que nos llevara. Por esta razón, al pasar delante de las casas pregonaba: “¡El Pichón calato! ¡Yo soy el Pichón calato! ¡Corto el pichón calato!”. Y las tijeras que llevaba las abría y cerraba dejándose escuchar –para nosotros- su siniestro sonido.

Desde donde nos hallábamos, asustados nos cubríamos la bragueta con ambas manos para proteger nuestros genitales por miedo a su amenaza. (Pienso que dentro de sí el suertero se reiría de tal proceder.)

Varias veces observé detenerse por breve tiempo frente a la puerta de mi casa para dialogar con mi madre. No sé sobre qué conversarían. Lo que sí sé es que dentro de mí alababa a mi ser querido por la valentía de hablar con semejante hombre que cortaba “eso” a los niños. Tan natural era esta expresión en boca de los jovencitos que jamás fluyó pensamiento obsceno alguno.

No sabía por entonces por qué –refiriéndose a nosotros- el temido vendedor decía “pichón calato”. Con el transcurso, mis

amigos y yo nos dimos cuenta a qué aludía.

En la noche, antes de acostarme, ansioso le preguntaba a mi madre sobre qué había conversado con el suertero:

- ¡Mamá!, ¡mamá!, ¿qué hablaste con el “Pichón calato”?

- Nada de importancia hijito, solo se detuvo para preguntarme cómo te portabas y si tomabas la sopa.

- ¿Y nada más te preguntó?

- No hijito, nada más.

- ¡Ah!

Y me quedaba tranquilo con sus respuestas, mirán-dola. Ella me sonreía, al instante que ponía su delicada mano sobre mi cabeza para acariciarla. Temía que mi madre le hablara que yo iba a jugar de vez en cuando a los escondidos a los “Fierros Viejos”.

Los “Fierros Viejos”, nombre con que los del barrio conocíamos al conjunto de puestecitos situados al frente de la plazuela del monasterio de Santa Clara y cuyo servicio principal era la cerrajería y hojalatería.

Resultaba interesante jugar a los escondidos allí por lo ideal para ocultarse. Como eran negocios muy juntos, uno se podía escabullir muy bien. ¡Si a veces los niños hasta de verdad se perdían!; pero se orientaban yéndose hacia la pared para luego caminar diez o quince metros hasta llegar a la tienda de don Jorge situada entre las esquinas de los jirones Áncash –entre las cuadras nueve y diez- y Huánuco –entre las cuadras tres y cuatro- en Barrios Altos.

Al mencionar este comercio, recuerdo cuando mi querida madre mandaba a mi hermano mayor conmigo a hacer cola para conseguir arroz, azúcar y aceite. Allí permanecíamos horas y horas junto con otros pequeños vecinos para que nos despacharan –si había suerte- algunos de estos productos sumamente escasos por aquellos tiempos. (Gobernaba en mi querido Perú el General

Manuel Odría.) Como niños que éramos no sentíamos cansancio ni aburrimiento alguno por los entretenimientos que realizábamos; para esto, un momento jugábamos y otro momento hacíamos cola. Era finales de la década de los años cuarenta.

Menos mal que por “Los Fierros Viejos” nunca vi al “Pichón calato”; seguro que también ofrecía sus loterías. A excepción de una vez, jamás lo miré de cerca; siempre fue a la distancia, a unos veinte metros más o menos. Esa única vez que lo observé muy próximo a mí fue cuando me encontré dentro de mi casa en compañía de mi madre y de mi hermana mayor en quienes me refugié, como escoltándome; pude verlo a unos cuatro metros, aproximadamente. Esa noche me dio pesadilla.

Aparte de su figura del hombrecito, impresionaba su alta intensidad de voz y ser ronca; voz que asustaba a los niños y que llamaba la atención, razón por que escuché sucintos comentarios de personas mayores de la vecindad acerca de su timbre de voz.

Su vestimenta era precaria. Siempre vestía un saco largo, claro, de tela para invierno, que más parecía un gabán. Con su figura algo encorvada, la simetría de su cuerpo afectaba a su saco, pues la parte posterior de este resultaba más alta que la delantera; en esta sobresalía sus amplias solapas así como las puntas inferiores de su saco muy caídas; esta desarmonía influía en su figura espectral. Sus pantalones, también de tela gruesa y de color diferente a su saco, eran bombachos hasta cerca de sus pies. Su cabello lacio, tenuemente gris en las sienes; tez blanca, bigotes poblados y amplios, nariz larga puntiaguda y caída, mandíbula redonda con pronunciado mentón, orejas grandes abanicadas. Su tamaño alcanzaría un metro cincuenta centímetros. Su andar lento; y a cada paso que daba se veía lo diagonal de su pisar; por eso, cuando se detenía a vender se observaba los talones juntos y las puntas de sus zapatos bien distanciadas la una de la otra.

Este fue el personaje que en mis años infantiles sobresaltó a los muchachitos de mi vecindad. De niño, en verdad, nunca entendí lo que vendía por lo ilegible de su voz al pregonar

su venta, pues solamente escuchaba un “errrr”, grito fuerte y prolongado parecido al berrido. Lo que decía era “suerte, suerte”. Los vendedores callejeros hacen algo parecido al ofrecer sus productos.

Después de permanecer unos minutos bien escondidos y percatarnos que se retiraba del solar –ya que escuchábamos algo lejano su pregón-, salíamos de nuestros escondites y abríamos lentamente la puerta para asomar la cabeza. En varias puertas se veían solo cabezas de niños husmeando de derecha a izquierda con el fin de ver a los demás compañeros y salir. Al divisarnos, nos mirábamos y decíamos en voz un tanto baja: “Ya se fue el ‘Pichón calato”. Con esta seguridad, otra vez nos reuníamos todos los niños, que asustados habíamos partido minutos antes, y reiniciábamos la recreación abandonada, dialogando:

- ¿Dónde te escondiste?

- ¡En la cocina!

- ¿Y tú?

- Me metí al corral y tuve que salir volando, porque las gallinas comenzaron a gritar (cacarear) y a correr. ¡Pucha, si las gallinas me ensuciaron con aserrín!

- ¿Y tú?

- ¡Debajo de mi cama!

- ¡Yo también debajo de mi cama, y, pucha, mi pelo se engancho con un resorte del catre!

- ¿Y tú?

- ¡Detrás del ropero tapado con un mantel!

- ¿Y tú?

- No sabía! Pero vi el corral vacío, *brrrr*, y allí me metí y estuve temblando y sigo, *brrrr*, temblando. Creí que iba a entrar, porque, lo escuché cerquita hablar con mi mamá y ella le dijo, *brrrr*, que me había portado mal y que no quería tomar la sopa; y el “Pichón calato”, *brrrr*, le dijo que si no la tomaba, mañana

me llevaría. ¡Ahorita me voy a mi casa, *brrr*, y le voy a decir a mi mamá que sí voy a tomar la sopa!

Así, cada uno nos contábamos dónde nos habíamos escondido. También, en la candidez de niños, comentábamos que de habernos agarrado nos hubiera cortado el pipilí a todos, por lo que en esos segundos y con mucho temor nos tapábamos con las manos esa parte taaan importante del cuerpo.

Años más tarde permanecía la remembranza de aquel suertero que vivía gracias a la venta de sus huachitos, los cuales ofrecía por las calles, quintas y callejones de Barrios Altos y también –estoy seguro- en otros lugares de la antigua Lima.

Solamente me queda el recuerdo de este vendedor libre que dejó huella en mi vida y también en la de algunos niños del barrio de Santa Clara. Por supuesto, sabemos que no fue un hombre malo, sino un señor que se ganaba la vida vendiendo loterías.

Poco a poco se dejó oír su vocear hasta que desapareció, y con él este recordado personaje que por algunos años nos hizo temblar de pavor.

Lustros después, lo recordábamos con cariño. Con una de las palabras tantas veces escuchadas: “Pichón”, le quitamos la penúltima sílaba, y a la otra le agregamos un diminutivo: cito. Con este nuevo vocablo quedó formado su sobrenombre: “Choncito”, con el que lo evocábamos al referirnos a él.

oooooooooooooooo

INCIPIENTES AUTORIDADES

Una vez más irritado por el abandono diario en que se desampara a los transeúntes de mi ciudad, me dirigí caminando hacia la playa con el fin de descansar y, sobre todo, aspirar aire puro para desintoxicarme de la contaminación, y tratar de concentrarme solo en la arrulladora melodía de las plateadas olas del mar. Creo que permanecí media hora en tan saludable descanso. El confortante reposo hizo que mi memoria rememorara tiempos pretéritos y esa se ubicó en mi infancia. Aquí evoqué años de orden, de progreso, de respeto, de autoridades competentes, de limpieza, ... ¡Qué distinto con los años actuales!: indiferencia, desorden, autoridades ineptas, ... Recordé las reiteradas veces que vi al policía detener a jovencitos que confiados manejaban sus bicicletas e ingresaban a calles donde la flecha de tránsito indicaba la dirección opuesta a donde ellos acababan de entrar. El custodio del orden hacía sonar su silbato para que se detuvieran; enseguida, se dirigía a uno de los ciclistas y observaba si la bicicleta llevaba su plaquita metálica de permiso o licencia. Por la reciente falta de entrar contra el tránsito solo le llamaba la atención y lo orientaba al respecto; pero si el medio menor de transporte carecía de licencia quedaba detenido y conducido a la comisaría del sector para las averiguaciones correspondientes, pues no se permitía que solo tuviera la factura que señalaba ser

el dueño de la bicicleta; era necesario el respectivo permiso o plaquita metálica que tenía que exhibirse en un lugar visible de su movilidad; en este caso, el menor de edad tenía que avisar a sus padres para que se acercaran a solucionar el problema.

El tiempo corrió veloz, las décadas pasaron. En la actualidad, ¡qué diferencia! Desde hace lustros, el ciclista no muestra en su medio de transporte ninguna licencia; la mayoría no tiene factura que mencione ser el propietario. Delante del policía se meten contra el tránsito; otras veces hacen lo mismo, pero llevando a uno más... ¡y hasta dos!, y no pasa nada; es ¡el colmo! De ocurrir un accidente... ¡pobre chofer!, este será el causante de todo; su vehículo irá al depósito y tendrá que pagar los diversos gastos por ser el “culpable” del atropello. De no tener dinero... ¡la catástrofe para él!, ¡pobre hombre! Cuando en realidad el verdadero culpable fue quien ingresó dirigiendo la bicicleta en sentido contrario; pero, sobre todo, las autoridades respectivas por no hacer nada para solucionar este problema. Estas faltas contra el tránsito se ven a diario, y no solamente con bicicletas sino también con triciclos manejados por personas mayores. Estas, al igual que los jóvenes y aun los niños, creen que saber conducir los facultan para manejar donde haya vías asfaltadas o sin asfaltar. Las indicaciones de señalización no existen para ellos; creen que solo son para vehículos de cuatro o más ruedas. En vez de haber progresado, hemos retrocedido demasiado; y todo por culpa de autoridades ineptas que han pasado y siguen pasando por alto, entre muchos otros, este tema valioso, pero para ellos indiferente. Hasta habrán dicho: “Son pequeñeces”. Sí, tal vez pequeñeces, mas con el transcurrir se han agigantado mucho, y desde hace años se dejan ver las consecuencias: desorden, falta de respeto a la autoridad, ... ¡Caos!, en una palabra. ¿Y la autoridad? Trátese de transportes, policía o municipalidad, ellas son, a mi entender, indiferentes, ya que por algo que no se necesita desembolso monetario alguno para corregir, no son capaces de resolverlo. Si urgiera una determinada cantidad de miles de soles para

solucionar tal dificultad, bueno, podríamos pasarlo por alto; ¡pero que no cueste absolutamente nada!, solo buena voluntad y algo de dedicación en impartir la orden para coordinar y decidir este obstáculo, no es posible que sean reacias ante tal problema que atormenta desde hace tiempo a nuestra ciudad. Por otra parte, cómo es posible ver día tras día vehículos livianos y pesados – camiones, ómnibus, “combis”, automóviles,... - en su recorrer arrojar cantidad de humo; se deja ver la estela oscura, casi de color negro, por el tóxico que vierten. ¡Cuánto humo aspiran cientos de personas – incluyéndome yo- que en esos momentos caminan por esas calles donde ruedan estos vehículos! ¡Pobre gente! Y las jefaturas correspondientes: transporte, municipio, salud, policía ecológica (ja, ja, ja); simplemente no existen para defender al ser humano, son incapaces en ser severos para imponerse o poder ordenar y enviar al depósito a estos vehículos por el humo que despiden sus máquinas. Y si alguno de los directivos nombrados es incapaz de solucionar este escollo, ¿qué hace o qué dice o qué ordena el Ministerio de Transporte, la Policía Nacional, la Defensoría del Pueblo? ¡Nada! Y si estos mandos se cruzan de brazos, ¿qué dice la Dirección de Salud? Igual, ¡nada! Ante tal ineficacia, ¿quién podría ayudar a la pobre población que no tiene a alguien que vea por ella? ¡Pobre gente –otra vez me incluyo-, por supuesto!, que escribo estas líneas para volver a recordar a las autoridades pertinentes su incompetencia en el cargo que desempeñan.

oooooooooooooooo

SENTIMIENTOS Y NOSTALGIAS

I

Lágrimas de tristeza destilaba mi corazón
porque no llegabas.

¡Tardabas tanto
en esa inaugural tarde otoñal!

¡De repente, mis ojos se abrieron de alborozo al ver
que apareciste!

Avanzaste,
y conforme te acercabas a mí,
tu belleza resplandecía más y más.

¡Qué hermosa te vi!

¡Qué hermosa eres!

¡Bella como siempre!

Sin embargo, ¡cuántas semanas transcurrieron sin
verte!

¡Infinidad de días que el destino quiso separarnos!

¡Cuántos días de dolor que mi corazón no sé cómo
resistió!

Pero él permaneció fiel a ti.

Solo en mi imaginación me deleitaba viéndote
ya que mis pensamientos solamente fueron para ti.
No hubo otra;
no podía haber otra más, ¡ni lo habrá!
¡porque mi corazón,
esclavo de tu amor y fiel a él,
te pertenece
y pertenecerá así por toda la eternidad!

II

Amor: profundo e indescriptible dolor o inmensa e inefable felicidad. Dolor profundo con matices y vivencias invisibles, pero visibles en el rostro más fiero y duro que pueda existir.

Hoy no te vi; no pudiste asistir al encuentro que planeamos tener. Mi corazón te esperó con ansia profunda de que vengas a mí. ¡Si hubieras experimentado solamente un instante la desesperada y prolongada pena que sentí, hubieras corrido a mí al darte cuenta que dolor semejante no podrías resistir!

III

Sintió una embriagadora y profunda alegría al verla, que su corazón con sus palpitantes pasos corrió primero donde ella para abrazarla de amor y darle la bienvenida. Luego llegó él algo mojado por la lluvia que caía, y su corazón volvió al pecho amante con inefable regocijo, placer y alegría. ¡Qué dicha! ¡Qué

inmensa felicidad se siente al estar con el ser querido que de verdad se ama! La miró, se miraron; y sin pronunciar palabras porque su corazón enmudeció de alegría, habló en silencio al de ella para decirle que la quería y que la amaría y adoraría toda la vida así como en el presente “hermoso día lleno de calor y gran alegría”; que ella sería su felicidad a cada instante de su vida, así como en ese “espléndido día”; que siempre le daría muchos besos en sus lindas y suaves mejillas; que sería su engréida ahora y siempre y en cada momento de su vida.

Así permanecieron y anduvieron abrazados mientras felices estaban de estar unidos y amarse en ese primoroso y recordado día. Al despedirse aquella “esplendorosa y alegre” mañana los afortunados y fieles enamorados, recién apreciaron que desde hacía mucho rato llovía y hacía mucho frío.

Quien ama de verdad no observa en las cosas feas de la vida, porque todo lo ve con ojos de felicidad y alegría.

IV

Llegó para mí ese feliz día y esperé con ansias el momento indicado para hablar contigo. Los minutos que tuviste a bien obsequiarme para conversar, los gocé ampliamente dialogando como amigos. ¡Qué felicidad viví a cada instante que charlamos! Me sentí dichoso a tu lado por el tiempo que me diste, y muy agradecido quedé por la gracia que tuviste en brindarme con tu encantadora compañía. Cuando saliste del lugar en que conversamos, sin intensión maligna echaste llave donde estuvimos sin darte cuenta que yo estaba allí abstraído con felices pensamientos en los cuales tú estabas. Sin darme cuenta seguí gozándome de tu recuerdo así como del tiempo que radiante lo pasé a tu lado, para luego prepararme a salir y regresar en el próximo encuentro en que nuevamente dichoso

estaría contigo, mi mejor y buena amiga. Mi decepción se hizo presente cuando aprecié que estaba prisionero, ya que tu olvido involuntario permitió que echaras llave al lugar donde yo feliz me encontraba, para enseguida volverse en dolor y sufrimiento los gratos momentos que pasé contigo. Mi corazón gritó con dolor indescriptible, sin que tú lo supieras, dentro del lugar donde permanecía encerrado. ¡Infinidad de horas de pesar y sufrimiento! ¡Cuántas noches de insomnio, desvelos y tormentos por la amiga ausente que sin querer dejó con candado y llave la habitación que ahora se tornó en siniestra!

¡Cuánto tiempo ha pasado desde que permanecí muy triste y olvidado aguardando día a día que vinieras, aunque sea un instante para verte y poder dejar algo tranquilo el corazón que involuntariamente lo habías encerrado! Tu ausencia me brindó una fuertísima dosis de dolor y sufrimiento que me destrozaba cada segundo que te recordaba. Era como una herida horrenda en mi pecho; herida abierta y dolorosa que solamente podía calmarse si tú le abrías la puerta que permanecía cerrada. Cada vez que faltabas era como si le arrojaras gotas de ácido a mi destrozado corazón abierto. Los gritos de dolor eran hacia adentro, dolor inefable que se siente cuando el amor sublime está ausente. ¡Si supieras cuánto sufrió por tu inadvertencia! ¡Si supieras cómo pensó en ti cada segundo de esos días que lo dejaste encadenado! Tu hermosa imagen y mis buenos sentimientos se hermanaban para que fluyeran preciosas ideas hacia ti nacidas del amante corazón culpable de quererte, y encadenado a padecer perpetuamente por solo haber cometido la grave falta de amarte sinceramente.

Ahora, después de mucho tiempo; ahora que estoy abobado, atontado aún de dolor por la tortura recibida y por el encierro involuntario, te presentas a mí; estás delante de mí, te veo; ya has abierto la puerta, y mi corazón continúa bobo, estulto, por lo que sin querer le hiciste. Lo único que atina este corazón acongojado, dolorido y yerto es a preguntarte por qué no viniste

a abrir la puerta o aunque sea a decirle cuándo lo harías para que se calmara, y gozara al escuchar tu dulce voz al pedirle un poco de paciencia. Pero no fue así. Mi corazón te mira detenidamente y no atina a nada, solo a llorar en silencio porque no viniste a consolarlo; porque te mostraste indiferente, porque no estuviste a su lado y... y, esta gráfica que se adelanta, que no debe estar aquí para poder pronunciar tu gracia por los caminos, las praderas, los ríos y los llanos donde alegre yo iría para decirle a todos que mi corazón te ama y te amará siempre a cada momento de mi vida. Él, que tanto ha padecido por el injusto encierro habido, no te culpa por tu olvido involuntario, recordada y muy querida amiga mía.

oooooooooooooooo

IRREVERENCIA

Señor, ¿por qué me siento así?
¿Por qué experimento este rebelarme contra Ti?
Quisiera comprender para calmarme de este malestar, de
este sufrir que aprecio en mí.
¿Tal vez, porque me dirigí mal o mi oración estuvo
deficiente para Ti?
porque parece no escuchar mi imploración.
Si fuera así,
¡perdóname, Señor!
¡Me siento impotente,
y esto no debe ser!
mas, ¿por qué esta vivencia, esta apreciación, por qué?
¿por qué tu abandono hacia mí?
¡Oh!, pero, ¿por qué digo abandono?
si Tú eres un Dios amante,
Dios paciente y comprensivo,
Dios que ama a sus hijos,
¡y yo soy tu hijo, Señor!
No, no debo sentir ni tener esta rebeldía,
pero la tengo Dios mío;
perdóname por la sinceridad.

¿Será esta indisciplina porque no me das mi petición?
¿Es que debes estar siempre atento a mi solicitud,
ayudarme en mis labores diarias y presto a mi apremio?
Ni ayer ni hoy me diste tu ayuda,
y me siento decepcionado y apenado;
tal vez mañana también sea igual y mi rebeldía continúe
similar a la de hoy;
¡perdóname, Señor!
¿Acaso siento esta molestia, este sufrir, porque hace muchas
horas trajino buscando el pan y Tú no me lo das?
Salí con mi tremendo peso a trabajar y... retorné casi igual,
Señor.
Salí a vender, y apenas de ganancia, apenas para comer,
Señor.
Me dieron tanta, tanta seguridad, que llevé feliz el contrato;
sin embargo, al final, se negaron a firmar.
Salí con mi pequeña maleta, a trabajar de buhonero, Señor,
y regresé a mi casa, agotado, cansado, abandonado de Ti;
y de repente me enfadé más contigo al ver a mis pobres
hijos y mujer que no habían probado el pan de hoy;
¡porque Tú no quisiste dárnoslo, Señor!
Salí de lustrabotas, anduve tanto en plena lluvia y frío ¡y
apenas unos céntimos, Señor!
Salí a taxear; ¡tanto rodé!, ¡tantas horas!, y apenas, apenas,
casi miseria de ¿ganancia?, Señor.
Salí como cambista y... hasta me cuadraron, Señor.
Se esmeró tanto, tanto en la cocina,
y por la ira que traía yo
la traté mal a mi esposa,
porque toda la mañana me fue pésima, Señor.

Salí a buscar clientes y... ¡ni siquiera a uno conseguí!
¿Por qué permitiste, oh Dios,
que en mi plena juventud
ese virus maligno y mortal
se introdujera en mi cuerpo carnal,
para destruir cada día mi existencia terrenal?
Regresaba gozoso en mi automóvil,
y al estar muy próximo a detenerme en una esquina
por la luz del semáforo que indicaba así,
un jovencito imprudente de entre carros salió veloz;
solamente lo topé,
y sin tener la culpa me detuvieron, Señor.
Me preparé mucho; estudié con ahínco meses, meses...
y no ingresé a la universidad que deseé, Señor.
Anduve todo el día buscando trabajo y... ¡nada, Señor!
Perdóname la comparación:
¿por qué a ese incrédulo con tanto lo bendices
y a mí casi nada me das?
¡Conseguí trabajo al fin!
¡Qué felicidad sentí!
¡Con ganas y más ganas le di!,
pero al finalizar la semana
el patrón ni la mitad del mísero sueldo me dio.
¡Ayúdame, Padre celestial,
no te pido por mí,
te pido por ellos y ella;
es decir, por mis hijos y mujer.
No te pido por este impaciente pecador,
por este ser que se rebela contra Ti;
¡es que no soy Job, Dios mío!,

quisiera tener la paciencia de él,
pero me falta demasiado, demasiado, Señor.
Perdóname este sentir, estos pensamientos cuando estoy
así,
¡cuando pienso que solo existes algunas veces
y que no te das abasto para a todos escuchar... !
¿ ... ?
¡¡ Qué !!
¡¡ Oh, no !!
¡ ... !
¡Sí!, ¡eso debe de ser!
¡Eso es!:
¡Señor!, ¿acaso te sientes abandonado como yo
cuando me revelo contra Ti,
cuando no deseo cambiar a bien;
cuando sin importarme nada ni nadie
peco libremente contra Ti?
¡Perdón!
¡Perdón te pido mi bendito Dios Jehová!
¡Perdóname por no haber comprendido
esta insignificante molestia,
este dolor baladí como aviso que me das,
bendito y justo Padre celestial!

oooooooooooooooo

¿Por qué?

Se terminó de imprimir en agosto de 2020
en la ciudad de Lima - Perú
en la imprenta XXXX